

Pasión por el sindicalismo

(mis recuerdos)



Una historia de fiteqa

1ª parte -
Mis recuerdos hasta 1977

Isidor Boix Lluch

PROLETARIOS
DE TODOS LOS PAISES UNIOS!

El Obrero

PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Precio 8 pts

Pasión por el sindicalismo

(mis recuerdos)

Una historia de fiteqa

1ª parte - Mis recuerdos hasta 1977

Isidor Boix Lluch

A mis hijos
Ester, Marc y Lucía,
por si en algo estas páginas pueden llenar ausencias y silencios

A modo de presentación

Porqué los recuerdos de Isidor Boix

Publicamos los “recuerdos” de Isidor, que él ha titulado “PASIÓN POR EL SINDICALISMO”, porque son parte de nuestra historia, la de FITEQA, la de Comisiones Obreras. Desde FITEQA le alentamos en su día para que los escribiera, como le propuso Quim González, nuestro Secretario General hasta fecha reciente, que llegó con Isidor a Madrid en 1989 para incorporarse ambos a la dirección de la entonces Federación Estatal de Químicas de CCOO.

Los “recuerdos” de Isidor, como todos los recuerdos, suponen su personal aportación al conocimiento de unos hechos, una acción colectiva en la que han participado y participan miles, muchos miles, de trabajadores y trabajadoras, de ciudadanos y ciudadanas de este nuestro país, en Catalunya, en toda España. Por ello pensamos que sería útil darlos a conocer para ir elaborando nuestra historia común, y le instamos para que los recuperara y nos los facilitara, desde la etapa de la lucha democrática y sindical contra el franquismo, en la que se fraguaron nuestras “comisiones obreras”, pasando por la transición democrática y llegando a nuestros días en los que Isidor, desmintiendo los datos de su carnet de identidad, sigue activo en un espacio, el de la acción sindical global, en el que contribuye a abrir nuevas vías y experiencias para el sindicalismo organizado.

Isidor Boix es hoy un referente y al afirmarlo queremos subrayar que lo es desde una organización, la de Comisiones Obreras, junto a tantos otros protagonistas, los afiliados sindicales en primer lugar, todos los trabajadores que han asumido que sus intereses individuales se sintetizan solidariamente en intereses colectivos para su tutela, para el avance de la clase trabajadora en la conquista y ejercicio de derechos y con ellos de mejores condiciones de vida y de trabajo.

Hoy nos presenta una primera parte, hasta 1977, pero nos ha prometido que en pocos meses tendremos la segunda, desde entonces hasta hoy. Le tomamos la palabra.

Por todo ello quiero manifestar, en nombre de FITEQA-CCOO, de nuestra organización sindical del textil y la química, la satisfacción de presentar los recuerdos de Isidor en las páginas que siguen, con un título muy adecuado, que resalta su personal implicación proclamando lo que todos hemos podido comprobar, su “pasión por el sindicalismo”.

Febrero 2014
José Luis Montesinos
Secretario General de FITEQA-CCOO

Madrid.
1ª Edición, Febrero 2014.
Depósito legal:

Contenido

Prólogo	9
I.- Derrotados	13
1.- Barcelona, una ciudad vencida y ocupada	13
2.- “¡Ojalá hubieran ganado los rojos!”	17
3.- El proyecto educativo familiar	19
4.- El mundo de fuera: el barrio y el Liceo Francés de Barcelona	21
5.- Hay que ser ingeniero	24
II.- “Gaudeamus Igitur” (Alegrémonos pues)	25
6.- Mi primera manifestación antifranquista	25
7.- Viajes a Francia y el impacto de lecturas diversas	25
8.- La Universidad: mi contacto con el antifranquismo organizado	28
9.- La extensión del movimiento estudiantil y su coordinación	29
10.- Mi ingreso al “Partido”. La célula universitaria del PSUC	32
11.- Campañas, convocatorias, represión	33
12.- Mi primer viaje político a París en el verano de 1960	36
13.- “La próxima semana me caso”	37
14.- La Escuela de Ingenieros. El “Juicio Bufo” parodia del OPUS	38
15.- La adhesión estudiantil a la Conferencia europea pro-ampnístia en España	39
III.- El exilio. Paris, la RDA (“Alemania Oriental”)	41
16.- La fe militante, primera clandestinidad y la marcha al exilio	41
17.- Exiliados. Ilegales en París	42
18.- El Festival de la Juventud de 1962 en Helsinki	43

- 19.- Leningrado: la anécdota de la invitación para una visita 44
20.- La RDA: el choque entre el mito, la ilusión y la realidad 44
21.- El retorno: de París a Barcelona, pasando por Madrid 51

IV.- Los comunistas: los “delincuentes”

políticos de la dictadura **52**

- 22.- Delincuente político 52
23.- Barcelona, 1964 52
24.- “Ingeniero comunista y espía de Alemania Oriental” 54
25.- Comisiones Obreras y la Asociación Democráticas de Técnicos 57
26.- De la “beca” del Servicio de Estudios del Urquijo al empleo en la multinacional Solvay 58

V.- La clandestinidad política y personal **60**

- 27.- Revolucionario profesional. Complejas y difíciles relaciones de pareja 60
28.- El “Estado de Excepción” de 1969, inicio de una nueva etapa 61
29.- Nace el “Camarada Camps” 63
30.- La Agiprop: un instrumento esencial 67
31.- 1971: De vacaciones a la URSS y visita a Pasionaria 70
32.- El “Camarada Saltor”, trabajo y lucha en común 72
33.- SEAT: Mi aprendizaje y prácticas de sindicalismo 73
34.- Reuniones y más reuniones ... 77
35.- Breve incursión en el trabajo unitario 78

VI.- Transiciones **80**

- 37.- Nuevas formas de organización del Partido y de su relación con los movimientos sociales. Por un Partido “dirigente”, que no podía ser “dominante”. 80
38.- La comarca del Baix Llobregat y su estilo sindical 83
39.- El despacho laboralista “Albert Fina- Montserrat Avilés” 84
40.- Transiciones y crisis: en el país, en mi actividad política, en mi vida personal 85

Epílogo de esta primera parte de mis recuerdos **93**

Prólogo

Me llamo Isidor Boix Lluch. Nací el 25 de diciembre de 1939 en Barcelona. Lo hice en un país, en un pueblo, también en una familia, derrotados en la guerra civil. Barcelona era una ciudad en manos de los victoriosos que la ocupaban, y que exigían botín y tributo por su victoria. También era un lugar donde los derrotados trataban de ocultarse, o, en general, de disimular su condición de tales, para no ser castigados, algunos pocos para resistir, y otros, menos aún, para alimentar la ilusión de una pronta recuperación de la libertad.

Era la ciudad donde vivían mis padres desde los años de la Segunda República, antes del inicio de la contienda que asoló nuestro país. Mi familia no fue de las que marcharon al exilio, huyendo de la persecución. Formaron parte pues de los derrotados que se quedaron, de los que padecieron la guerra y después la posguerra.

Estudí en la “Escuela del Bosque” y después en el Liceo Francés de Barcelona. Mis padres, los dos maestros de escuela, hicieron todos los esfuerzos posibles para ofrecerme una buena formación, también para que la tuviera mi hermano Quim. Posteriormente ingresé, a los 17 años, en la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona.

Durante los años universitarios, en la década de los cincuenta, me vinculé con organizaciones estudiantiles democráticas, y por ello clandestinas. Desde el compromiso antifranquista, después de un primer y breve paso por el “Moviment Socialista de Catalunya” (MSC), ingresé en el entonces principal partido de la oposición, el “Partit Socialista Unificat de Catalunya” (PSUC), el Partido de los Comunistas, el Partido con mayúscula.

Por mis actividades políticas tuve que marcharme al exilio a principios de los años sesenta. Residí durante un tiempo, junto con la que entonces era mi mujer, Maria Rosa Borràs, también militante comunista, en un país que hoy ya no existe, la República Democrática Alemana, en un mundo ya desaparecido a raíz del hundimiento de la Unión Soviética, de los “países del socialismo real”, en el ya siglo pasado. En 1964 regresamos a Barcelona y en 1968 pasé a formar parte de la dirección del PSUC en Barcelona. Al poco tiempo me convertí en “revolucionario profesional”, con dedicación plena a la actividad política clandestina entre 1969 y 1975, años en los que proyecté la acción política sobre la actividad sindical, que en aquel momento podía calificarse de “socio-política”. Desde esa fecha hasta el día de hoy mi actividad ha sido ya estrictamente “sindical”: en el despacho laboralista de Albert Fina y Montserrat Avilés primero, brevemente en la UGT de Catalunya y, desde 1982, en Comisiones Obreras. En el Baix Llobregat, el Metal de Catalunya, Químicas de España y finalmente en FITEQA-CCOO (textil y químicas) donde, después de una primera etapa en acción sindical y negociación colectiva, llevo ya varios años en la acción sindical internacional y cooperación transnacional para, en este momento, proyectar esa intervención desde la “Responsabilidad Social empresarial”, esencialmente en el ámbito de las cadenas de producción de Inditex y también de Repsol. Esta actividad me ha permitido en estos últimos años, y así espero hacerlo en los próximos sin fecha aún de caducidad, tomar

contacto directo con la realidad sindical e industrial de numerosos países. La desarrollo ahora prácticamente a plena dedicación, y desde hace 3 años, cuando me jubilé al cumplir los 70, en lo que podría denominarse “voluntariado”.

Mi actividad estudiantil en la Escuela de Ingenieros y mi militancia en el PSUC me acercaron al sindicalismo, es decir a la defensa solidaria y organizada de intereses colectivos, como una forma de ejercicio de libertad, de exigencia de democracia, y de positiva tutela de los derechos individuales. Por diferentes circunstancias que trataré de explicar en estas páginas, a partir de esos años setenta del siglo pasado el sindicalismo ha sido un elemento central para conformar mi visión del mundo y de la sociedad y, más aún, para condicionar y conformar mi vida.

Vivo desde hace más de 20 años fuera de Barcelona. Soy de los catalanes que viven en Madrid (aunque a 30 km de la capital, en Camarma de Esteruelas), de los madrileños catalanes, primero por cuestiones profesionales y laborales y, después, con el paso del tiempo, también por vínculos familiares.

Pienso que las personas, más que raíces tenemos pies y orígenes. Los recuerdos, y las reflexiones que sugieren, el pasado colectivo y el individual, me permiten considerarme muy afortunado por lo vivido hasta ahora y valorar la privilegiada experiencia que he vivido y en la que sigo inmerso. Los recuerdos volcados en estas páginas los traigo no desde la nostalgia, ni desde la sensación de que mi vida haya terminado y sólo quede la contemplación del pasado, sino desde la voluntad aún, y una cierta oportunidad, de intervenir en el presente e influir en el futuro, con la inestimable sensación de seguir vivo que ello proporciona.

Estoy convencido de que esta retrospectiva está cargada de subjetividad, lo que señalo no como algo negativo sino para subrayar que en las páginas que siguen hablaré de lo que he vivido, de cómo lo he vivido, y sobre todo de cómo lo recuerdo. Cada día más, me doy cuenta de que nuestros recuerdos son una parte, sólo una parte, de la realidad, mejor dicho del archivo de sus imágenes en un rinconcito de nuestro cerebro. Para conocerla hace falta ciertamente algo más, mucho más. Un esfuerzo que compite a los historiadores. Pero ésta es mi parte de la realidad. Mi aportación.

En las páginas que siguen aporto una recopilación de experiencias para las que he utilizado la memoria. Nadie debe llevarse pues a engaño, yo tampoco. Éste no es un libro sobre la historia de más de medio siglo de nuestro país, son sólo las historias que yo recuerdo haber vivido y cómo las he vivido en esta etapa. En todas he querido reflejar de alguna manera mi pasión por la política y particularmente por el sindicalismo, en un devenir que yo no he elegido del todo sino hacia el que me he sentido en cierto modo empujado, también atraído, del que me siento muy satisfecho de haber participado porque pienso que he tenido, y sigo teniendo, mucha suerte en mi vida.

Estas páginas son además resultado de un trabajo en equipo, con la fundamental colaboración de mi amigo Javier Tebar que, partiendo del proyecto del Archivo Histórico de Comisiones

Obreras de Catalunya para elaborar la historia del movimiento obrero catalán en la última etapa del franquismo, organizó unas cuantas horas de charla durante las cuales fue provocando que salieran a la luz los datos y recuerdos que yo llevaba archivados en algún lugar de mi memoria. Luego, a iniciativa de FITEQA-CCOO, continuamos cubriendo la segunda etapa hasta nuestros días. Javier ha realizado un primer trabajo, ha traducido y llevado al papel una primera elaboración de los de la primera parte, hasta 1977, agrupando hechos y consideraciones más conceptual que cronológicamente, por lo que en ocasiones aparece una idea, un hecho, aparentemente desubicado en el tiempo. Desde aquí quiero manifestarle mi profundo agradecimiento por su trabajo, aunque luego yo lo haya revisado detalladamente y modificado algunos de sus redactados para adaptarlos mejor a lo que pretendo transmitir, para que respondan fielmente a mis recuerdos. Quiero afirmar por ello que asumo la absoluta responsabilidad por todo lo que se dice en estas páginas.

Como complemento de las notas que siguen puede consultarse mi blog, iboix.blogspot.com.es, o la página web de FITEQA-CCOO, www.fiteqa.com.es/fiteqa/internacional_y_RSC, donde voy colocando diversos trabajos, especialmente de los últimos años, algunos con incursiones en etapas anteriores.

Y para cerrar ésta a modo de presentación, quiero expresar mi profundo agradecimiento a la Federación de Industrias Textil-Piel, Químicas y Afines de Comisiones Obreras (FITEQA-CC.OO.) por su decisiva aportación. También al Archivo Histórico de la CONC y a la Fundación 1º de Mayo por el soporte que me han proporcionado en esta recopilación no sólo para la elaboración de estos recuerdos, datos y anécdotas, sino también, y ha sido de hecho lo esencial, en su elaboración. A los destinatarios de estos agradecimientos quiero añadir, de forma destacada, al hasta fecha reciente Secretario General de FITEQA, mi jefe en estos años madrileños, y mi amigo, Joaquím González Muntadas. De Quim fue la idea y la iniciativa que han hecho posible este relato, así como a José Luis Montesinos, actual Secretario General de FITEQA-CCOO por su último empujón, decisivo para que estos recuerdos salgan de mis archivos materiales y personales.

Éste es el resultado de todo ello.

I.- Derrotados

1.- Barcelona, una ciudad vencida y ocupada

Los recuerdos que conservo de mis primeros ocho años son escasos. Es posible que algo tuviera que ver mi poca relación en esta etapa con el mundo fuera de la familia y quizás pudo influir una enfermedad que nunca llegó a ser descifrada por los médicos. Con poca edad y con mucha fiebre durante dos meses, tengo la impresión que en 1947 se produjo un “gran borrado” en mi memoria, lo que explicaría que no conserve demasiados recuerdos de los años anteriores. Conservo pocos recuerdos de mis primeros años, algunas imágenes de la primera vivienda, la casa de alquiler en el barrio del Guinardó, en el número 2 de la Calle Villar, cerca del Paseo Maragall. Una casa de dos plantas, en la superior vivíamos nosotros. Con una terraza que ocupaba casi la mitad del espacio alquilado y en la que pasé bastantes horas de mis primeros años, de mis primeros juegos. Recuerdo además que en ella había un gallinero que nos permitía abastecernos de huevos, además frescos, que eran muy apreciados en aquellos años de la posguerra. Un recuerdo importante de aquella vivienda es el de un niño, Josep, más o menos de mi edad, que vivía en el primer piso y casi mi único amigo en esos años. Cuando yo tendría doce o trece años, mis padres compraron un piso más espacioso en el hoy Passeig Sant Joan (entonces General Mola), por encima de la Avenida Diagonal, en el Eixample barcelonés.



Fueron unos años de escaso contacto con otras personas fuera de mi familia, salvo la escuela municipal del Guinardó de la que recuerdo esencialmente a dos profesores, la Srta. Galcerán y el Sr. Casademón, con una muy buena sensación, y otro, el Sr. Catá, todo lo contrario. De la relación intensa con mis padres sobresale especialmente la de mi padre, que tuvo una gran influencia y significó un importante y positivo contraste con las ideas dominantes en aquellos años de oscurantismo ideológico y religioso, en aquella sociedad gris y triste de la posguerra española. De hecho mi propia familia era ya expresión de un implícito, y supongo que positivo, debate. Mi madre era muy religiosa y me inculcó en mis primeros años un intenso fervor en el que situó mi primera comunión a los 7 años. Yo la acompañaba a misa todos los domingos, pero mi padre no participaba, lo que supongo era ya un primer elemento de reflexión más o menos consciente. A los 9 o 10 años comencé a distanciarme de la religión y a los 11 ya no me sentía católico.

La influencia de mi padre fue muy intensa, no solo en relación con las creencias religiosas sino con la filosofía general de la vida, también sobre nuestra historia reciente, la guerra civil, a pesar de que era muy prudente y no hacía el menor proselitismo, más bien lo contrario, desde una pesimista visión del derrotado, y, supongo, procurando no transmitir ningún mensaje de rebeldía. Recuerdo nuestras conversaciones cuando salíamos los dos a pasear, los dos solos, ya que mi hermano Quim era entonces muy pequeño, nos llevamos 5 años y medio. Tengo un recuerdo muy vivo de estos paseos y nuestras conversaciones, sobre todo durante los fines de semana o bien durante las vacaciones. Eran paseos muchas veces hacia la “Font d’en Fargas” en la colina del Guinardó. Recuerdo sus palabras, sus gestos, la manera pedagógica de hacerme ver algunas cosas que surgían de la conversación, mientras caminábamos, o de responder a mis preguntas. Recuerdo los momentos en que deteníamos nuestro paseo para que mi padre me ofreciera una explicación determinada, un detalle... mientras yo levantaba la mirada, pues entonces nuestras tallas eran aún bien diferentes, y le escuchaba atentamente. Y escenas similares asociadas a las vacaciones, cuando íbamos a visitar a la familia materna al pueblecito de Gornal, que formaba parte del municipio de “Castellet i Gornal”, al lado de l’Arbòs del Penedès. Allí íbamos en general por Semana Santa y por Navidad.

La familia de mi madre era muy religiosa, y franquista. Mi padre se sentía extraño, incómodo, y yo me sentía solidario con él, lo que provocaba que los dos nos separáramos del grupo familiar, y nos fuéramos a menudo a pasear por el campo. Y así seguíamos con nuestras conversaciones sobre tantas cosas. Hablábamos del pasado, pero de hecho reflexionábamos sobre el presente, de lo que no estoy seguro que yo fuera entonces plenamente consciente.

Mi padre tenía una formación, yo diría que agnóstica, laica y al mismo tiempo muy anticlerical. Actitud que contrastaba con la de mi madre. Además hablaba no sólo de conceptos más o menos abstractos sino muy relacionados con su experiencia como maestro, maestro de la República que vivió aquellos intensos años de explosión de libertad en un pueblecito del Pirineo, Valencia d’Aneu, en el que ejerció y en los que las ideas de libertad se contraponían con el oscurantismo clerical. La actitud de la Iglesia durante la guerra no hizo más que acentuar su anticlericalismo, actitud que procedía más de la práctica del clero español que de una posible reflexión sobre la existencia de Dios.

Al mismo tiempo la huella más clara de la guerra en las actitudes y las ideas de mi padre era una clara concepción de la derrota. El padecimiento de la guerra y el efecto desmoralizador era muy evidente. Se había sentido y continuaba sintiéndose derrotado. Era una derrota que puede calificarse de continuada, ya que no preveía, ni veía, ni creía, que fuera posible ninguna forma de oposición a la dictadura de Franco. Era un régimen brutal, decía, al que no había posibilidad de hacer frente. Ello le llevó además a ocultarnos algunas de las positivas e interesantes iniciativas pedagógicas y progresistas de su juventud, de las que luego hemos ido teniendo noticia, con asistencia e intervenciones en seminarios en Suiza y Francia a los que acudía como delegado de un grupo de maestros de la República. O incluso un antecedente interesante, como es que su padre, mi abuelo Isidor, tuvo actividad sindical y participó en 1927 como delegado de Vinaroz en el XLVIII Congreso de la “Federació d’obers boters d’Espanya”.



Éramos en aquella época una familia con algunas dificultades económicas, como mínimo durante una etapa. Con el sueldo de los maestros de la época era difícil cubrir todas las necesidades. Recuerdo muy bien que en el piso del Guinardó la calefacción era un único brasero y utilizábamos mantas para tapar las rendijas de las puertas de la habitación principal en la que se instalaba. El agua para lavarnos cada mañana estaba helada, y solamente los domingos se calentaban ollas de agua para el baño de todo el cuerpo en el lavadero. Sin embargo, no conservo ningún recuerdo de pasar hambre, de hecho tampoco frío de manera excesiva, puesto que teníamos ropa suficiente. Y cuando íbamos a Gornal comíamos pan blanco. A veces incluso nos llevábamos algo para Barcelona, lo que era un signo de bienestar en aquellos años. No vivíamos con grandes comodidades, pero no pasamos necesidades perentorias.

Mis padres, por sus diferencias sobre todo religiosas y en parte sobre el significado de la guerra y de la dictadura, establecieron un "status quo" de manera que aquellos eran temas que entre ambos simplemente no se tocaban. El acuerdo era el siguiente: mi hermano Quim y yo íbamos a misa con mi madre, pero mi padre no lo hacía nunca en Barcelona. En cambio, cuando estábamos en Gornal, mi padre en alguna ocasión sí que ponía los pies en la iglesia. En la familia de mi madre había una cierta tolerancia respecto a la actitud de mi padre, a su ausencia de la ceremonia religiosa, aunque ello provocaba su aislamiento respecto al resto de la familia. La situación era más tensa en relación con el hermano de mi madre. Mi abuelo materno había sido alcalde y cacique monárquico del pueblo antes de la República. Yo diría que formaba parte de una derecha más o menos civilizada, pero no fascista, y era apreciado en el pueblo, lo que luego se tradujo en que los anarquistas del pueblo le protegieron durante la guerra, ayudándole a escapar cuando un grupo armado iba a por él con no muy amistosas intenciones. Por el contrario, su hijo pequeño, el cuarto de los hermanos, se afilió a Falange y

fue secretario del Ayuntamiento durante muchos años y no creo exagerar afirmando que fue un personaje bastante menos apreciado de lo que había sido su padre y algunas cosas siniestras se contaban de él en el pueblo. Por otra parte, el marido de otra hermana de mi madre también era falangista y fue también Secretario de Ayuntamiento en varios pueblos. Todo ello daba lugar a un entorno familiar en el que evidentemente mi padre encajaba mal.

Con la familia de mi padre teníamos menor relación porque vivían en Vinaroz y Castellón y entonces llegar hasta allí suponía muchas horas de viaje. Mi abuelo paterno era "boter", o sea, que fabricaba botas de vino y quizás también de aceite, un oficio con una larga tradición artesanal. Antes de la guerra se marchó a Argentina para "hacer las Américas". Volvió al cabo de un tiempo con un loro, que fue lo único que consiguió... De él conservo muy pocos recuerdos, puesto que murió siendo yo muy niño. Mi padre emigró a Barcelona y empezó a trabajar como barbero en la Barceloneta para poder estudiar magisterio y mantuvo estrechas relaciones con emigrantes de Vinaroz, muchos viviendo en la Barceloneta, un barrio entonces de pescadores, lo que suponía una directa relación con su propio origen de Vinaroz. Por algunos comentarios de mi padre, se trataba de un grupo de tradición republicana.



2.- “¡Ojalá hubieran ganado los rojos!”

Por lo que he ido comentando se entenderá la importancia y significación de la influencia de mi padre en mi formación. La de mi madre seguramente también, pero de manera más indirecta; por ejemplo, en cuanto a la disciplina de estudio, quizás el comportamiento en sociedad, ...

Mi padre no tenía una adscripción política determinada. Antes de ser destinado a una plaza de maestro en Barcelona había participado en actividades coordinadas de los maestros del Pirineo, contribuyendo además a organizar a la gente del pueblo, a poner en marcha una biblioteca, combatiendo la influencia del cura local. Recuerdo que al explicarlo citaba una frase que me quedó grabada y es la afirmación de aquellos maestros que decían que las personas “no eran ovejas, no debían comportarse como el ganado, que es lo que pretendían los curas”. Los maestros, me decía, tenían entre sus responsabilidades mostrar a la gente que la dignidad de las personas pasaba por la formación y la cultura, hacerles perder el miedo y contrarrestar la influencia histórica del cura del pueblo.



Mi padre se había casado durante la República y su primera mujer falleció antes de que se iniciara la guerra. Él y mi madre se conocieron en Barcelona, poco antes del golpe de estado franquista, siendo los dos maestros de la misma escuela, la Pere Vila. Éste era uno de los colegios de más prestigio educativo de los que había en aquella época en la ciudad.

Mi madre se había trasladado de Gornal a Barcelona para estudiar magisterio, y al terminar los estudios empezó a ejercer en el Grupo Escolar Pere Vila, el director del cual, Félix Martí Alpera, había sido profesor suyo durante la carrera y se la llevó a este prestigioso centro escolar. No recuerdo el proceso por el que mi padre llegó a ese mismo centro, en el que se conocieron durante la guerra y se casaron a comienzos de 1939. En diciembre nacía yo.

A menudo, mi padre evocaba un recuerdo relacionado con su vida durante la República, con el que ponía de manifiesto el anticlericalismo que él y sus amigos profesaban. La anécdota, tantas veces reiterada, hacía referencia a sus encuentros en Semana Santa, particularmente en Viernes Santo, para hacer una costellada y provocar que el olor de la carne llegara a aquellos que pasaban en procesión. Era ciertamente una agresión, aunque mucho menos violenta que la ancestral agresión del catolicismo dominante.

Al terminar la guerra mi padre tuvo que pasar por un expediente de depuración por su condición de maestro republicano. Digamos que tuvo suerte y a diferencia de muchos otros no fue expulsado del cuerpo de maestros, aunque se le sancionó con un destierro, que finalmente no llegó a cumplir, probablemente por algún aval conseguido a través de la familia de mi madre. De

hecho, estas relaciones de la familia materna servirían más adelante para facilitarme el ingreso en la Escuela de Ingenieros, verdadero centro de formación de una élite profesional en los años cincuenta.

Después de la guerra mi padre evitaba hacer públicas sus opiniones, aunque en sus clases predicaba el respeto a las opiniones de los demás y partía siempre del criterio de que la cultura hace libres a las personas.



Aunque el concepto del miedo estaba presente en todas las referencias políticas, en casa se producían pequeñas manifestaciones de rebeldía a pesar de la permanente sensación de derrota. El miedo volvió a explicitarse años más tarde, cuando comencé a desarrollar actividades públicas al ingresar en la Escuela de Ingenieros. Esa actitud de latente antifranquismo se expresaba en apagar la radio después de las noticias, el “Diario Hablado”, antes de que sonara el himno nacional y para no escuchar los “¡Viva Franco! ¡Arriba España!”. Al principio era mi padre quien interrumpía la conexión, luego éramos ya mi hermano o yo el que rápidamente interrumpía la transmisión. Era un gesto de rechazo, como durante el verano escuchar con escaso volumen, casi en susurros, “La Pirenaica” en la terracita de la casa de Cabrera.

Sin que hubiera ninguna forma de proselitismo antifranquista por parte de mi familia, hay un episodio que expresa como el ambiente familiar iba calando. Yo podía tener 10 o 11 años. El caso es que un maestro de aquella escuela, el Sr Catá al que antes me referí, un maestro muy “facha”, adoptaba como habitual el insulto permanente a los “rojos”. Lo único que recuerdo es que un día, ante uno de sus peroratas, tuve una reacción espontánea, no creo que con intención de provocar, sino más bien como diciéndome a mí mismo, y solté con un volumen de voz suficiente: “¡Ojalá hubieran ganado los rojos!”. De manera inmediata, el profesor me expulsó de clase, me amenazó... Mi reacción fue la de advertirle públicamente que, si hacía algo más, denunciaría ante la dirección de la escuela que él se llevaba material del colegio -me refiero a papel, lápices, gomas de borrar, ...- a su casa, para uso en la academia que ahí tenía. Al día siguiente me cambiaron de clase, pasándome al curso superior, a la clase de otro maestro, el Sr. Casademont, que no se hablaba con el maestro “facha” y del que mantengo un muy buen recuerdo, de su persona, de sus clases y enseñanzas. Para mí, los “rojos” que habían perdido la guerra, eran buena gente, en cualquier caso eran los “míos” y, por supuesto, eran “los de mi padre”.

3.-El proyecto educativo familiar

El hecho de que mis padres fueran ambos maestros en activo, que sus primeras experiencias profesionales se hubieran formado y desarrollado en los años de la República, suponen sin duda una situación privilegiada en cuanto a la formación. Y las particulares características personales de ambos le añaden peculiaridades de inevitable incidencia.

Mi padre era maestro de enseñanza primaria y mi madre de párvulos. Y para ambos la formación de sus hijos era una cuestión esencial, desarrollando quizás una presión excesiva. Una decisión importante tomada en determinado momento, creo que estimulada además por la gratuidad de la enseñanza y de la comida, fue mantenerme en la escuela primaria cuando ya había empezado el bachillerato. Esa decisión se tradujo en una situación un tanto extraña, en el sentido de que durante unos años simultanéé la asistencia a la escuela primaria con la preparación del ingreso y de los primeros años de bachillerato, dedicando a éste las horas libres de que disponía al llegar a casa. Para el seguimiento holgado del curso en la “Escola del Bosc” bastaba y sobraba atender en clase, junto con lo que iba aprendiendo en los libros de bachillerato. Ello provocó además una relación sin duda inadecuada con los compañeros de clase y quizás también con los propios maestros del colegio, aunque no recuerdo ningún conflicto concreto al respecto. En la inevitable competencia entre alumnos de una misma clase, recuerdo que se daba por hecho mi ventaja académica, así como mi absoluta falta de competitividad en los aspectos físicos y deportivos, a lo contribuía que llevara gafas desde los 3 años por estrabismo y miopía.

Mi formación fue siempre en castellano a pesar de las inclinaciones catalanistas de mi madre. Digamos que en casa, sin ninguna reticencia y con naturalidad, se hablaba siempre en catalán y en la escuela siempre en castellano. Cuando estando de viaje escribía cartas a mi familia lo hacía en catalán, pero en un catalán incorrecto, a pesar de que mi padre lo escribía correctamente. Pero nunca llegué a aprenderlo correctamente, ni entonces ni después; una deficiencia que aún lamento.

A partir de los ocho años y hasta los doce me dediqué a preparar, bajo la tutela de mis padres, el ingreso en el bachillerato y luego los tres primeros cursos. Estudiaba por las noches, en casa, en un régimen bastante duro de disciplina que compartía con Quim, mi hermano menor. Nuestra madre cada día nos preguntaba la lección y mi padre nos explicaba las matemáticas y nos orientaba en el estudio del latín y del francés. A final de curso me examinaba por “libre” con muy buenos resultados.

De aquella época recuerdo también haber leído muchos cuentos, cuentos y “tebeos” muy diversos. Era una lectura no orientada, quiero decir que nadie me decía que leyera esto o aquello. Yo leía lo que iba cayendo en mis manos. Leía bastante, además no había televisión. Solamente de forma ocasional podíamos ir al cine, pero era muy poco frecuente. De hecho, mi primer recuerdo del pueblecito de Gornal es una sesión de cine a la que me llevó mi madre: las sillas de madera, las pausas para cambiar el rollo de cintas de la película... Probablemente, que mantenga esta imagen se debe a lo poco que debía ir al cine en Barcelona. La situación económica de la familia tampoco lo facilitaba. En cambio la radio está muy presente en mis

recuerdos, sobre todo algunos de sus programas y los noticiarios. Hacia finales de los años cuarenta, recuerdo haber seguido con mucho interés el programa radiofónico -creo que era semanal, cada sábado posiblemente- que emitía Radio Barcelona titulado "Taxi Key", el nombre de un detective que era al mismo tiempo taxista y que siempre descubría a través de peripecias, algunas veces increíbles, al "malo" de la historia.



En mi formación el sexo era tabú. Mientras vivimos en la calle Villar, trabajando mis padres y siendo mi hermano y yo bastante pequeños, en casa siempre había una persona que hoy se denomina "asistente" y entonces "criada". Al principio eran chicas muy jóvenes, que venían en general del pueblo y recién llegadas a la gran ciudad supongo que cobraban poco. Y vivían con nosotros. Conforme íbamos creciendo mi hermano y yo, iba aumentando su edad, de modo que yo las veía bastante "viejas". A fomentar el tabú de todo lo relacionado con el sexo contribuía además la moral oficial imperante. A lo largo de los estudios dejé de ir a clases mixtas a partir de primaria. En el Liceo Francés también estábamos separados chicos y chicas. Las chicas estaban incluso lejos, en la calle Provenza y nosotros en la calle Moià, aunque coincidíamos unas pocas veces al año en fiestecitas que alguien organizaba.

La relación con mi hermano, cinco años y medio menor que yo, era más bien conflictiva. Contribuía a que fuera así tanto la diferencia de edad como la diferencia de caracteres. Quim era bastante revoltoso y muy activo. Además tanto la familia como los profesores le echaban permanentemente

en cara lo muy estudioso que yo era, mis buenas notas, No se trataba de que Quim no fuera un buen alumno, lo aprobaba todo y con buenas notas, como haría también posteriormente cuando, como yo, ingresara en el Liceo Francés, pero no teníamos exactamente las mismas características. Esto y la diferencia de edad hicieron que nuestra relación fuera bastante distante durante aquellos años, con poca comunicación, a lo que sin duda también contribuiría mi carácter más cerrado. Él era y es una persona con mucha más facilidad para establecer relaciones con los demás. Por otro lado, podíamos pasar más tiempo juntos en vacaciones cuando íbamos a Gornal, con la familia de mi madre, pero ahí había por edades dos grupos de primos y de nuevo estábamos separados. Fue así antes de que yo cumpliera los doce años. Después, a partir de 1952, mis padres decidieron que durante los meses de verano yo realizara un intercambio con un chico francés, y cada año pasaba con él un mes en España y otro en Francia con su familia que vivía en Versalles. Así tampoco tenía mucha relación con mi hermano.

4.- El mundo de fuera: el barrio y el Liceo Francés de Barcelona

Cuando yo tenía once años, en el año 1951 se produjo el boicot a los tranvías en Barcelona, la huelga de los tranvías por la subida de la tarifa. Recuerdo las riadas de gente en el Paseo Maragall, que iba caminando a trabajar o a manifestarse. Lo veía desde el terrado de mi casa, y en la calle cuando iba a la escuela. Recuerdo a la gente caminando y también la tensión que se respiraba, la sensación de que algo importante estaba sucediendo en la ciudad. Supongo que a ello contribuirían los comentarios, y los miedos, que debían producirse en casa.

En el cuarto curso de bachillerato ingresé, después de unas pruebas de admisión, en el Liceo Francés, en su sección española, en un edificio en la calle Moià que antes había sido de los alemanes y a los que se les había expropiado para convertirse en el "Licée Français – Collège International". Era un centro de enseñanza del bachillerato español con mucho más formación del idioma francés y con un merecido prestigio de buena formación, laica, con un espíritu de libertad. El director, Pere Ribera, era una persona muy competente como profesor y como director, pero también muy autoritaria, nos daba bastante miedo. Cuando el Sr. Ribera sacaba la cabeza por el hueco de las escaleras desde una de las plantas superiores mientras entrábamos a las aulas, se producía un inmediato y tremendo silencio.

En el Liceo se exigía mucho, los profesores eran bastante rigurosos en los estudios. Supongo que el prestigio de la buena formación fue lo que decidió a mis padres, aunque mi madre seguro tenía cierta prevención por aquello de que Francia era entonces una referencia de "libertinaje". En cualquier caso, ambos estuvieron de acuerdo en la decisión, y muy orgullosos luego de lo fácilmente que me habían admitido después de la prueba. Además me concedieron una beca que cubría creo que la mitad del coste de los estudios. Luego mi hermano creo que tuvo también otra media beca cuando ingresó, ya en primero de bachillerato. Aunque ello suponía un coste, pienso que el nivel de vida de mis padres había amentado, no tanto por mejores salarios de los maestros, sino por las clases que daba mi padre al terminar el horario de la escuela y por otras actividades que realizaba, como corregir galeradas de imprenta. Fue en esos años cuando nos trasladamos al piso que adquirieron en el entonces Paseo del General Mola, una vivienda más espaciosa.

La relación con gente del barrio era escasa. Creo recordar que, cuando ya llevábamos algún tiempo solamente contaba con un amigo, Sergi Erill, que vivía también en el mismo Passeig de Sant Joan y que también estudiaba en el Liceo Francés. En ocasiones venía a mi casa o iba yo a la suya. Aquel cambio de domicilio no alteró en lo fundamental mis formas de vida, que continuaba estando planteada en mi familia como un proyecto muy definido que pasaba por la dedicación casi exclusiva al estudio, prácticamente sin relaciones sociales. A veces he pensado que cuando más adelante, hasta el final de la dictadura, me vi obligado a vivir a lo largo de cinco años en una situación de clandestinidad en Barcelona, aquellas formas de vida durante la adolescencia me habituaron al aislamiento, aunque ello pudiera venir compensado por la intensidad, también en la relación personal, de la actividad política clandestina.

La entrada en el Liceo Francés había representado la superación del reto personal que suponía adaptarme a un ambiente y un entorno privilegiado, no sólo de estudio, también social, con una cierta concepción elitista por parte de estudiantes y profesores. Las exigencias de estudio que de ello derivaban no hacían más que acentuar las formas de vida que ya había adoptado desde antes y que aparentemente no me suponían ningún problema. Las asumía con facilidad, aceptaba de buen grado la necesaria limitación o las ganas de ver a los amigos -en realidad, no tantos- como de salir en busca de ocio. Por otra parte mis escasos medios me permitían ir al cine sólo algunos domingos, lo que habitualmente hacía con mi amigo Sergi Erill.



El Liceo Francés tenía promociones de estudiantes muy brillantes. En el curso superior al mío, recuerdo que estaba Xavier Folch, el que después ha sido un editor importante y de gran influencia; también alguno de los Bohigas, creo que Oriol. En mi clase estaba Ricardo Bofill, el arquitecto, también Pere Vicens, el hijo del historiador Jaume Vicens Vives.

Cada año, cada trimestre y al finalizar el curso, se concedían premios por cada asignatura. Creo recordar que eran dos o tres “premios” y también “accésits”. Desde el primer año obtuve el primer premio, el “de excelencia”, prácticamente en todas las asignaturas excepto francés.

Lo cierto es no recuerdo ningún antagonista peligroso excepto en el último año, cuando en un trimestre tuve un pequeño incidente con el director, Pere Ribera. Éste me había exigido que escribiera un artículo para la revista del Liceo y lo que hice es comentar precisamente lo absurdo de tal exigencia si no tenía un tema sobre el que escribir. Como consecuencia, parecía, en un trimestre me concedieron el segundo premio y aquello provocó un pequeño escándalo porque era opinión generalizada que se había cometido una clara injusticia. Sin embargo ese mismo año, al terminar el curso, me concedieron de nuevo los primeros premios de las asignaturas del curso y además el “premio extraordinario” de todo el bachillerato.

Cuando entré al Liceo mi principal problema era el idioma francés. Además, el entorno cultural era muy superior al que hasta aquellos momentos había conocido. Había un muy buen profesorado. La asignatura de filosofía, impartida por la profesora Tineu, que también se encargaba de la asignatura de inglés, produjo en mí un fuerte estímulo intelectual. El director, Pere Ribera, un extraordinario y reconocido pedagogo, nos dio algunos años clase de historia de la cultura, hablándonos de pintura y de arte, acompañándonos en alguna ocasión a visitas programadas a museos de la ciudad para mostrar un determinado cuadro y explicarnos su significado. Con el profesor de religión, del que no recuerdo el nombre, tuvimos varias discusiones sobre la existencia de Dios y el papel de los curas, aunque siempre en un tono correcto.

Conservo un muy buen recuerdo de la asignatura de matemáticas, en la que tuve un profesor excelente, muy bueno, “el señor Savé”. Este es uno de los pocos nombres del profesorado que recuerdo. Tenía una forma de enseñanza realmente atractiva. Además, este profesor fue la primera persona a la que vería muerto en una cama. Con el profesor Savé se produjo además una situación muy particular de la que conservo un vivo recuerdo. Un día se quedó afónico, afectación que se prolongó durante varias semanas, quizás unos meses. Ante este problema, el profesor decidió que yo me preparara las clases con los libros que me proporcionó para después en el aula explicar cada día la lección bajo su tutela. Yo comenzaba y estaba atento al profesor mudo que con un gesto de la mano me iba indicando si yo iba bien o no era correcta la explicación que daba a mis compañeros sobre la asignatura y los ejercicios. Esta asignatura y la formas de su enseñanza y aprendizaje me marcaron notablemente.

En el Liceo Francés no mantuve una relación excesivamente personal con nadie. Esto hizo que cuando finalicé los estudios, el vínculo que pudiera tener con otros compañeros fuera debilitándose al poco tiempo. Mantuve solamente algún contacto ocasional con Ricardo Bofill a través de cuestiones diversas, entre otras por el papel que jugó en mi posterior incorporación a la actividad política antifranquista, con reencuentros con ocasión de las vicisitudes de la persecución policial durante el franquismo. Solamente establecí durante algunos años este lazo afectivo con el amigo del barrio, del Passeig Sant Joan, con Sergi Erill. Una amistad que fue debilitándose con el paso del tiempo y terminó perdiéndose.

5.- Hay que ser ingeniero

Mi ingreso en la Escuela de Ingenieros de la Universidad de Barcelona significó la entrada en un mundo muy diferente. De hecho, ningún antiguo compañero de mi curso del Liceo pasó a estudiar ingeniería. Mi incorporación a la Escuela se produjo en otoño de 1957, con 17 años, a punto de cumplir los 18. Previamente tuve que dedicar dos años a la preparación de los dos cursos de ingreso en aquella escuela, los llamados “primero” y “segundo” “grupo”, que no se preparaban en la Escuela de Ingenieros sino en academias privadas. Tras la preparación y favorable examen del primero me examiné también de “preuniversitario”, creo que era el primer año que estaba en vigor y no requería escolarización. Los dos años de los dos grupos de ingreso a ingenieros representaron una nueva etapa de aislamiento del entorno, pues exigían una dura preparación, y en definitiva un momento de ruptura con los antiguos compañeros de clase. Yo hice la preparación en la Academia Fabrè, lo que representó un sobreesfuerzo económico para la familia. Unos años en los que estuve totalmente dedicado a estudiar y muy ocasionalmente, tanto que ni siquiera tengo un recuerdo preciso de ello, podía llegar a salir algún fin de semana para distraerme un poco.

La decisión de ser ingeniero parecería que estaba, como se dice coloquialmente, “cantada”. En casa, desde siempre, no parecía que hubiera duda. Mi afición y capacidad para las matemáticas no hacían más que confirmarlo: “Aquest nen serà enginyer”, se afirmaba con toda naturalidad. Y cabe decir que yo lo asumía con la misma naturalidad. Por tanto, seguramente ni siquiera se llegó a plantear ninguna duda al respecto. Recuerdo que en los últimos años que pasé en el Liceo Francés hubo un momento en que se me formuló la pregunta típica: “¿Qué estudiarás?”, yo parecía tenerlo claro: ingeniería, aunque en algún momento tuve alguna vacilación, creo que breve, pensando en estudiar filosofía. Así que finalizado 6º, comencé a preparar el ingreso en la Escuela Técnica Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona.

Aprobé los dos cursos en la primera convocatoria. Hubo, sin duda, dos condiciones para que lo consiguiera. La primera era hacerlo muy bien, y estoy convencido de haber hecho unos buenos exámenes. Pero había una segunda condición y era tener un “enchufe”, y yo lo tenía gracias a los contactos de mi familia materna. Mi padre gestionó este asunto contactando con algún miembro de una familia de prohombres de la burguesía local, la de los Bertrán Güell, y se enviaron, por lo que supe después, algunas cartas a la secretaría general técnica del Ministerio de Industria y Comercio.

Una vez aprobado, ingresabas en Ingenieros, con sede en la Escuela Industrial, en la calle Comte d’Urgell. Recuerdo la primera vez que atravesé la entrada principal para encontrarme en aquella especie de arquitectura manchesteriana del siglo XIX. Era el mes de setiembre de 1957, no había cumplido todavía los 18 años cuando entré en aquel centro universitario y me convertí durante un año en “el del chupete”, como se designaba al más joven de los recién ingresados. El paso siguiente fue incorporarme al mundo laboral. El primer año de carrera, al mismo tiempo que estudiaba, comencé a trabajar dando clases a estudiantes de “peritos” (hoy “ingenieros técnicos”) en la Academia Fabrè, en la misma que había preparado el ingreso a ingenieros. También daba clases particulares a alumnos del Liceo Francés facilitados por éste, entre ellos a los dos hijos de Pere Ribera, el director del Liceo Francés de Barcelona. Pero a partir de 1957 mi vida ya no giró exclusivamente en torno a mi familia y al estudio.

II.- “Gaudeamus Igitur” (Alegrémonos pues)

6.- Mi primera manifestación antifranquista

En los primeros años siguientes a mi ingreso en la Escuela de Ingenieros me dediqué ciertamente a los estudios como referencia principal, siguiendo las pautas y la disciplina del particular proyecto educativo diseñado por mis padres. Pero además, y en parte como una consecuencia de ello, inicié un proceso de aprendizaje sobre la vida en la sociedad y sobre las formas en que era posible incidir en su organización a través de la política.

Diferentes viajes a Francia, cuya finalidad era esencialmente aprender su idioma, me permitieron conocer otras realidades, lo que tuvo también su influencia y probablemente consecuencias en mi forma de pensar y de actuar. Aparecieron nuevos valores que fui incorporando y que contribuyeron a mi participación en el movimiento estudiantil a partir de 1957. Todo aquello tenía mucho que ver con el “alegrémonos pues” del himno universitario por excelencia, sobre todo con la potencial capacidad de subversión con el que algunos comenzamos a interpretarlo. Entonces me sorprendió que las autoridades franquistas lo consideraran subversivo, pero hoy me parece muy acertado que el fascismo le tuviera miedo a la alegría, y, además, su represión expresara que quienes empezaban a tener miedo de la gente eran los poderes constituidos, el franquismo. Era una buena señal.

Todo esto viene a cuento de que mi bautismo en esas lides fue una manifestación, dispersada por los “grises” (la policía franquista), en el patio de Ciencias, de la Universidad Central, en la que nos limitamos a cantar el “Gaudeamus Igitur” hasta que las porras nos dispersaron.

7.-Viajes a Francia y el impacto de lecturas diversas

Creo recordar que desde 1952, como ya he dicho, mantuve un intercambio durante dos o tres veranos con un estudiante francés de Versalles. Luego, con la idea de mejorar el idioma, decidí solicitar una beca a algún organismo oficial y me la concedieron. De esta forma, se me brindaba la oportunidad de pasar un mes en la Universidad de Grenoble aprendiendo francés. Yo tenía quince años y recuerdo que fue la primera vez que estuve durante todo un mes fuera de la tutela directa de mi familia o de otra familia, en un país como Francia y en una ciudad con estudiantes extranjeros de diferentes países. Aquello, por supuesto, representó una experiencia en muchos sentidos muy importante para mí.

Este mes en Grenoble fue la primera vez que una chica, una estudiante italiana, milanesa, me dio un beso en los labios. Se trata sin duda de uno de esos recuerdos que queda fijado en la memoria de un adolescente para siempre, al menos así ha sido en mi caso. Después de aquel encuentro, ambos estuvimos escribiéndonos durante varios años, aunque no la volví a ver. Cuando al cabo de muchos años pisé por primera vez Milán ya no la encontré en la dirección de la que aún conservaba la memoria.

Al llegar a Grenoble estaba completamente sólo, no conocía a nadie. Me llevé algunos libros con la intención de entretenerme, y entre ellos hubo dos o tres que produjeron en mí un gran

impacto. Uno de ellos fue “Del cero al infinito” de Arthur Koestler. De vuelta a Barcelona fui a hablar con Pere Ribera, el director del Liceo Francés, y le expliqué que había leído aquel libro y su duro impacto. Me respondió, textualmente, que el libro: “No es necesariamente anticomunista”. Un comentario que se convirtió en una provocación. Si ésta era la conclusión a la que podía llegarse significaba, pensé, que para construir la sociedad ideal, el comunismo, podía ser necesario torturar, matar, ... Una reflexión que puede considerarse un impulso hacia el dogmatismo y el sectarismo, como seguramente lo era, y contribuyó sin duda a mi sectarismo incipiente.

El otro libro, que compré en Grenoble, era “Le Dieu tombé”, que creo fue traducido poco más tarde por las editoriales sudamericanas como “El Fracaso de un ídolo: seis testimonios sobre el comunismo”. Había textos de varios autores, de entre los que recuerdo Arthur Koestler, André Gide e Ignazio Silone. Todos ellos habían mantenido un compromiso, que quería ser “militante”, con el comunismo soviético, para después abandonarlo y ser frontalmente críticos con el estalinismo. A mis quince años la lectura de estos dos libros, a los que llegué de manera más o menos fortuita, me llevó más o menos a la conclusión de que sus autores no eran más que “intelectuales pequeño burgueses”. En todo caso a la conclusión de que eran incapaces de entender, o de asumir, lo que era necesario para hacer la “revolución”. No sé qué idea exactamente podía tener yo entonces de qué significaba “hacer la revolución”. Me impactó por ejemplo que a Koestler, que era periodista, le habían encargado, decía, que espicara para la URSS, cuando lo que él quería, creo que lo expresaba así, era irse a los campos de trigo de la URSS para conducir tractores, mientras que los dirigentes del PCUS le dijeron que no, que lo que tenía que hacer era seguir practicando su profesión y trasladarles información. Pensé que Koestler no comprendía nada sobre la revolución.

Recientemente he vuelto a leer “El cero y el infinito”, de nuevo me ha impactado, pero no ya en el mismo sentido que la primera vez. Será que me he convertido yo también en un intelectual pequeño burgués. En todo caso aquella revolución, lo que se hizo, no lo que se predicaba, no es ya mi revolución.

Estas lecturas fueron configurando mis ideas del Partido, del partido necesario, con la gran mayúscula, como instrumento decisivo para la Revolución, también con mayúscula.

Debo aclarar que todo esto sucedía cuando yo, con quince años, no estaba todavía organizado políticamente ni sabía qué podía suponer. No me había incorporado a la militancia en ninguna de las organizaciones clandestinas que luchaban contra la dictadura franquista. Este “encuentro” con Koestler y los demás, con su anticomunismo, constituía para mí un elemento contradictorio, por cuanto las únicas referencias que tenía sobre el fenómeno comunista provenían de la prensa oficial del Régimen (con las invectivas, descalificaciones e insultos del franquismo sobre los “comunistas” que acosaban al país), además de la identificación que yo mismo había establecido en mi propio ámbito familiar respecto del significado del término “rojos”. En cierto modo, llegaba a la conclusión que “comunistas”, “rojos” y, por tanto, la Unión Soviética, se identificaban con todos los nobles ideales de libertad, de igualdad, y la revolución el camino para su conquista.

No tenía aún ningún vínculo con la política activa. Tampoco había realizado muchas lecturas continuadas y sistemáticas. Más bien podría decirse que habían sido producto del azar, de una serie de circunstancias como el viaje de verano a Grenoble, que me habían conducido a textos desconocidos, no recomendados por nadie. Lo que sí me parece es que en aquella época tenía una evidente voluntad de conocer lo que pasaba en el país vecino. Francia me fascinaba. Empecé a leer L'Express y a través de él a acercarme a la figura de Pierre Mendès-France. No recuerdo cómo lo conseguía, no creo que pudiera suscribirme, quizás compré algunos en Francia y quizás podía encontrarse en algún quiosco de nuestro país. No sé. Lo que sí sé es que la Francia de la IV República era para mí un ejemplo, una referencia, en muchos sentidos, un sinónimo de democracia, de libertad. Recuerdo que en uno de mis viajes de verano a Francia llegué a escribir una carta a Mendès-France expresándole mi admiración por su política. Siendo sorprendente el envío de mi carta, más lo fue que tuviera respuesta. En uno de aquellos veranos, estando con la familia francesa de Versalles, recibí un sobre postal bastante grueso en el que aparecía escrito como remitente "Assemblée Française. Premier ministre". Aquella familia que me acogía en su casa quedó impresionada por el hecho que un chico español de catorce años, recibiera una carta de la "Assemblée", de su primer ministro. En realidad el encargado de su correspondencia me agradecía simplemente la carta que había enviado y me facilitaba documentación sobre la política francesa del momento.

Aquellas experiencias estaban provocando un proceso de elaboración intelectual respecto a la política. Era una mezcla de ideas, de comentarios, de lecturas, de nuevas experiencias viendo y viviendo también cómo se organizaba la sociedad francesa, cómo la prensa discutía allí de todo. Evidentemente todas aquellas cábalas que yo me iba haciendo no tenían un carácter socialista ni marxista, ni de ningún otro tipo definido... Se trataba de una mezcla de impresiones, de ideas que iban construyéndose, básicamente de inquietudes.

En aquella época se hizo una extensa e intensa campaña por parte de las autoridades franquistas sobre las protestas polacas de Pozna y la posterior represión soviética en junio de 1956, así como de la intervención de los tanques rusos en Hungría ese mismo año para liquidar las políticas de reforma del gobierno de Imre Nagy, de aplastar la revolución democrática que se había iniciado en aquel país. Pero la credibilidad de la propaganda franquista era escasa y de hecho ello avivó el interés por la URSS. Entonces la referencia de la Unión Soviética tenía para mí, para muchos, todos los elementos positivos que la Historia, en mayúsculas, nos podía proporcionar: el avance técnico, económico, y sobre todo, eso creíamos, social y político. Con el atractivo de haberse iniciado con una "revolución", con "diez días que sacudieron el mundo". Además contenía la ruptura radical con las injusticias de algo llamado "Capitalismo", con todas las injusticias conocidas.

Todo esto me estaba sucediendo mientras yo estaba aún alejado de cualquier relación con la política organizada. Es más, al volver de aquel viaje a Francia en el verano de 1954 fue cuando me dediqué durante dos largos años a preparar mi ingreso en la Escuela de Ingenieros. Estaba dedicado sólo a estudiar, y arrastraba la asignatura de dibujo que, sin ser importante y decisiva, me estaba dando más problemas de los previstos y me obligó a seguir clases en verano,

impidiéndome continuar con aquellos viajes a Francia que tanto me habían aportado desde un punto de vista intelectual y de experiencia vital.

8.-La Universidad: mi contacto con el antifranquismo organizado

Fue en la Escuela Oficial de Ingenieros Industriales, una vez me incorporé a ella en el otoño de 1957, cuando hablé de nuevo con mi antiguo director del Liceo, Pere Ribera. En aquella ocasión le pregunté, de manera muy vaga, quizás sólo lo insinué, si podría ponerme en contacto con alguna organización clandestina. Sin saber yo, por otro lado, qué significaba ni qué era exactamente este tipo de “organización”. Su respuesta e indicaciones fueron bastante curiosas, quiero decir que posiblemente me conocía bastante más de lo que yo pensaba en aquellos años. Debería tener una opinión más que formada sobre mí que no tuve ocasión de comentar con él, ni entonces ni después. El caso es que supongo que él estimó que yo no estaba preparado para ponerme en contacto con los comunistas, a los que seguro que podía llegar. Decidí que, en todo caso, podría ponerme en contacto con los socialistas. Y fue a través de Ricardo Bofill, antiguo compañero de curso, cómo lo haría.

Bofill tenía ya conocimientos, contactos, con la vida cultural y con la política “subterránea”, por decirlo de algún modo. No sé si Ricardo estaba entonces formalmente organizado políticamente, aunque próximo sin duda al PSUC y dispuesto a apoyar a la organización en los años del franquismo como comprobé cuando nos escondió unos meses en 1960, en la primera ocasión en que la policía intentó detenerme, y en los años 70, cuando yo estaba bajo orden de busca y captura. En cuanto a Pere Ribera creo que, a pesar de su ambiguo comentario sobre la novela de Koestler, era más bien un librepensador, una persona abierta, para la que uno de los elementos más importantes de cara a la libertad era el conocimiento. Conocer, saber, era algo esencial para ser libre. Pero no pretendía adoctrinar. Quiero decir, que no se planteaba, o por lo menos yo no tengo recuerdo de ello, hacer proselitismo de ningún tipo. Por indicación de Pere Ribera, y a través de Ricardo Bofill, entré en contacto con el “Moviment Socialista de Catalunya”. Siempre he tenido la duda de si me consideraba demasiado “flojo” para contactar directamente con los comunistas, y no tuve ocasión de preguntárselo.

El MSC, creado en 1945 a partir de un proceso de fusión de diferentes organizaciones republicanas, era entonces la representación del socialismo catalán. El estudiante de medicina, o ya médico entonces, Carles Sampons, que representaba el “ala izquierda” de la organización, fue mi persona de contacto. Formaban un grupo muy reducido. Contacté con algunos militantes universitarios. Uno de sus principales responsables era Raimon Obiols, con el que tuve tres o cuatro reuniones, además de encuentros con un obrero al que apodaban “Pistoletes”, creo uno de los fundadores del MSC. Carles Sampons me habló mucho de la China de Mao Zedong, tratando de explicarme qué significaba el socialismo chino, de izquierdas, frente al socialismo de los que calificaba como “indios”, que identificaba con los socialdemócratas. Carlos me pasó uno de los libros sobre aquel país, “Claves para China” de Claude Roy, un “tocho” enorme, con muchísima información, que me resultó muy interesante porque me abría un mundo desconocido hasta entonces.

No llegué a conocer la organización del MSC de entonces, si es que la había. Mi relación se estableció a partir de personas concretas, pero no recuerdo, por ejemplo, reuniones de estudiantes, de jóvenes, o de adultos, del MSC. Por lo que luego he sabido, el MSC en aquel año de 1958 estaba llevando a cabo un giro hacia posiciones unitarias en sus relaciones con las otras fuerzas políticas y mi entrada coincidía con una renovación de su núcleo universitario. Ambas cuestiones influyeron en el abandono, o distanciamiento, de la Federació Nacional d'Estudiants de Catalunya (FNEC), donde confluían con los estudiantes de Unió Democràtica de Catalunya (UDC) y del Front Nacional de Catalunya (FNC), y su apertura hacia el trabajo en común con otras organizaciones, también con el PSUC.

9.-La extensión del movimiento estudiantil y su coordinación

En el tiempo que "milité" en el MSC, unos meses, no recuerdo que se me diera ninguna responsabilidad o tarea en concreto hasta el final. Tal vez ello fuera producto de la situación, puesto que era una etapa en la que en la Universidad (después de los "hechos" del Paraninfo, de febrero de 1957, en los que no participé: no estaba todavía en la Universidad sino preparando el ingreso en la Escuela de Ingenieros) había mucha efervescencia y actividad estudiantiles. Mi relación con Carles Sampons se redujo a unas cuantas citas, muchas en la calle, y casi a comentarios sobre el "socialismo" chino.

En el primer curso de ingeniería me matriculé en la Escuela Oficial de Idiomas, para mejorar el inglés, y conocí a Helena Valentí. A través de ella supe que se estaba organizando una Ruta Universitaria a Montserrat que, creo, era la primera vez que se celebraba. Se trataba de una excursión a pie al monasterio. Algunos de los participantes lo hacían desde Monistrol y otros desde Martorell o Barcelona. La mayoría asumimos la teoría de la "Ruta" en el sentido de que andar y conversar, y comenzamos con la intención de recorrer andando todo el itinerario, pero muchos, entre ellos yo, no aguantamos y con los pies ya destrozados decidimos finalizar el trayecto utilizando algún tipo de transporte. Los monjes dejaron que los estudiantes universitarios, podíamos ser en torno a 200, organizáramos el trayecto y las actividades (discusiones en grupos y plenarias) en el Monasterio. De allí surgió el Comité Interfacultades (precursor del SDEUB), preparando el que fuera el primer, y parece que también el último, Congreso del SEU ("Sindicato Español Universitario"), el sindicato franquista, el único autorizado en la Universidad. El caso es que por aquellas fechas, con muy pocas reuniones a mis espaldas y con escasa experiencia política, los dirigentes socialistas decidieron nombrarme responsable de los contactos de los estudiantes socialistas con las otras organizaciones universitarias antifranquistas. En las elecciones en Ingenieros al Consejo de Facultad y a delegados de curso me presenté como candidato a consejero. Y resulté elegido, tanto en el primero como en el segundo curso. Durante el verano de 1958, en el que comencé mis milicias universitarias, conseguí a través de Alfonso Carlos Comín, quien estaba terminando los estudios en la Escuela, que la Diputación de Barcelona nos proporcionara un lote de libros que tenían arrinconados en alguno de sus almacenes. Con ellos puede montar una biblioteca para los soldados del campamento de "Milicias". El capellán del campamento me pidió la relación de libros y me hizo saber que la mitad de las obras estaban en el "Índice de libros prohibidos", pero se conformó con mi explicación de que se trataba de una donación de la Diputación. Lo cierto es que eran en general novelas

de notable calidad. Pasado el campamento, no sabía qué hacer con aquellos libros, así que decidí pedir de nuevo ayuda a Comín para que hiciera gestiones para que fueran aceptados para constituir una biblioteca de estudiantes de la Escuela de Ingenieros. La dirección aceptó y se me autorizó a abrir una biblioteca en la Escuela, en un pequeño local de la primera planta, con un armario y una llave, algunas sillas y aquel lote de libros. De hecho, pasó a ser un local de referencia para muchas iniciativas.

Al año siguiente, ya en el segundo curso, supongo que en parte relacionado con el hecho de que me diera a conocer por aquella iniciativa vinculada a la biblioteca, me presenté a las elecciones para responsables de ámbito global de la Escuela y fui nombrado secretario de la Cámara de Facultad del Sindicato Español Universitario (SEU) en la Escuela de Ingenieros, siendo el delegado Joan Majó, también de mi curso y alumno brillante con el que mi relación se consolidó al presentarnos ambos (con otros 2 o 3) a exámenes finales orales para mejorar nota en Cálculo (ambos lo conseguimos, con un 20 sobre 20). Organizamos conferencias en el marco de una "Aula de Cultura" que nos inventamos y que fue aceptada por el director y para la que también contamos con el apoyo de Comín. Todo ello propició que la actividad estudiantil extraacadémica en Ingenieros creciera notablemente. Y fue mi aprendizaje de hablar en público. Recuerdo el temblor de mis piernas en mi primera intervención de la que no recuerdo si fue en el Aula de Cultura o en la Cámara de Facultad.

Estas actividades quizás podrían explicar la decisión de la dirección del MSC al nombrarme responsable de la relación de los estudiantes sociales con los otros grupos. Mi cargo electo en la Universidad y la "ruta" a Montserrat facilitaron mi contacto con el núcleo universitario del PSUC y del que Marcel Plans y María Rosa Borrás (la que sería después mi primera novia y mi primera mujer), ambos estudiantes de filosofía, eran unos de los responsables. La organización universitaria comunista jugaba un papel fundamental, hegemonizando en buena medida las movilizaciones reivindicativas, orientándose hacia una actividad pública, esencialmente asamblearia, con la penetración democrática en el SEU, erosionando el control burocrático oficial y tratando de conseguir la unidad de acción de los diferentes grupos estudiantiles de la oposición hacia la creación de un movimiento estudiantil democrático, unitario y abierto.

Éramos muy pocos los estudiantes organizados políticamente en la Universidad en aquel momento, aunque ello no impedía que tuviéramos una fácil y directa incidencia en el proceso de creciente concienciación de amplios sectores universitarios. Y era así porque expresábamos sin duda una fuerte necesidad del colectivo. Se producía también una fácil vinculación de las diferentes actividades culturales con reivindicaciones académicas, y con la necesidad de libertad, lo que conectaba con las campañas impulsadas por los partidos políticos de la oposición, por el PSUC principalmente. Ello llevaba en la práctica, sin demasiadas teorizaciones previas sobre sus porqués, a una bastante fácil ocupación democrática del Sindicato Español Universitario (SEU). En la Ruta a Montserrat empezamos a preparar el mencionado I Congreso del SEU, que estaba convocado en Tarragona aquel año de 1958. Asistí a aquel Congreso como secretario de la Cámara de la Facultad del SEU en la Escuela de Ingenieros. Los estudiantes que a él acudimos nos alojamos en las casitas de la residencia de tiempo libre en la entrada de la ciudad. Nos

planteamos provocar allí un debate a partir de las tres o cuatro intervenciones de los que íbamos organizados, deslegitimando la misma reunión como una expresión de la falta de democracia, en la Universidad y en el país.

En el Congreso había algunos dirigentes falangistas del SEU y una mayoría de estudiantes que acudíamos al mismo después de habernos ganado la confianza de nuestros compañeros en los centros de estudio, lo que, con cierto grado de ingenuidad, nos llevaba a considerarnos en condiciones de decirles cuatro verdades a los dirigentes fascistas. Entre éstos había un tal Iván, que desbordado por el debate, llegó a decir: “¿De qué os extrañáis? Aquí vivimos en un régimen policiaco. Y lo es porque hace falta policía para poder combatir el comunismo”. Lo hacía evidentemente no como una denuncia de la falta de libertades, sino como una reafirmación del Régimen. Esta chulería me sirvió para repetírsela, citando al autor, a uno de los máximos responsables del SEU entonces y que vino a la clausura, Eguiagaray (que al cabo de unos años sería corresponsal de TVE en Moscú), el cual, tras su sorpresa por nuestra interpelación, sólo pudo afearle al tal Iván, en voz baja pero a la vista de todos, su insensatez por reconocer de todas formas lo que era obvio.

Tanto la visita a Montserrat, como la posterior asistencia al congreso del SEU dieron como fruto el germen del Comité Interfacultades, conocido por los estudiantes más comprometidos como el “Inter”, y que comenzaría a funcionar con más estabilidad a partir del curso siguiente. Entre los miembros del “Inter” estaban Isidre Molas y Jordi Borja por la Facultad de Derecho, Maria Rosa Borràs por la de Letras, Jordi Sales por Medicina, Ernest Lluch por la de Económicas, alguien de Ciencias cuyo nombre no recuerdo, y yo por la Escuela de Ingenieros.

La coordinación entre facultades jugaría un papel decisivo de cara a la orientación de la actividad sindical y política en la Universidad de Barcelona, desarrollando también los posos que habían dejado las importantes movilizaciones de 1956 y 1957 que yo no viví, abriendo lo que los comunistas denominaríamos más tarde como “espacios de libertad”. Este proceso, a lo largo del curso 1958-1959, condujo a la creación del Comité de Coordinación Universitaria (CCU), con representantes del PSUC, del MSC, de UDC, y luego de la “Nova Esquerra Universitària” (NEU), entre otros. El CCU apareció como nueva instancia política unitaria del movimiento. El CCU y el “Inter” se interrelacionaban por la presencia de algunas personas en ambos al mismo tiempo, yo entre ellas, pero actuando formalmente con total autonomía y en ámbitos diferenciados. De hecho era el “Inter” el que tenía una relación efectiva con el incipiente movimiento estudiantil, pero era importante contar con el apoyo, o al menos el beneplácito, del CCU.

Teniendo yo como estudiante universitario la responsabilidad antes señalada en el MSC, mi interlocutor con el grupo de estudiantes del PSUC era Marcel Plans. En el primer contacto le dije algo así como: “Mira, vinc a representar els joves del MSC però, en realitat, el que vull és entrar al PSUC”. Tuve que escribir una carta argumentando las razones de mi decisión de ingresar en el partido de los comunistas catalanes; me parece que quien me avalaba era María Rosa Borràs con la que iba teniendo una relación regular en el marco del “Inter”.

En este periodo conocí también a Miquel Roca i Junyent como representante de los estudiantes democratacristianos en el CCU, y con posiciones, entonces, radicalmente anticomunistas, al menos en apariencia, porque afirmaba rechazar cualquier contacto con los comunistas pero nos estábamos reuniendo en el domicilio donde empezábamos a vivir María Rosa Borrás y yo, que empezábamos a ser conocidos como comunistas. Lo que no entiendo muy bien ahora es porqué nos reuníamos en aquel piso, participando gente fichada por la policía.

10.- Mi ingreso al “Partido”. La célula universitaria del PSUC

En el otoño de 1958 fueron detenidos diversos de miembros de la dirección del MSC, cuando, creo recordar, intentaban contactar con el PSOE y la UGT, siendo encarcelados y procesados un grupo importante, supongo que la mayoría de la dirección del MSC. Francesc Casares, Joan Reventós i Carles Sampons de entre los que yo conocía. Durante unas semanas actué como uno de los responsables de los estudiantes universitarios del MSC, y, como ya señalé, me encargué de la relación con las otras organizaciones estudiantiles de los partidos políticos antifranquistas, lo que facilitó que en la primera de las entrevistas con mi homónimo en el PSUC, Marcel Plans, le pidiera el ingreso en el partido de los comunistas de Catalunya que se formalizó muy rápidamente. A principios del curso 1959-1960, después de una primera etapa en la que mi enlace con la organización era María Rosa Borrás, y durante la cual mi casi única actividad era la coordinación del movimiento antifranquista en la universidad, se constituyó un Comité Universitario del PSUC, al que pasé a formar parte junto con Guillem Sánchez y Pilar Fibla, con unas pocas células organizadas en diferentes facultades. Antes habíamos participado en la campaña por la “Huelga Nacional Pacífica” en el curso de la cual fue detenida María Rosa y Helios Babiano, que fueron brutalmente torturados por la Brigada Político-Social, con los Creix a la cabeza. María Rosa estuvo más de una semana en los calabozos de Vía Layetana y luego unos 8 meses en la cárcel “Modelo” de Barcelona, para salir finalmente sobreseída. Helios pagó el hecho de que sus padres eran comunistas históricos y fue condenado a unos 6 años en un penal, creo que en Segovia. Además del impacto por la detención por parte de la “brigada social” de personas que me eran muy próximas, se añadía otra circunstancia: el día que los detuvieron teníamos que haber salido María Rosa y yo a repartir octavillas, pero le pedí a Helios que me sustituyera porque tenía un examen al día siguiente.

En la Escuela de Ingenieros conocí a Jesús Méndez, de uno de los últimos cursos. Con él, con Helios Babiano de la Escuela de Peritos Industriales y con Pere Sariola, también de ingenieros y de un curso superior al mío, constituimos la célula del PSUC en la Escuela Industrial. Jesús Méndez era el único de toda la organización universitaria del PSUC que disponía de automóvil, un SEAT “seiscientos”. Este coche permitió seguramente a nuestra célula ser el único grupo de estudiantes que la policía no detuvo en la campaña de la “P” (“protesta”, creo que vinculada a la campaña contra Galinsoga, el director falangista de “La Vanguardia Española”) que organizamos desde la CCU con pintadas por los diversos barrios de Barcelona. Nuestro grupo pintó la zona del Palacio de Justicia y el Parque de la Ciutadella, y como era con botes de pintura y brocha, nuestras “P” duraron mucho, con gran satisfacción por mi parte siempre que las veía. Las paredes porosas de aquellos edificios se impregnaron de una buena dosis de pintura negra y las “P” volvían a salir aunque las intentaran borrar. Llegué a casa con la gabardina con enormes

manchas de pintura negra. No recuerdo que explicación di a mis padres, pero les produjo un lógico susto, la alarma sobre mis posiblemente poco recomendables actividades subversivas. El compromiso político me abrió la posibilidad de mantener relación con un importante grupo de universitarios de las diversas facultades, significó el inicio de una intensa actividad política y también de relaciones personales. Me ayudó a superar las dificultades que yo tenía para establecer este tipo de relaciones. Ambas cuestiones tuvieron importantes repercusiones sobre mi vida, influyendo sin duda en mi posterior itinerario personal. Gracias a que contaba con un capital de formación previo en el bachillerato y en los dos cursos de ingreso, al comenzar los estudios de ingeniería conseguí mantener buenos resultados en los estudios, aunque cada vez resultaba más difícil compaginar una adecuada dedicación al estudio con la intensa actividad sindical y política universitaria, y ello a pesar de la insistencia de Manuel Sacristán que afirmaba, creo que con toda razón, que los comunistas debíamos ser los mejores estudiantes. Pero la apertura simultánea de tantos frentes de estudio, de actividad política y personales suponía una inevitable dispersión.

11.- Campañas, convocatorias, represión

De mi primera etapa de militancia en el PSUC recuerdo la campaña de la "P" a la que ya me referí. Una de mis primeras experiencias relacionadas con el mundo de los trabajadores fue la distribución de octavillas en la entrada de la factoría de La Maquinista Terrestre y Marítima, en el barrio de Sant Andreu, por la jornada de movilización del 59 convocada por el PCE, la "Huelga Nacional Pacífica". No tenía aún entonces una relación directa con ese mundo. Éramos pocos, por lo que fui solo a distribuirlas a la entrada de la fábrica. Decidí colocarme al lado de una farola para tratar de mitigar la soledad que sentía. Intentaba dar las hojas a los obreros que llegaban a trabajar, pero la mayoría de ellos se apartaban y pasaban de largo. Cuando se acercaban y veían un estudiantillo repartiendo papeles supongo que consideraban que podía ser algo peligroso. Quizás alguno me cogió la octavilla que les ofrecía, pero sólo recuerdo a los que se apartaban. Vivía mi compromiso político con una tensión latente, pero sin demasiada angustia. Los estudiantes organizados en el PSUC nos relacionábamos regularmente en la Universidad y también a través de actividades culturales y recreativas públicas. Por otra parte, además de las reuniones clandestinas de las células, no teníamos demasiadas actividades ilegales. Aparte de la campaña por la "Huelga Nacional Pacífica", que resultó un tremendo fracaso de movilización, lo único que recuerdo eran algunas noches con María Rosa en la sacristía de Paco Candel, en la Zona Franca, con una "vietnamita" para imprimir octavillas. Mi recuerdo es que tampoco en la Universidad se percibía demasiado el potencial efecto de la represión salvo cuando se producía alguna detención. En mi caso por lo menos no recuerdo una sensación de miedo, sí de precaución, de prudencia, pero no de amenaza inminente de la policía que, por otro lado, veíamos como bastante ineficaz.

Entre las actividades clandestinas en las que a partir de entonces fue habitual que participara, estaba la distribución de octavillas. Era aquella una tarea no excesivamente dificultosa que veníamos haciendo sin muchos problemas; normalmente íbamos a los barrios obreros de Barcelona, situados en la periferia o al Barrio Chino. Entrabas en determinadas escaleras y lanzabas cuatro octavillas para salir con urgencia de ella, pero evitando llamar la atención.

En el verano de 1959, pocos días antes de la convocada “Huelga Nacional Pacífica”, estaba yo realizando las milicias universitarias, porque en el caso de Ingenieros, a diferencia de otras carreras se hacían desde el primer curso. Ello era así debido a que los dos cursos previos necesarios para ingresar en la carrera se aprobaban en general en más de dos años y ello provocaba que los estudiantes de ingeniería fueran en general mayores que los de otras facultades. Recuerdo que mi participación en uno de los últimos repartos de octavillas por el Barrio Chino para esa convocatoria fue en un permiso de fin de semana, con uniforme de “milicias universitarias” y con galones de sargento porque era ya mi segundo curso. Aquello era temerario, una auténtica barbaridad, una irresponsabilidad que seguro habría merecido un duro reproche de la dirección del Partido.

Fue en esta campaña cuando se había producido, semanas antes, la detención de María Rosa y Helios a que me referí. Como “amigo de la familia” visitaba con frecuencia a Maria Rosa durante su estancia en la prisión, y en los días de las “visitas de familia” podíamos estar entre las dos rejas en el pasillo que otras veces utilizaban los funcionarios de la prisión para controlar las visitas más numerosas. Algunas veces podía así pasarle algunos cigarrillos y alguna carta, mía o de otros amigos.

Cuando María Rosa salió de la cárcel, conocí a través de ella a Manuel Sacristán, que había sido profesor suyo y era ya entonces un destacado dirigente de la organización comunista y profesor universitario. Sacristán mantuvo con nosotros, como estudiantes vinculados al PSUC, una relación muy próxima, orgánica pero al mismo tiempo de profesor y amigo.

Otra de las actividades políticas destacadas de esa etapa fue la campaña contra Galinsoga, el director de “La Vanguardia Española” designado por el gobierno franquista y que con ocasión de un sermón en catalán insultó públicamente “a los catalanes”. Fue destituido a raíz de la movilización que se produjo y que resultó una amplia campaña de protesta y de sensibilización popular, democrática y catalanista como no se había visto hasta entonces bajo la dictadura. En el marco de esta campaña, con mi compañero de segundo curso de Ingenieros, Pere Sariola, decidimos hacer una buena pintada en la Escuela de Ingenieros.

Al terminar las clases, los dos nos quedamos encerrados en los lavabos de la Escuela, en un váter, con las puertas cerradas, hasta que la gente abandonó el local y el bedel cerró la puerta de salida. Entonces salimos al hall de la Escuela, con un mármol precioso en las paredes, y allí, con el bote y la brocha en la mano, decidimos ilustrarlo con numerosas pintadas antifranquistas, sin prisas y sin nadie que molestara. No quedó ni una pared sin sus pintadas. Al terminar lo miramos, era impresionante. Al día siguiente, cuando la dirección de la Escuela decidió enviar servicios para que limpiaran el hall, los empleados tuvieron que hacer uso de máquinas para rascar las pintadas sobre los mármoles y necesitaron bastante tiempo en conseguirlo ante la sorpresa de estudiantes y profesores que no se explicaban como podía haber aparecido así en un espacio cerrado. Éste era el truco, pero también la peligrosa decisión que habíamos tomado, como fue la de decidir que para salir del edificio saltaríamos desde una ventana del primer piso del edificio. La altura desde la ventana de aquel viejo edificio al suelo de la calle exterior era

más que notable. Yo no era precisamente un atleta, pero era la única vía de escapatoria. Así que no me lo pensé mucho y salté. Pere, mi compañero, quedó paralizado, viendo como durante unos instantes yo permanecía extendido y sin conocimiento sobre los adoquines de la calle. Me incorporé y comprobé que la caída, sin embargo, sólo me había provocado la torcedura de un tobillo y una pequeña herida en la cabeza. Le animé y él consiguió bajar agarrándose a los barrotes de una ventana intermedia, sin provocarse daño alguno. Tuve suerte de no romperme nada, aunque el golpe que me di en la cabeza me produjo una brecha y luego mi padre me llevó a un dispensario médico para que me pusieran puntos de sutura. Ante las preguntas de cómo se había producido el corte, aduje que había sido en una caída tonta en la acera de la calle y no tuve problemas.

Tenía 19 años, menor de edad entonces, pero acostumbraba ya a llegar tarde cuando tenía reuniones, provocando la lógica preocupación de mis padres acentuada por los incidentes de esa pintada y la de la "P".

Esta intensa actividad se tradujo en un bajón notable en el nivel de estudios que hasta entonces había mantenido. El primer curso lo aprobé sin ningún problema, los dos siguientes continué aprobándolos, pero en el tercero suspendí uno de los exámenes, el de la asignatura de tecnología, el primer suspenso, y creo que el único, de toda mi vida académica. En la Escuela comenzaba a ser bastante conocido. Recuerdo que, al día siguiente de mi salto por la ventana, con el parche aún en la cabeza, la gente bromeaba y aseguraba que en realidad lo que había pasado es que había acudido la policía, sorprendiéndome mientras pintaba, y me habían agredido porras en mano mientras huía. Aquello contribuyó a darme una cierta aureola de persona rara y peligrosa: subversivo, el más joven de mi promoción, y además con un historial académico reconocido. La lucha estudiantil de denuncia y a la vez de utilización del SEU, provocaba ciertas paradojas como, por ejemplo, que tener el carnet y responsabilidad en el "sindicato" servía para ir al mediodía a los comedores del SEU, algo que me trae a la memoria una afirmación de uno de sus jerarcas falangistas. Éste nos decía a María Rosa y a mí, después de casarnos y obtener una beca de comedor, "Os estamos dando de comer a los comunistas...". Fue una etapa de denuncia del SEU por su carácter de organización fascista, antidemocrática en su estructura, pero al mismo tiempo de utilización en las facultades para elegir a delegados de curso, y en algunas incluso a delegados de facultad. El movimiento estudiantil estaba en proceso de elaboración de un programa político unitario, de propuestas profesionales en los centros de estudio y de reivindicación democrática en la sociedad. Esto permitía que fuéramos conocidos entre los estudiantes, respetados en general como buenos estudiantes al aplicar en mayor o menor grado la "consigna" de Sacristán, y también como portavoces de los anhelos democráticos de los estudiantes, de toda la sociedad.

12.- Mi primer viaje político a París en el verano de 1960

En aquellos momentos yo formaba parte del Comité Universitario del PSUC y en el verano de 1960 viajé a París, mi primer viaje político a la capital francesa y, por muchos años, el último que realicé con mi pasaporte legal.

Viajé en autobús hasta Perpignan y de ahí en tren a París. Igual a la vuelta. El viaje tenía como finalidad reunirme con la dirección del PCE y del PSUC y explicar lo que estaba sucediendo en la universidad de Barcelona. Recuerdo que en la reunión, además de Carrillo, estaba Jordi Solé Tura -exiliado desde las detenciones de miembros del PSUC de febrero de 1960 en Barcelona-, Gaspar Aribau, Gregorio López Raimundo, Francesc Vicens, creo que también Román y quizás Serradell. Aquella reunión significó para mí fue un gran impacto, todavía tengo un recuerdo físico de la misma. Tenía 20 años y me estaba reuniendo con la plana mayor del Partido Comunista de España, entre ellos nada menos que con Santiago Carrillo, tan citado y denostado por la prensa franquista, para hablar de lo que hacíamos en la Universidad, que además parecía que era importante. Me impresionó también que cuando comencé a hablar con Carrillo le traté de "usted", pues era una persona mayor, pero él me pidió, casi me ordenó, que le tuteara, como "camaradas" que éramos. Me resultó difícil, pero supongo que lo conseguí. Luego ya se convirtió en habitual.

Me pidieron que explicara con el máximo detalle la situación en la universidad, los problemas que se planteaban, los avances que estábamos consiguiendo en la capacidad de dirección del movimiento estudiantil por parte de los estudiantes comunistas. Al abrir la reunión Carrillo expuso la importancia de la resolución recientemente aprobada en la reunión de los partidos comunistas a nivel internacional. Tuve la impresión de que Santiago Carrillo y Jordi Solé Tura fueron los únicos que entendieron lo que expliqué sobre lo que pasaba en la universidad de Barcelona, sobre nuestra influencia y cómo habíamos conseguido el control democrático de muchas de las Cámaras de Facultad del SEU. Carrillo comentó lo que suponía nuestra capacidad de acción, lo que después pasaría a denominarse lucha por los "espacios de libertad", tan importante para lograr la caída de la dictadura. Con todo, el secretario general del PCE nos recomendó que fuéramos con sumo cuidado, que no forzáramos la componente política de nuestra acción universitaria si no queríamos que liquidaran el movimiento en dos días. En definitiva, me vino a decir que el camino era el correcto, pero con cautela. Insistió, de todas formas, en que aquello expresaba las posibilidades del movimiento asociativo y democrático en la universidad. A mí, insisto, me pareció muy interesante todo su análisis. Los otros de los miembros de la dirección comunista -a los que después conocí en el aparato clandestino del PSUC- me causaron buena impresión y mucho respeto. Además, su comportamiento conmigo, con un joven estudiante que les explicaba las tribulaciones que había vivido en las luchas universitarias, fue afable y nada paternalista. De hecho, me provocaron un impacto similar al que después, cuando con 24 años me incorporé al mundo laboral, tuve con ocasión de conocer a ingenieros mayores, con los que también era obligado tutearse a pesar de la diferencia de edad.

Había viajado a París por tres días y como era verano decidí llevarme camisetas de manga corta, pero hacía un frío horrible y las llevé puestas todas a la vez durante todos los días.

De aquel primer viaje a París recuerdo también el miedo que pasé en mi viaje de regreso. Y la irresponsabilidad que luego pensé habían cometido los responsables de propaganda del PCE. Me proporcionaron una maleta de doble fondo, de cartón o similar, cosido o clavado, y que pesaba mucho por los ejemplares de “Mundo Obrero” y “Trebball” en papel cebolla que llevaba allí escondidos. Además iba casi sin equipaje por la brevedad del viaje y el peso era totalmente desproporcionado. Por suerte había comprado unos platos de “duralex” para el pisito recién estrenado con María Rosa y que creía que aún no se vendían en España. Y como medida de seguridad, pensaba yo, no puse etiqueta identificativa en la maleta. En la frontera de Perpignan la guardia civil sacó todas las maletas y llamaron a algunos de los viajeros a identificar su equipaje, creo que las maletas anónimas, entre ellas la mía. Dudé, pero bajé, y mandaron abrir algunas después de sopesarlas. Por suerte los platos de duralex justificaron su peso ...

13.- “La próxima semana me caso”

Durante 1960 el choque familiar estaba siendo muy duro, lo que provocó que me marchara de casa de mis padres antes del verano. La relación con mi hermano Quim era escasa. Los 5 años y medio de diferencia, la Escuela de Ingenieros, ..., también la actividad política y mi relación con María Rosa, todo nos distanciaba. Quim me reprochaba entonces que yo provocara disgustos por mi forma de vida, política y amorosa, a mis padres, y me decía que debía tener en cuenta lo que les estaba haciendo sufrir por ello. Teníamos además un conflicto religioso. Yo era anticlerical más que ateo desde los 11 años y recuerdo a mi hermano durante aquella época como católico practicante, que le duró hasta los 17 o 18 años si no me equivoco. Ahora es ateo militante, mientras que yo me considero más bien agnóstico.

Mi madre un día descubrió en un bolsillo de mi chaqueta un paquete de preservativos, que entonces se compraban como material prohibido en el Barrio Chino, lo que provocó un drama tremendo. ¿Cómo podía pensar en casarme con una mujer y tener hijos de ella si aceptaba que nos fuéramos a la cama sin estar casados? Aquello era mucho más de lo que la moral católica estricta de mi madre podía aceptar.



Mi padre también se mostraba muy intransigente conmigo, particularmente por mi actividad política, por llegar tarde a casa por las noches. Llegó a ordenarme que si no regresaba antes de determinada hora límite, creo que a las 11, mejor ya no fuera a dormir. Y así empecé a hacerlo, lo que provocó que se me amenazara con denunciarme por abandono del hogar paterno siendo menor de edad.

La situación en casa se hacía insostenible y con María Rosa tomamos la decisión de irnos a vivir juntos antes de que yo tuviera la mayoría de edad, 21 años entonces. Los ingresos por las clases particulares a alumnos de bachillerato y en la Academia Febrer a estudiantes de peritaje, que había venido

dando desde tiempo atrás y que hasta aquel momento entregaba en gran parte a mi familia, y lo que ganaba María Rosa, nos permitió alquilar un pequeño sobreático en la calle Viladomat. A los 20 años dejé de vivir en casa de mis padres. Recuerdo que el día que cumplí los 21 años, el 25 de diciembre, es decir mi mayoría de edad, lo celebramos en el piso alquilado, compramos una botella de ginebra y convidamos a un grupo de amigos. Manolo Vázquez Montalbán y Anna Sellés, entre los dos, no dejaron una gota de la botella de ginebra y ligaron mientras yo estaba en la puerta de la calle para que fueran subiendo los otros invitados. Después se casaron.

Cumplidos los 21, mayor de edad ya, uno de los primeros días de enero dije a mis padres que me casaría a la semana siguiente y les pedí que vinieran a la ceremonia en la parroquia del barrio, pues no había aún matrimonio civil en nuestro país. Nos casamos hacia finales de enero de 1961. Mis padres no asistieron a la ceremonia y además vaciaron la libreta de ahorros donde iba ingresando una parte de lo que ganaba con mis clases. Creo recordar que había algo así como 12.000 pesetas. Los padres de María Rosa sí que asistieron a la boda; además, su madre fue la que nos ayudó a buscar el pisito alquilado. Y también muchos estudiantes amigos, la mayoría del Partido, que se quedaron en la calle durante la breve ceremonia religiosa, con gran escándalo y enfado del cura que nos casó.

14.- La Escuela de Ingenieros. El “Juicio Bufo” parodia del OPUS

Aquellos años las actividades estudiantiles extraacadémicas en la Escuela de Ingenieros tenían como núcleo responsable a Joan Majó, delegado de facultad, a Alfonso Carlos Comín en un primer momento, pues estaba ya en los últimos cursos, a Miquel Coll i Alemany, hijo del dirigente de UDC Coll i Alentorn, y yo como secretario de facultad.

Además del “Aula de Cultura” y de la biblioteca con libros, una salita y una subvención anual que la iba engordando, a las que ya me referí, una actividad permanente, menor en apariencia pero muy influyente, era un gran tablón de anuncios alimentado esencialmente con recortes de la prensa, evidentemente de la legal franquista, que no informaba entonces de conflictos en España pero sí de otros lugares. Recuerdo por ejemplo recortes sobre las huelgas de los estudiantes de diversos países asiáticos entre otros.

Todo ello me enfrentó al núcleo franquista de los estudiantes de ingenieros. Uno de los estudiantes del Opus planteó formalmente, sería el año 1960, que me destituyeran de mi función de secretario de la Cámara de Facultad con un argumento curioso. No formuló ninguna acusación concreta, se limitó a afirmar que yo era “muy peligroso”, y lo era según él porque “era muy inteligente, y además de izquierdas”, argumentos que utilizó en una reunión de la Cámara de la Facultad. Yo traté de explicar lo absurdo de la supuesta acusación, pero él no me dejaba, insistiendo: “No. No hace falta escucharle ... ¡fijaos cómo nos mira!”. Me hizo gracia, sonreí. “¿No veis cómo se ríe?”, añadió como completando su supuesto razonamiento. Y parece que convenció, porque consiguió que se votara mi separación de la responsabilidad de secretario de la Cámara de la Facultad, de responsable del “Aula de Cultura” y de la biblioteca.

Creo que durante aquel mismo curso de 1959-1960 fue cuando se organizó un “Juicio Bufo” en la Facultad de Derecho parodiando al Opus Dei. La respuesta de los estudiantes opusdeistas fue muy violenta, agrediendo a los estudiantes que lo organizaron y representaron. Nosotros, desde del Comité Interfacultades, luego supe que nos apoyaron grupos de universitarios falangistas, convocamos una respuesta estudiantil, una manifestación protestando por aquella actuación violenta y de solidaridad con los estudiantes de Derecho. Para esta convocatoria se me encargó confeccionar unos carteles. No sabía muy bien cómo hacer, y se me ocurrió utilizar papel de estraza con el que habitualmente se hacían embalajes. Pusimos únicamente: “¡No a la dialéctica de los puños y las pistolas! ¡Todos a Derecho el día ... a las ... horas!”; es decir, contra el Opus adjudicándoles el lema de los falangistas, aunque éstos apoyaran la protesta. Nuestra sorpresa fue comprobar que acudieron a la concentración en Derecho unos 5.000 estudiantes, una respuesta impresionante por la escasa organización de los convocantes, una primera experiencia para mí de la fuerza de las ideas, a veces superior a la de la organización. Aquello fue, en definitiva, un importante espaldarazo para nuestro incipiente Comité Interfacultades.

15.- La adhesión estudiantil a la Conferencia europea pro-ampnístia en España

En marzo de 1961 se anunciaba públicamente una conferencia de los países de la Europa occidental por la amnistía en España a celebrar en París, que convocaba un amplio abanico de fuerzas políticas e intelectuales, con el objetivo de hacer un llamamiento a las embajadas extranjeras en Madrid, a juristas reconocidos internacionalmente, a la ONU, al Papa, a los gobiernos europeos, etc., para que presionaran a Franco con el fin de obtener la amnistía de los presos y exiliados políticos españoles, además de solicitar la eliminación de las medidas represivas por parte de la dictadura. El PCE tenía un papel principal en el impulso de aquella reunión. Yo, todavía representante de Ingenieros ante otras Facultades, asistí a la reunión de la Cámara de Filosofía asegurando que mi facultad se estaba planteando la adhesión a aquella conferencia, algo que no era del todo exacto. Ante aquella noticia, teniendo en cuenta que los estudiantes de ingeniería eran vistos como gente conservadora por parte de los de Filosofía, éstos decidieron que no podían ser menos y aprobaron formalmente la adhesión a la Conferencia. Ante su decisión se sumó la Cámara de Ingenieros y a partir de aquí lo hicieron varias Cámaras de Facultad, no recuerdo cuántas. Y se confeccionó una hoja conjunta de las diversas Cámaras de Facultad, es decir órganos del SEU, en la que se proclamaba la adhesión a la conferencia pro-ampnístia de París.

Inmediatamente, las autoridades superiores del SEU prohibieron la circulación de aquel manifiesto y se abrieron expedientes que no recuerdo que terminaran en nada efectivo. Nuestra respuesta fue la publicación a lo largo de unos días, de 7 a 10, de una hoja diaria bajo el título de “La Veu dels Estudiants”, publicada en catalán, que redactábamos en castellano desde el Comité Interfacultades, creo que esencialmente María Rosa y yo, y que Antoni Montserrat, estudiante de económicas, las traducía al catalán. La imprimíamos por la noche con la “vietnamita” en la sacristía de Paco Candel. Duró poco más de una semana, pero mantuvo un clima de protesta y nos dio tiempo y espacio para hablar de todo. Además, estimuló la unidad entre el movimiento estudiantil.

Fue también en este periodo cuando se distribuyó ampliamente en la Universidad una octavilla firmada por un supuesto "Comité Revolucionario Universitario", en la que aparecían los nombres y apellidos de la mayoría de los miembros del Comité Interfacultades. Era una octavilla con un lenguaje muy provocador, que todos atribuimos en seguida a los falangistas, a los del opus, o directamente a la brigada político-social. Además acertaba casi totalmente en la composición del "Inter". Aparecía el nombre de Maria Rosa Borràs como representante de Filosofía, de Jordi Sales por Medicina, Jordi Borja por Derecho, yo por ingenieros, ... no recuerdo si aparecía también Ernest Lluch por la Facultad de Ciencias Económicas, uno de los pocos miembros del "Inter" que no era del PSUC. La cuestión es que aquella situación derivó hacia la decisión de la dirección del PSUC de crear una célula de militantes universitarios que era conocida como la "célula de los quemados", es decir, de aquellos cuya actividad política era de hecho conocida por la policía, con especiales medidas de seguridad en cuanto a nuestra relación con el aparato del Partido, pero con mayor facilidad para relacionarnos entre nosotros. Ensayábamos ya aquello de los "espacios de libertad". De esta forma, los miembros de esta célula comunista mantuvimos una función de dirección política aún más pública en la Universidad de Barcelona.

III.- El exilio. Paris, la RDA (“Alemania Oriental”)

16.- La fe militante, primera clandestinidad y la marcha al exilio

Por aquella época, María Rosa y yo iniciamos una discusión que se prolongaría hasta tiempo después. Era una discusión sobre lo que estábamos dispuestos a ofrecer al Partido. Por ejemplo, la posibilidad de trabajar clandestinamente, como políticos profesionales. Era una expresión de nuestro activismo y de nuestra fe en la Revolución. La discusión era dónde podíamos ser más útiles, como filósofa María Rosa y como ingeniero yo, u organizando a la clase obrera, integrándonos como profesionales de la política en el Partido, en la “vanguardia”, como teorizaba Lenin. Hacia principios de 1961, creo recordar, y recién casados, María Rosa y yo habíamos entrado en contacto con un núcleo de trabajadores comunistas de Badalona a través de Jordi Borja y de la que era su novia, María Rosa Solé, y a los que les habíamos facilitado la relación orgánica con el PSUC. Se trataba de un grupo de trabajadores badaloneses que se consideraban ya comunistas organizados, pero con dificultades de relación con el Partido, por lo que nosotros les pasábamos la propaganda del PSUC y del PCE.

Meses después, hacia setiembre, se produjeron numerosas detenciones en un fracasado intento de repetir una “huelga de tranvías”. Detuvieron a decenas de militantes del PSUC, entre ellos al que entonces era el máximo responsable en el interior, Vicente Cazcarra, y también algunos de Badalona, entre ellos los que tenían contacto con nosotros. Jordi Borja y María Rosa Solé, además de su hermano, junto con María Rosa Borràs y yo, decidimos ocultarnos por seguridad. Primero María Rosa y yo estuvimos en Gallifa, donde oficiaba de párroco Mosén Dalmau, uno de los sacerdotes más comprometidos entonces en la acción antifranquista, quien explicó en el pueblo que éramos recién casados en viaje de luna de miel. Luego, gracias a Ricardo Bofill, los cinco pudimos escondernos durante un tiempo en una finca de unos parientes suyos, una masía de un pueblo próximo a Barcelona pero cuyo nombre no recuerdo, un lugar perfecto pero en el que demasiado tiempo hubiera llamado la atención. Pronto tuvimos que cambiar de lugar y nos dispersamos de nuevo. María Rosa y yo fuimos a parar a un piso del Barrio Chino, de uno que había sido coronel del ejército republicano, un ex militar masón que no sé a qué se dedicaba entonces. Aquel hombre cada vez que bebía más de la cuenta se ponía a gritar junto a la ventana que daba a la escalera del edificio, a “cagarse en Franco” y otro tipo de expresiones similares. Y pasaba el tiempo sin que nadie viniera a buscarnos para salir de allí. Estábamos reclusos en una pequeña habitación y no podíamos subir la persiana para que no nos vieran desde la casa de enfrente, del otro lado de la estrecha calle. Aquella acabó siendo una de las etapas más duras porque se prolongó casi tres meses. Era la primera vez que vivía la experiencia de la clandestinidad en aquellos términos. Charlábamos, esperábamos recibir noticias, especulábamos sobre qué pasaría, nos organizamos un seminario de nosotros dos sobre el primer capítulo de “El Capital”, leíamos novelas de las que había en la casa. Yo leí “Los cipreses creen en Dios” de Gironella. Escuchábamos la radio, nos aburríamos, no sabíamos cuánto tiempo iba a durar, ...

A través de uno de los abogados del Partido, Josep Solé Barberà, se hizo llegar a nuestras familias un mensaje tranquilizador, diciéndoles que estábamos bien y que ya les dirían algo más adelante. La dirección del Partido organizó nuestro exilio a París, facilitándonos unos

pasaportes franceses y enviando a buscarnos a un matrimonio de comunistas franceses. Creo que constábamos como hijos suyos, lo que por la edad era posible. Y yo hice todo el itinerario, viaje a Francia incluido, con mi pasaporte español en el bolsillo. Lo que era una evidente irresponsabilidad acabó siendo útil más adelante.

En las últimas citas para salir hacia el exilio, con cambios de personas y coches, tuvimos varios sobresaltos. Uno de los que intervinieron fue precisamente Solé Barberà, una persona muy conocida ya entonces como comunista. Y Solé, después del trayecto en coche, nos dejó en la esquina de la misma calle donde vivían los padres de María Rosa. Allí nos esperaba otra persona para recogernos, y mientras íbamos andando yo no sabía cómo decirle el compromiso que representaba estar en la calle Sicilia, esquina Padre Claret. Finalmente, después de varias citas de seguridad sin ningún contratiempo, salimos acompañados del matrimonio francés. En el viaje hacia Francia tuvimos otro susto cuando en una carretera de Navarra, en medio de la niebla, las luces del coche enfocaron la silueta de un guardia civil, capa y tricorno incluidos. Nos paró y sin preguntar nada, después de mirar al interior del coche, no recuerdo si pidiendo la documentación del conductor, nos dijo que siguiéramos.

En aquella época la frontera francesa con Cataluña era más peligrosa debido a una mayor vigilancia policial. Pasamos la frontera por Irún precisamente la noche de Fin de Año de 1961. Al llegar a Irún no había un alma en la frontera. Recuerdo que lloviznaba y el acompañante francés nos dijo: “¿Qué hacemos? ¿Buscamos un hotel aquí o atravesamos la frontera?” Tanto María Rosa como yo rápidamente le contestamos: “¡Pasemos! ¡Pasemos cuanto antes!”. Aquella noche dormimos en San Juan de Luz. El matrimonio francés, muy amables, nos invitaron para celebrar que ya estábamos en un país democrático, y que empezaba un nuevo año, quizás una nueva vida para nosotros. Fue la primera vez en mi vida que comí ostras, me acuerdo perfectamente de aquellas ostras, de su sabor muy especial ...

17.- Exiliados. Ilegales en París

De esta manera comenzaba nuestra vida de exiliados en París, una experiencia que duró varios meses, hasta el verano. La discusión sobre la militancia que habíamos iniciado María Rosa y yo en Barcelona continuó en París y también durante el resto del exilio, aunque a partir de aquel momento algunas de las afirmaciones fervorosas y románticas de años anteriores comenzarían a quedar atrás, superadas por las nuevas experiencias. Al mismo tiempo, nuestra militancia comunista, que había sido ya algo asumido conscientemente, iba a tomar una nueva dimensión al comenzar a constituir un elemento más determinante de nuestra vida.

Ya no recuerdo si seguimos en coche o llegamos en tren a París, seguramente porque lo importante era pasar la frontera, y una vez pasada vino el relajamiento. Daba ya igual cómo llegar a París. Era enero de 1962 y recuerdo que hacía bastante frío. Al llegar a la capital francesa María Rosa y yo nos incorporamos a la organización del PSUC, en contacto con la dirección, y nos instalamos en la buhardilla que tenía su hermano al coincidir con el traslado de éste y su compañera francesa a un HLM de la banlieu. La buhardilla era de las conocidas como “chambre de bonne”, en el distrito XVIII, un barrio en el norte de París mayoritariamente habitado por argelinos.

Recién llegados, no sabíamos si podríamos obtener la condición de asilados políticos en Francia. Era una gestión nada fácil y más complicada por nuestra condición de comunistas ya que el PCE había sido declarado ilegal en Francia y había que buscar otras vías para conseguirlo. En un primer momento intentamos ver si podía ayudarnos la familia del estudiante de Versalles con el que yo había establecido relación a principios de los años cincuenta, pero que se había interrumpido a raíz de la muerte de mi amigo en un accidente de coche. Fuimos a visitarlos y les explicamos nuestra situación y comprobamos que no les gustaba nada la idea de ayudar a dos comunistas. Quedarnos de forma legal en Francia no iba a resultar fácil. Aparecían dos posibilidades, la de incorporarnos a la actividad interna de nuestro partido, pero sin volver a España de momento, o pensar en viajar más lejos.

Durante nuestra estancia en París el Partido nos pasaba una pequeña cantidad de francos calculada al día, una cantidad muy reducida pero que nos permitía, aplicando un riguroso sistema de administración y ahorro, comprar comida y también algún periódico, algún libro e ir al cine de vez en cuando, como una vez al mes. No disponíamos de ninguna otra ayuda económica, ni de mi familia ni de la de María Rosa. Lo único que hacíamos eran algunos trabajos de archivo u otros que nos traía el contacto del partido. Nuestra relación con López Raimundo era esporádica, era evidente que tenía cosas más importantes a las que dedicarse como Secretario General. Desde París volví a establecer una buena relación, a distancia, con mi familia. De hecho no se había producido una ruptura, sino un enfrentamiento debido a mi actividad política. Estando en París, comenzaron a escribirme cartas, al principio con reproches, diciéndome que todo aquello era una locura, que perdería mis estudios, pero sin un tono hostil. Y empezó una relación epistolar también con mi hermano, lo que ayudó a recomponer nuestras relaciones. Luego mis padres vinieron a verme a París, cuando María Rosa había ya salido para Praga al incorporarse a la organización en marcha del "Festival de la Juventud" previsto para aquel verano en Helsinki.

18.- El Festival de la Juventud de 1962 en Helsinki

Al cabo de unos meses, la dirección del Partido, nos encargó trabajar para la preparación del Festival de la Juventud que se celebraría en Helsinki durante el verano. María Rosa viajó antes vía Praga. Yo viajé directamente desde París, con una delegación de unos treinta jóvenes españoles, como responsable del grupo.

En Helsinki conocí al poeta español exiliado conocido como "Marcos Ana", ex preso político que, después de pasarse décadas en las cárceles franquistas, se había exiliado recientemente y se encargaba de tareas relacionadas con la solidaridad con la España antifranquista. El encuentro con Marcos Ana me impresionó mucho, sobre todo la primera vez, con sus explicaciones sobre las paredes blancas, la luz, la mujer, y sus metáforas sobre la vivencia de su experiencia carcelaria. El recuerdo más intenso que conservo de aquel Festival organizado en Finlandia tienen relación con dos cosas: la primera es lo difícil que era estar al cargo de treinta jóvenes y llevarlos desde París a Helsinki en tren, autobús, barco ..., sin que se perdiera o escapara ninguno. En realidad en el último tramo perdí a uno que me dijeron se escapó con una finlandesa. La mayoría, no sé si todos, eran de familias de exiliados y no habían vivido directamente la acción política anti-

franquista, eran un poco o un mucho “hijos de papá”. Un conflicto importante con la mayoría surgió en relación con las cuatro cosas, chucherías en realidad, que las diversas delegaciones del Festival nos entregaban como regalo. Les propuse recogerlo todo para su venta en las casetas montadas por el Partido en la Fiesta de L’Humanité con el fin de conseguir algún dinero destinado a las actividades propias de la organización. La mayoría no quería. Fue una discusión muy dura, aunque finalmente lo aceptaron. Creo hoy que mi actitud fue demasiado sectaria.

En Helsinki, nuestra tarea era organizar la intervención de la delegación española en las diversas reuniones, grupos, seminarios . . . , organizados. La principal, la más impactante y la más eficaz, fue sin duda la de “Marcos Ana”. Otra cuestión importante estaba relacionada con el desfile inicial de las delegaciones. María Rosa y yo, convencidos como estábamos de que sólo regresaríamos a España con la democracia, no nos preocupaba que se nos viera, pero era conveniente que no se descubriera la identidad de los demás. Íbamos al frente de la delegación y con la bandera iba tapando los rostros de los otros cuando venía algún fotógrafo. Aquel festival tuvo una cierta repercusión internacional. Por supuesto era una actividad de propaganda organizada en gran medida por la Unión Soviética y los Partidos Comunistas de medio mundo.

En definitiva, de Helsinki poco pude ver. Si acaso una cierta idea de las “noches blancas” de la ciudad, aunque no del todo. Fueron unos días absolutamente dedicados a la organización de aquel festival internacional. Tengo también el recuerdo de la primera noche que estuvimos de nuevo juntos María Rosa y yo, después de varios meses pudimos dormir juntos de nuevo, aunque de hecho dormimos muy poco. En Helsinki decidimos dejar de utilizar preservativos porque pensamos que podíamos ya ser padres aprovechando la pausa que nos proporcionaba el exilio.

19.- Leningrado: la anécdota de la invitación para una visita

En Helsinki, habiendo decidido ya que luego nos iríamos a la República Democrática Alemana para seguir estudios, surgió la posibilidad de hacer antes una visita a Leningrado. La delegación soviética nos dijo que invitaba a cinco jóvenes de la delegación española, entre los que se incluían a María Rosa por su trabajo de preparación y a mí como responsable del grupo. Comprobé que aparte de nosotros dos había solamente 4 jóvenes que podían prolongar el viaje. Les di a los soviéticos una lista de 6 nombres, incluyendo a María Rosa, y yo como último. Tuve que insistir: seis conmigo, o solo cinco sin mí. Me reiteraron que las plazas eran sólo cinco y que yo como responsable tenía preferencia para viajar, pero les señalé que por ser el responsable era yo el que les indicaba el orden de preferencia. Finalmente fuimos los seis los que formamos el grupo que viajó a la ciudad mítica de la revolución bolchevique.

20.- La RDA: el choque entre el mito, la ilusión y la realidad

A los pocos meses de estar en París ya nos habíamos planteado la posibilidad de irnos a un país del Este, a un “país socialista”, y lógicamente la RDA era una opción para continuar con nuestros estudios pues parecía que tenía un buen nivel científico. Ante la oferta en este sentido del Partido, nos reunimos para discutirlo el grupo de los 5 exilados que habíamos huido de Barcelona. Jordi Borja decidió quedarse en París, y marchamos a la República Democrática Alemana los otros 4.

Tras casi nueve meses de cruzar la frontera, en septiembre de 1962 llegamos a Leipzig. Llegué a la RDA como comunista muy ortodoxo, pero parece que a la semana ya era un peligroso revisionista, según luego supe que había informado un miembro de la STASI, la policía política de la RDA. El impacto que nos provocó empezar a conocer un país “del socialismo real” fue súbito y muy fuerte.

Me matriculé en el Instituto de Física Nuclear de Leipzig que dirigía por Klaus Fuchs, un físico de reconocido prestigio internacional, ex espía nuclear soviético recientemente liberado por EEUU en uno de los intercambios de espías. Decidí mi ingreso en el Instituto porque estimaba que podía completar mis estudios de ingeniería iniciados en España y propuse que me matricularan directamente en el tercer curso, pues suponía que mi formación previa, tres cursos ya de ingeniería, me lo permitiría. Resultó un tremendo error por mi parte, como puede luego comprobar, pues eran estudios de un nivel muy superior al mío.

María Rosa, que estaba a punto de finalizar la carrera de filosofía en Barcelona, se matriculó en lo que se denominaba Facultad de Marxismo-Leninismo; en realidad, una expresión fósil del dogmatismo estalinista.

La beca que nos asignaron en tanto que estudiantes extranjeros, tramitada por el PCE, permitía vivir modesta pero perfectamente. No teníamos muchos gastos y, por otra parte, tampoco la RDA era una “sociedad de consumo”. Faltaban muchos productos, de vez en cuando había algunos productos de venta más o menos ilegal en alguna tiendecita. Se veía por la cola que de pronto se formaba en una de ellas. El sistema era ponerse en la cola, sin saber incluso si lo que vendían era una máquina de escribir o plátanos, daba igual, porque en todo caso lo que vendían era sin duda de interés.

La RDA representaba para nosotros, inicialmente, la lucha por el socialismo y el comunismo en lo que había sido el país de los nazis. En lo inmediato, lo primero que representó fue pensar por primera vez que la policía no nos perseguiría. Ante el primer policía de uniforme que veíamos no teníamos necesidad de rehuirle, sentíamos que “era de los nuestros”.

Años después, al ver la excelente película “la vida de los otros” y comprobar lo bien que reflejaba al país, tuve la sensación que de haber seguido allí habría terminado en la cárcel.

Estábamos lógicamente muy pendientes de las noticias sobre lo que estaba pasando en España. Recibíamos las informaciones que nos proporcionaba el Partido. De vez en cuando lográbamos sintonizar alguna emisora española con la radio, que constituyó una de las primeras cosas que compramos al llegar. Allí escuchamos por primera vez cantar a Raimon y nos impactó mucho. Mi familia me enviaba también paquetes de “La Vanguardia Española”, aunque frecuentemente me los requisaban porque eran periódicos “fascistas” y lo que hubiera de saber sobre España ya lo informaba el órgano del Partido alemán, el “Neues Deutschland” (Nueva Alemania). A lo que tuvimos que dedicarnos en primer lugar fue a aprender alemán. El esquema de formación previsto suponía un año entero para el estudio del idioma con el fin de poder incorporarse a la

universidad al siguiente. Lo hicimos con un método que resultó muy eficaz, que se empleaba con las personas que llegaban a la RDA de los diferentes rincones del mundo y con niveles de formación académica muy diverso. Estábamos el grupo de estudiantes españoles junto con otros que venían de los otros países “socialistas”, entre ellos bastantes vietnamitas y cubanos. También había estudiantes africanos que iban a cursar carreras técnicas y a los que se suponía se les formaban como futuros dirigentes de sus países. Los gobiernos africanos que los mandaban pagaban su formación enviando materias primas necesarias para la industria alemana. Estábamos inmersos en un ambiente plácido, sin demasiados problemas, más allá de los provocados por mi intento de conseguir prensa para informarme sobre la situación española y de mis visitas al Consulado español en la RFA, en Berlín Occidental, cuando empecé los trámites para obtener pasaporte español.

Los exiliados españoles éramos un grupo reducido, catalanes había todavía menos. La mayoría de ellos se había exiliado de España después de la guerra. El grupo más importante estaba distribuido entre las ciudades de Dresde y Berlín. Recuerdo una vez que viajamos a Dresde y nos quedamos a dormir en casa de unos compatriotas. Disponían de una estufa de cerámica en el centro de la casa, que de hecho calentaba sólo aquella habitación. Al acostarnos, la sensación, una vez dentro de la cama, era de quilos, de toneladas, de mantas para tratar de entrar en calor, pero que sólo conseguían aplastarnos debajo.

Ocasionalmente tuvimos relación con los grupos de españoles que vivían en Berlín, a los que veía además alguna vez cuando viajaba a Berlín Occidental para los trámites del pasaporte español. En esta ciudad residía el grafista valenciano Josep Renau, quien durante la guerra se había encargado de organizar la salvación de los cuadros del Museo del Prado. Nos relacionamos también con otra persona que no estaba en el Partido, pero que se encargaba de la organización de cooperativas, supongo que estaba vinculado con los “servicios”, la STASI. Algunas veces nos llevaba en su coche, un pequeño “Trabant”, que constituía sin embargo un gran privilegio en aquellos tiempos. De él recuerdo un curioso consejo: “Nunca hagas un informe escrito. Los escritos quedan y lo que hoy es correcto mañana puede resultar peligroso”. Su apariencia, y su consejo, aunque desgraciadamente parece que tuviera razón, eran los de un vividor.

María Rosa y yo vivíamos muy encerrados en nosotros dos, con pocas relaciones fuera del grupo con el que desarrollábamos nuestra vida diaria dentro de la residencia universitaria, principalmente los 4 españoles que habíamos llegado juntos, más Octavi Pellissa, exilado algunos años antes, y Carmen, hija de unos exilados de Dresde que estudiaba en Leipzig. Se compartían habitaciones entre varios. En nuestro caso, al ser María Rosa y yo pareja, estábamos en una habitación aparte.

A los tres meses ya éramos capaces de entender la prensa y entablar una sencilla conversación, pero hasta que no pasaba un año no se conseguía hablar alemán con cierta fluidez y seguir una clase en la Universidad, aunque con dificultades.

Pronto comenzamos a tener algunos problemas, a encontrarnos incómodos, a sentir una sensación de ahogo, tanto a nivel personal como político e ideológico. De hecho, al día siguiente

de instalarnos había entrado ya en contacto con nosotros un personaje curioso para hacernos preguntas en nombre de no recuerdo que institución, cuando todo el mundo sabía que estábamos allí gracias a una beca del Partido. Nos preguntó quiénes éramos, qué hacíamos, qué queríamos hacer durante nuestra estancia. En definitiva, un tipo de preguntas que me parecían realmente una tontería. Al cabo de un tiempo supimos que aquel tipo era un español exiliado que trabajaba para los Servicios de Seguridad del Estado de la RDA, es decir, para la Stasi. También supimos, que este personaje se dedicaba a hacer informes, por ejemplo a cuánto estaba el kilo de judías en España, gracias a la información que recibía por carta de sus padres, para después enviarlos a los servicios de espionaje o al organismo correspondiente. Pasado un tiempo supe que de nuestra breve y surrealista entrevista este hombre había hecho un informe en el que aseguraba que habían venido un grupo de españoles que eran poco de fiar, pero sobre todo el que era más sospechoso era yo. Su juicio se basaba en que durante la conversación yo no había dejado de reírme de sus preguntas. Al cabo de unos meses recibimos una carta suya pidiéndonos ayuda, decía, porque le habían retenido en una cárcel de Berlín Occidental.

Poco más tarde, por lo que llegué a saber, ya se me calificaba de “revisionista”, uno de los calificativos más peligrosos que podían colocarle a uno. El ambiente cultural e intelectual, insisto, se nos hizo asfixiante.

Al poco de nuestra llegada a Leipzig se produjo la “crisis de los misiles”, el enfrentamiento de la Cuba castrista con la administración de J. F. Kennedy. Vivimos las primeras, y creo que últimas, manifestaciones de masas esencialmente espontáneas, al grito de “Hände weg von Cuba” (fuera las manos de Cuba), y vivimos con gran euforia su desenlace consolidando el régimen cubano. Los cubanos que entonces conocimos, con una euforia, una alegría, una fe en el futuro..., nada tienen que ver con los que ahora he visto en Cuba.

Al poco de estar en Leipzig se nos ocurrió confeccionar un boletín para distribuir entre los estudiantes extranjeros y dar cuenta de lo que estaba sucediendo en España, promoviendo la solidaridad desde sus respectivos países. Una vez que lo teníamos pensado, necesitábamos que alguien lo editase. Para ello estuvimos hablando con los responsables del Partido alemán, pero su respuesta no fue nada positiva: “No, no... No es necesario. Todo lo que se tengan que saber sobre España ya lo informa el órgano de nuestro Partido, el ‘Neues Deutschland’”. Para quien conozca un poco lo que fue la prensa de los países del “socialismo real” no hace falta insistir en que de España no se decía casi nada, quizás sólo una gacetilla dando cuenta muy resumida de alguna declaración del PCE, sobre todo si contenía algún elogio a la URSS, a la RDA, ... La nuestra era pues una iniciativa innecesaria, sólo merecía un “niet”. Esta situación se repitió con otras cuestiones.

Octavi Pellisa, después de su detención en 1956 como militante del PSUC, como primer comunista organizado en la Universidad de Barcelona, se había exiliado 2 ó 3 años antes que nosotros. Primero a París y después a la RDA. Octavi también decía estar muy desilusionado, bastante cansado del “paraíso comunista”, aunque aguantó un poco más que nosotros para regresar a España.

En el segundo año en la RDA comenzamos a valorar la posibilidad, más bien la necesidad, de marcharnos. Tomamos la decisión de no continuar en la RDA.

Durante aquellos años, viví también la experiencia de trabajar en un programa de radio. Primero, buscaban una voz femenina y contrataron a María Rosa, pero después, al hacerle la prueba la acompañé, me hicieron la prueba de voz y también me contrataron. Comenzamos a hacer un programa de quince minutos semanales. Inicialmente vivido como una diversión en aquel ambiente tan triste, luego también como una ayuda desde el punto de vista material, puesto que lo que cobramos por aquel programa era casi igual a la cantidad de lo que nos proporcionaba la beca de estudio. Comencé a trabajar así para Radio Berlín Internacional, en habla hispana. En teoría era una emisora que emitía a América Latina, dirigida por un militante sudamericano. Fue también un interesante aprendizaje de cómo hablar por la radio, ya que las pausas, la respiración, la vocalización, no pueden ser iguales que en la expresión hablada habitual. Los programas que hacíamos eran una combinación de breves espacios con entrevistas y reportajes. Dedicábamos los cinco minutos iniciales a temas de fondo. Uno de los programas que realicé para este espacio estuvo dedicado a cantar las excelencias y las razones del “Muro de Berlín”, el “Muro Antifascista” como lo denominábamos. Para nosotros la creación del Muro separando físicamente las dos Alemanias, no representó ningún problema; quiero decir ningún impacto emocional o ideológico negativo. Quien hubiera visto Berlín occidental, lo que era, su situación antes de la construcción del muro, se daba perfecta cuenta de cómo la gente se pasaba directamente, cuando quería, de un lado al otro de la frontera de la Alemania dividida. Era evidente que tal frontera era muy especial. En un contexto de “Guerra Fría” parecía insostenible. Otra cuestión es que el muro empezó a tener trágicas consecuencias, con muchas muertes al tratar de escalar o saltar el muro, intentando huir del “paraíso”. Pero de esto nosotros no sabíamos, o no queríamos saber aún.

Esta experiencia radiofónica fue corta porque poco después de su inicio salimos de la RDA. Supimos al poco de comenzar el programa que su director no solamente lo emitía para los países sudamericanos, sino que también lo volvía a vender para su emisión en España. Lo grave del asunto es que en el programa se daban nuestros nombres, pero no nos preocupó por la idea de que volveríamos a España ya en democracia. De todas formas, aquella fue una experiencia interesante.

En septiembre de 1963 nació en Leipzig nuestra hija Ester. Mi padre hizo un viaje a la RDA con motivo del nacimiento de su primera nieta. La relación con mi familia comenzó a mejorar.

El invierno de 1962-1963 fue un año de intensas nevadas. Yo no había visto nunca la nieve. La tuvimos desde noviembre hasta marzo o abril del año siguiente. Aunque estábamos preparados y teníamos medios para combatir el frío, aquello era tremendo. Fue la primera vez que salí a la calle llevando calzones largos debajo de los pantalones, las orejas tapadas, incluso con fundas para la nariz, y gorros de tipo ruso, camisetas gruesas...

Con el transcurso de los meses, se acentuaba la sensación de disgusto ante la vida diaria. Una vida muy aislada respecto de la sociedad alemana, ya que hacíamos vida de estudiantes con pocas relaciones más allá de este entorno. Algunos conciertos de música clásica, a menudo

en una preciosa iglesia protestante de Leipzig en la que no se permitía el culto religioso pero sí se organizaban cada domingo aquellos conciertos. Y paseos por la bonita ciudad de Leipzig, muy bien cuidada, en la que en los sótanos de algunos edificios había grandes cervecerías donde la gente se reunía y cantaba. Pero realmente la comunicación con sus habitantes era escasa, por no decir nula.

Personas como nosotros, que veníamos de formarnos en la lucha estudiantil contra el franquismo, nos encontrábamos con situaciones difíciles de entender primero, y rechazables después. En la RDA no percibimos problemas graves de subsistencia, no existían carencias dramáticas. No eran problemas básicos de orden material los que uno podía encontrar, aunque sí de escasez de casi todo. Pero se planteaban problemas concretos, que parecían absurdos, aunque quizás menos al conocer mejor la sociedad. Por ejemplo, podíamos estar dos semanas o dos meses sin encontrar papel de wáter, algo realmente incómodo. Era muy desagradable tener que utilizar hojas de periódico a pesar de que en España podíamos haber conocido esa práctica, pero lo cierto es que, por lo menos en mi caso, ya casi lo habíamos olvidado. De manera que de golpe se producían obsesiones como la de encontrar papel higiénico, o bien naranjas, desaparecidas de la circulación durante temporadas. Las manzanas o las coles eran las que gozaban de publicidad y existencia real permanente. Publicidad intensa sobre la vitamina C de la col, pero claro, comer todo el día y todos los días col y manzanas podía ser realmente poco estimulante. De alguna forma, aquello era expresión de un régimen del que lo primero que se evidenciaba era precisamente una incapacidad de planificación, o la existencia de factores (incompetencia, corrupción, ...) que la dificultaban notablemente. Otro ejemplo por mi parte fue el intento de comprar una máquina de escribir. Después de meses de espera, un día me dijeron que a la semana siguiente tenían previsto recibir máquinas checas, que si quería comprar una debía ir muy temprano, casi de madrugada, y hacer cola porque en minutos el producto estaba agotado, como así fue. Unos desastres de planificación que sin embargo no impidieron que el país se convirtiera en una de las potencias industriales del mundo.

El problema del consumo se planteaba en términos peculiares en un país en el que la gente vivía en general sin penurias. Sintomático era por ejemplo el problema de los impermeables azules de plástico por los que había una auténtica obsesión, que eran más bien feos pero que sólo se encontraba en el "oeste", en el mundo capitalista. Las chicas jóvenes anhelaban su compra, es decir que alguien que pudiera viajar "drüben" ("al otro lado") se la trajera para poder lucírlas los domingos.

A estos elementos de la situación en la RDA cabe añadir los componentes externos de la ideología del marxismo-leninismo en su versión estalinista, como los pseudo-altares con flores y fotografías del secretario general del SED y presidente del Consejo de Estado, el líder máximo de la RDA, Walter Ulbricht entonces. Los desfiles de los pioneros, aquellos adolescentes uniformados y disciplinados cantando cancioncillas patrióticas... En definitiva, toda una serie de rituales y de comportamientos que nos provocaban incomodidad y rechazo, al hacernos rememorar en gran medida formas no tan distintas de Franco y su régimen.

Otra expresión de lo que empezábamos a considerar problemas de fondo lo constituyeron las aventuras que viví con ocasión de los trámites para renovar mi pasaporte español. Pensando en su posible futura utilidad inicié los trámites en el consulado español de Berlín Occidental, con la aprobación de la dirección del Partido, necesaria además por lo que explicaré. Entonces en Berlín Occidental no había control de entrada, aunque sí había control de salida de la Alemania Oriental. Esto significaba que, no teniendo yo documentación válida para poder salir de la RDA, dependía de la notificación del Partido español a las autoridades de la Alemania “democrática” para que me dejaran cruzar la frontera en fecha determinada a fin de hacer las correspondientes gestiones en el consulado español en Berlín Occidental. En una ocasión algo no funcionó en el aviso de nuestro Partido al de la RDA, y a pesar de que había pasado ya en varias ocasiones para hacer aquella gestión, no me permitían hacerlo. Intenté explicar la situación a los guardias fronterizos, y finalmente llegué a hablar con el mando al cargo del paso fronterizo, que resultó ser un general que había combatido en España con las Brigadas Internacionales, explicándole lo que pretendía, y que no había llegado, como otras veces, el oportuno aviso del Partido. Me contestó: “No entiendo por qué quiere usted hacer una gestión como ésta para obtener una documentación franquista, es decir, fascista”. Y no hubo manera, tuve que esperar que llegara la oportuna noticia para otro día, y entonces ya lo “entendieron”.

Otro de los problemas que se nos planteó fue, como apunté antes, la recepción de periódicos españoles.

Esta serie de ejemplos, pequeños en realidad, pero cuya acumulación no lo es, traducen una realidad que nos iba haciendo cada vez más asfixiante nuestra vida en este país “socialista”. Cualquier movimiento que se saliera de lo establecido como “normal” chocaba con el poder constituido, con el “Partido”, con la estupidez de la burocracia. A las tendencias generales “estalinistas” que impregnaban a los partidos comunistas se sumaban las consecuencias de su propia historia. Aquel partido comunista se había construido sobre las cenizas de lo que había quedado después del exterminio de los comunistas alemanes llevado a cabo por la Alemania hitleriana. Y una parte de los cuadros del partido comunista de aquel momento procedían de las Juventudes Hitlerianas que se habían incorporado, finalizada la Segunda Guerra Mundial, al bando de los vencedores.

Al nacer Ester solicitamos plaza en una guardería, hicimos las gestiones y nos dijeron que, de momento, no había plaza. Entonces enviamos una carta explicando nuestra situación de exiliados e insistiendo en nuestra petición. La respuesta tardó quince días en llegarnos, nos concedieron una plaza, pero finalmente fuimos nosotros quienes decidimos no enviar a Ester a la guardería porque pensamos que de esta forma podríamos estar más tiempo con ella, y, además estábamos ya empezando a considerar la salida del país.

Ello añadía una razón para conseguir poner al día mi pasaporte español. Albergábamos la esperanza de que nos permitiera volver legalmente a Francia y, una vez allí, decidir qué hacíamos. Conseguimos ahorrar una pequeña cantidad de marcos orientales, a lo que contribuyó nuestro trabajo en la radio, que nos podría ir muy bien después. Algunos estudiantes pasaban a Berlín

occidental y cambiaban marcos orientales por occidentales en el mercado negro, con lo que pudimos acumular algo de dinero capitalista.

Finalmente, después de muchos viajes a Berlín Occidental, conseguí poner al día el pasaporte, en el que incluyeron a María Rosa y a Ester. Nos dieron un pasaporte en el que se indicaba textualmente: "Válido para 15 días para un único viaje de retorno a España". Aquel documento nos permitía recoger los bártulos, empaquetarlos, salir de la RDA, eso sí, con la correspondiente autorización del PCE transmitida al Partido alemán, y volver de inmediato a París. Y así lo hicimos.

21.- El retorno: de París a Barcelona, pasando por Madrid

Al llegar a París, tuvimos una reunión con la dirección del Partido para decidir qué hacíamos María Rosa y yo. Era el año 1964 y, según las informaciones de las que se disponía, en España se había iniciado una etapa de cierta "liberalización"; la tensión policial de años anteriores se había relajado en cierta medida. Por otra parte, la dirección del Partido no podía proporcionarnos una ayuda eficaz para quedarnos en París. Decidimos por todo ello regresar a España.

En aquellas fechas el ambiente en el partido estaba enrarecido. Se había producido un fuerte debate entre las posiciones de Fernando Claudín y Jorge Semprún y la dirección al frente de la cual estaba Santiago Carrillo. La tesis de Claudín y Semprún finalmente provocaron medidas disciplinarias, separaciones de aquellos dos miembros de la dirección y algunas expulsiones en el PCE y el PSUC. Recuerdo que en aquellos días me reuní en París con dos de los afectados con los que mantenía una buena amistad, Jordi Borja y Jordi Sales, que ya estaban expulsados del partido por formar parte del grupo de Claudín y Semprún.

María Rosa y yo tomamos la decisión de volver a Barcelona. Desde la dirección del PSUC se nos recomendó que si decidíamos volver a España, lo hiciéramos vía Madrid como medida de seguridad. Allí no éramos conocidos y habría menos riesgo de ser detenidos por la policía. Y así lo hicimos. Dejamos París y nos dirigimos a Madrid con una primera intención de quedarnos a vivir un tiempo en ella. Hicimos el viaje en tren, pero antes el padre de María Rosa vino a Francia para recoger a nuestra hija Ester que no había cumplido aún el año y evitar pasar juntos la frontera ante el riesgo de una posible detención nuestra. Pero no pasó nada, el policía de frontera no se fijó en el curioso tipo de pasaporte que llevábamos, o no quiso darle importancia.

Al llegar a Madrid, intentamos quedarnos a vivir con unos tíos míos, pero no fue posible. Eran buena gente, pero no se atrevían a asumir ningún tipo de riesgo. Su casa no estaba disponible. Tampoco hicimos ningún intento de ponernos en contacto con la organización del Partido de Madrid para que nos facilitara la estancia. No era recomendable. Por otro lado, tampoco fuimos capaces de encontrar trabajo en pocos días. Al cabo de unas pocas semanas se nos estaba terminando el dinerito que llevábamos desde la RDA y decidimos volver a Barcelona.

IV.- Los comunistas: los “delincuentes” políticos de la dictadura

22.- Delincuente político

“Isidor Boix Luch, nacido en Barcelona, de 25 años, ha finalizado recientemente sus estudios en la Escuela Oficial de Ingenieros Industriales de Barcelona, con antecedentes. Fue declarado en rebeldía en 1961. Ha vivido en París y en Leipzig, Alemania Oriental, los últimos años. Es un destacado agitador en la Universidad de Barcelona desde 1958 y forma parte de del Partido Comunista. Está conceptualizado como muy peligroso. Se trata de un ingeniero comunista y espía de la Alemania Oriental”.

Por lo que conocí años después las autoridades franquistas resumían así mi trayectoria de los últimos siete años en mi ficha policial, con una formulación casi literal. Era, y lo sería durante años para la dictadura, un “delincuente político”.

A pesar de la losa que representaba estar fichado, traté junto con María Rosa y nuestra hija Ester de rehacer la vida al llegar a Barcelona desde nuestro exilio parisino-alemán. No constituyó el fin del viaje, solamente una estación más.

23.- Barcelona, 1964

Cuando volvimos a Barcelona fuimos a vivir a casa de los padres de María Rosa. Pero sólo podía ser provisional.

Uno de los positivos efectos que provocó el exilio y el regreso fue la recomposición en buena medida de los lazos con mi familia. Mis padres ya estuvieron dispuestos a conocer a María Rosa y asumirla como mi esposa, como miembro de la familia. Con mi hermano Quim comenzó un nuevo tipo de relación que de hecho se había iniciado ya a partir de nuestro exilio.

María Rosa y yo empezamos a trabajar haciendo traducciones de alemán que nos encargaban a través de relaciones personales. Yo comencé a dar clases en el Liceo Francés, matemáticas al primer curso de chicas de bachillerato, y también clases particulares a chicos y chicas del mismo Liceo. Fueron mis primeras cotizaciones a la Seguridad Social.



A los pocos meses, no sé exactamente en qué momento, María Rosa y yo volvimos a contactar con el Partido. Habíamos decidido inicialmente que nuestro objetivo era instalarnos personal y profesionalmente lo antes posible, para después iniciar de nuevo la militancia más activa, pero al

final se precipitó nuestra reincorporación. Me matriculé de nuevo en la Escuela de Ingenieros para terminar los estudios. Resultó bastante sencillo, hice juntos los dos últimos cursos, de los seis que constaba la carrera, licenciándome en junio de 1965.

También finalicé las milicias universitarias, de las que sólo me quedaban pendientes las prácticas. Las finalicé como alférez en el cuartel de Girona. Finalizadas las prácticas, al cabo de unos meses me notificaron que se producía en mi caso una reorganización en la escala y me degradaban a sargento. Aquello para mí tenía más bien poca importancia. Lo peor vendría después, cuando al cabo de un tiempo, me citaban en una oficina militar que estaba en la Plaza la Paz y se me comunicaba que se me instruía un Consejo de Guerra. Aquello era realmente serio, decidí presentarme y el coronel instructor que me atendió me dijo: "No se preocupe, esto es un trámite sólo administrativo. Es un Consejo de Guerra pero es un trámite administrativo ..." y ante mis comentarios sobre las graves acusaciones que se me hacían ("comunista, amigo de comunistas, ...) añadió: "No, no, esto no tiene nada que ver con la policía. Esto es una cuestión estrictamente del Ejército. Usted conteste y no se preocupe en absoluto".

Y así fue. No volvieron a decirme nada más hasta que recibí la notificación oficial de que "había sido expulsado del Ejército Español". Además con un añadido bien curioso porque según constaba "queda usted expulsado del Ejército y en las condiciones de los de su reemplazo". Expulsado, pero si había una guerra parece que querían contar conmigo como soldado. Este

procedimiento, por lo que sé, no era muy habitual, creo que se había aplicado también a Juan Goytisolo y a Antoni Gutiérrez Díaz, y decían que había una lista más larga pero se había interrumpido. La cierto es que tuve suerte al haber ya finalizado las prácticas en Girona, pues de lo contrario los campamentos de milicias no me hubieran servido y hubiera tenido que hacer todo el servicio militar completo de nuevo, como pasó en muchos casos conocidos, a los que enviaron al Sahara a repetirlo, como le pasaría a mi hermano Quim años después.



24.- “Ingeniero comunista y espía de Alemania Oriental”

Terminados los estudios de ingeniería hablé con mi profesor de estadística del último año de carrera, el prestigioso catedrático Joaquim Torrens-Ibern. Había establecido una muy buena relación con él, era un excelente docente que había sido represaliado al acabar la guerra. Le pedí me ayudara a buscar trabajo, y como primera medida me incorporó a su equipo en la Escuela como “profesor no numerario”, “PNN”, del departamento de “Investigación Operativa”. Sólo pude dar una clase ya que fui despedido por el director del centro, el doctor Orbaneja (primo de José Antonio Primo de Rivera) por solidarizarme públicamente en esta primera clase con los PNN que habían sido despedidos en el curso anterior por su actividad democrática en la Universidad de Barcelona. A pesar de este incidente, el profesor Torrens-Ibern dio muy buenas referencias para que pudiera entrar a trabajar como ingeniero en “Lámparas Z”. Inicialmente, realicé algunos cursillos de preparación sobre métodos y tiempos, cronometraje y organización del trabajo, ... Conocimientos que aún me ayudaron tiempo después en la actividad sindical.

En “Lámparas Z” no tenía una relación directa con los trabajadores, porque mi tarea era de ingeniero del departamento de organización. Muy puntualmente visitaba alguna sección de montaje. No sin cierta ingenuidad pregunté un día porqué había tantas mujeres y tan pocos hombres en aquella sección; el jefe de ingenieros que me acompañaba me miró serio y me dijo: “ellas trabajan mejor y cobran menos”.

Este trabajo era mi primer empleo como ingeniero. Pero estuve en “Lámparas Z” poco tiempo. Sin terminar el periodo de prueba cometí la imprudencia de solicitar pasaporte. Inmediatamente recibí una citación para presentarme en la Jefatura de Policía de Via Laietana. Estaba realmente atemorizado, pensaba y le daba vueltas al asunto, sobre todo teniendo en cuenta que yo había sido, tras mi marcha del país, declarado en rebeldía por el “Tribunal especial de Represión del Comunismo y de la Masonería”, dirigido por el coronel Eymar. Por suerte en aquellos momentos ese tribunal ya no existía, se había creado el Tribunal de Orden Público que se hacía cargo de los procesos políticos.

La policía sabía por mis trámites de pasaporte en la RDA que había vivido en la “Alemania Oriental”. Decidí presentarme. La Brigada Social, con los Creix en cabeza, me interrogó durante horas. Me pidieron que les explicara qué hacía, a qué me dedicaba, qué había hecho en Helsinki, en la RDA, ... Les contesté lo que estaba haciendo en aquel momento, que efectivamente había estado en la RDA estudiando física nuclear, pero que no había estado en Helsinki ni sabía nada de PSUC, PCE, ... Estábamos en la primera planta, rodeado de algunos miembros de la Brigada Social. Tengo el recuerdo, o la impresión, de que eran muchos, rodeándome, haciéndome preguntas o sin decir nada, mirándome con cara de bestias... Comenzaron a repetir las preguntas, los dos hermanos Creix, Antonio y Vicente, también un tal Navales, que decían era el especialista en “intelectuales”.

Yo había tomado la firme decisión de negarlo todo excepto que había estado en Alemania, algo que ellos ya sabían. Sin embargo, en lo que estaban interesados era en saber sobre Helsinki, sobre el "Festival Comunista de 1962", me decían. Yo lo negaba y ellos negaban mi respuesta. Aseguraban que yo había participado y mucho en ese festival, que estaba en primera fila, que tenían fotografías que me podían enseñar. Y vuelta a empezar. Nos reiterábamos, ... yo no había estado en mi vida en Helsinki, era posible que alguien que se pareciera a mí si hubiera estado en la capital finlandesa, pero yo no. "Si ustedes miran las fotos que dicen que tienen y lo comprueban, se darán cuenta", les decía yo, no sin cierta temeridad. Y se decidieron a buscar las fotos abriendo armarios, cajones, carpetas, ..., sin encontrarlas. Aquello me pareció una gran victoria, me dio ánimos. Además, me permitió adoptar la lógica de negar o decirles que se equivocaban cada vez que me decían algo.



A partir de ese momento comenzó el juego del "policía malo" y el "policía bueno". Uno de los hermanos Creix, no recuerdo cual, era el "bueno", y otro miembro de la Brigada representaba el papel de "malo". Éste me dijo: "Sabemos que tú en la universidad esa alemana estudiabas marxismo-leninismo, subversión..." "No señor, ustedes se equivocan, en la Universidad de Leipzig estudiaba física nuclear..." - le contestaba yo. "¿Cómo saliste de Barcelona?" -añadía. "Sin ningún problema. Lo hice con mi pasaporte en regla" - le aclaraba- En un momento determinado, ante este diálogo, el "policía malo" me espetó: "¡Que mal educado!, ingeniero y con mentiras todo el rato..." a lo que le contesté que los mal educados eran ellos, que yo les trataba de usted y que ellos, sin conocerme, sin ser mis amigos, me

tuteaban. Conforme estaba terminando la frase, el policía se levantó y me propinó un fuerte golpe en el vientre con todo el brazo. Un golpe muy bien dado, parecía con buena técnica. De hecho, estuve varias horas con fuertes dolores en el estómago. De todas formas, me parecía

que aquella reacción podía interpretarla como que yo había ganado de nuevo. Una victoria que era quizás más importante que la obtenida con el tema de las fotografías.

A partir de aquel momento comenzaron a dejarme solo. Pasaban horas, me parecía, sin preguntarme nada. Me ponían de vez en cuando de cara a la pared, pero no volvieron a golpearme. Y vuelta a empezar, pero de vez en cuando oía que el que me interrogaba decía por teléfono: "No, sigue igual, sigue igual...", lo que me daba más ánimos. Finalmente dejaron entrar a mi padre que desde hacía horas había estado haciendo gestiones. Le dejaron entrar en la habitación donde me interrogaban, le dejaron que me viera de cara a la pared, y se puso a llorar, lo que impactó, pero como vieron que eso tampoco cambiaba mi actitud le hicieron marchar y al poco rato a mí con él. Finalmente, me sacaron de aquella oficina y me dejaron en libertad. Mi padre me esperaba y mientras bajábamos las escaleras, Creix desde lo alto me gritó: "Aquí no se viene una sola vez, y la próxima será distinto..., te lo aseguro..." Salí pensando que iba a intentar que no hubiera otra vez.

Aquel no fue un día agradable para mí, pero evidentemente nada comparado con las torturas que padecieron muchas personas y de lo que eran capaces aquellos bestias.

Al día siguiente, nada más llegar al trabajo me dijeron: "Recoge tus cosas, estás despedido". Me enteré, durante los interrogatorios, que uno de los hermanos Creix resultaba ser muy amigo del jefe de personal de Lámparas Z.

Después de aquello resultó muy complicado encontrar trabajo. Pasé por varias empresas que buscaban ingenieros sin obtener respuesta. En otras parecía que estaban a punto de contratarme después de varias pruebas, parecía que todo iba bien, pero pocos días antes de la incorporación prevista, me llamaban por teléfono para comunicarme que no era necesario que me presentara. Supongo solicitaban informes a la policía. Algo similar me ocurrió con la empresa Matesa de la que era propietario Juan Vilá Reyes, miembro del Opus Dei creo, y que después estaría en el centro del escándalo a finales de los sesenta por la cuestión de los telares falsos para la exportación.

Finalmente, a través de un amigo fui a aterrizar en Siemens, en su sede madrileña, en el Centro de Cálculo Informático. Pasé las pruebas y empecé a trabajar. De momento me fui solo, Maria Rosa y nuestra hija se quedaron en Barcelona porque no confiaba del todo en que aquella oferta durara. Me trasladé a vivir durante unos meses a casa de mis tíos, con los mismos que durante un tiempo habíamos estado después de volver de la RDA, pero que ya no estaban asustados pues era un ingeniero que trabajaba en Siemens, no un exilado de vuelta a España.

A los pocos días la dirección de Siemens me propuso ir a Múnich, donde pasaría un año, en cursos de formación. Parecía muy interesante, les informé que tenía total disposición pero que: "Tengo un problema... No tengo pasaporte por algunos problemas que tuve en la Universidad...", les dije. La respuesta del que me atendía fue: "No te preocupes, nosotros tenemos buena relación con la policía, lo resolveremos..." Desde luego la relación de los directivos

de Siemens con la policía debía ser muy buena, tan buena que de nuevo me despidieron. Lo anecdótico, por llamarlo de alguna forma, fue que una vez anunciado el despido, me pagaron los días del mes trabajado, pero se negaban a pagarme la liquidación (la parte proporcional de vacaciones y de las pagas extras) que me correspondía. En realidad aquello era una miseria, puesto que llevaba menos de tres meses. Se negaban porque, decían, en circunstancias como las mías nunca la habían pagado. "Pues ésta será la primera vez" les contesté, y di poderes al abogado laboralista Manolo López, del PCE y de Comisiones, y regresé a Barcelona. Se ganó la demanda en Magistratura. A Manolo le dije que cobrara sus honorarios y me mandara lo que quedara. Creo que recibí unas 5.000 pesetas, que me parecieron todo un triunfo.

25.- Comisiones Obreras y la Asociación Democráticas de Técnicos

Maria Rosa y yo, al poco de nuestra vuelta de París, nos volvimos a organizar en el PSUC. En otoño de 1965 me incorporé a una célula a la que se le denominaba de "Capas Medias", en la que estábamos organizados Albino Álvarez y Jaume Barluenga, entre otros camaradas, y por la que pasó el abogado Luis Salvadores. En los años 1965-1966 teníamos en esta célula una actividad política digamos poco interesante. Junto con antiguos compañeros de la Escuela de Ingenieros, entre ellos Rafael Casas, Josep Cornet y Miquel Coll, nos inventamos una especie de asociación, a la que denominamos "Asociación Democrática de Técnicos". Fuimos agrupando a técnicos en torno a un documento de reivindicaciones laborales y profesionales con referencia a la necesaria libertad de asociación y elección de representantes, que luego dirigimos al Gobierno. En la misma línea publiqué un artículo en "Cuadernos para el Diálogo", con cuyo equipo de redacción, concretamente con Pedro Altares, mantuve desde entonces un contacto regular. Y publiqué alguna cosa más.

Lo de la "Asociación Democrática de Técnicos" era una iniciativa relativamente modesta aunque novedosa, y debo decir que tuvo eco incluso en Madrid, donde se hicieron algunos intentos por constituir una asociación similar. Hablé de ello con Nicolás Sartorius y también con un ingeniero, Eugenio Triana, con el que mantuve una relación regular durante cierto tiempo y que después estaría en el Comité Ejecutivo del PCE.

A través de esta "asociación" de técnicos, que no se quería clandestina, nos vinculamos a Comisiones Obreras. En representación suya me incorporé a la Comisión Obrera Local de Barcelona, creo que en 1966. En ésta coincidí con Angel Abad, Ana Moya, Ubierna, Pedro Hernández y Pedro León, y particularmente con un joven trabajador de la IBM, Tomás Chicharro, con el que mantuve una estrecha relación sindical y personal. Una de las campañas de Comisiones Obreras en aquel periodo fue lo que se denominó "Operación Rastrillo", con la intención de ir creando "comisiones obreras" en el conjunto de Cataluña.

Con los compañeros de Comisiones Obreras fui estableciendo una relación de estrecha confianza, sin que el hecho de ser "ingeniero" lo dificultara en aquel momento de comprensible "obrerismo". Creo que la mayor parte de ellos sabían que yo había estado a la RDA, y suponían que era miembro del Partido, algo que evidentemente facilitaba nuestra relación. Asistía a reuniones en diferentes iglesias y también a las asambleas del Metal de la Comisión Obrera Local.

En estas asambleas se producía un serio enfrentamiento entre los militantes del PSUC y los del FOC (Front Obrer de Catalunya) y otros, de clara actitud anticomunista, entre ellos Manuel Murcia y Daniel Cando. Llegó un momento en que éstos llegaron a tener bastante influencia tanto en las asambleas del Metal como en las propias reuniones de la Comisión Local. De hecho, mi recuerdo es que las discusiones eran bastante superficiales y muy ideologizadas, con el objetivo fundamental por parte de la gente del FOC de neutralizar el papel de Tomás Chicharro, que había sido anteriormente militante de aquella organización, pero que entonces tenía un papel destacado como organizador de aquel movimiento de Comisiones y del que era conocida su militancia en el PSUC.

26.- De la “beca” del Servicio de Estudios del Urquijo al empleo en la multinacional Solvay

Despedido de Siemens, volví a Barcelona y comencé de nuevo a buscar trabajo. Pero resultaba muy difícil. Parecía que la presión de la policía se hacía notar. Después se confirmó que me tenían fichado en su lista negra para información a las empresas. Mientras, seguía haciendo algunas traducciones del alemán porque tenía todavía relativamente fresco el idioma.

Ante esta situación, aunque no le conocía, decidí llamar a Pere Duran Farell, un directivo empresarial de moda que formaba parte de varios consejos de administración. Le llamé por teléfono y sin grandes dificultades puede hablar directamente con él. Le dije: “Mire, soy ingeniero, no encuentro trabajo porque la policía me acusa de comunista y de espía de la Alemania Oriental. Esto último no es cierto. Usted es una persona conocida y creo que es inteligente como para contratar a las personas por su capacidad profesional. Quisiera hablar con usted”. Duran Farell me dijo que me recibiría y me dio cita. No llegué a reunirme con él porque mientras tanto, a través de Manuel Sacristán, me entrevisté con Ramón Trías Fargas y entré a trabajar en el Servicio de Estudios del Banco Urquijo. Informé a Pere Duran Farell de que había encontrado ese trabajo agradeciéndole su actitud.

Lo cierto es que mi trabajo en el Servicio de Estudios era una especie de beca porque suponía un amplio margen de iniciativa para proponer actividades al Servicio de Estudios y para organizar su realización. Me orienté hacia cuestiones relacionadas con la investigación operativa, como fue un estudio, encuesta incluida, sobre las posibilidades de utilizar bolsas de plástico para la recogida de basuras en Barcelona. Me encargué de confeccionar la encuesta y organizar su realización. Sin embargo no acababa de encontrar el sentido de mi trabajo.

Entonces, en 1967, por primera vez sin que resultara consecuencia de un despido, decidí buscar de nuevo empleo y a través de un amigo me dirigí a la empresa química Solvay. Allí hice las pruebas de selección, no me solicitaron demasiados antecedentes aunque tampoco me obligaron a ocultar nada. Era una multinacional belga, lo que supongo que contribuyó a tal actitud. Por lo que supe después, cuando ya había comenzado a trabajar en Solvay se presentó la policía con el consabido “informe”, pero no les hicieron caso. Me incorporé al Centro de Cálculo, que se estaba creando y que estaba ubicado en las oficinas centrales de la calle Mallorca, en

Barcelona. Se trabajaba con fichas perforadas, era un sistema entonces moderno y mi destino previsible era el de subjefe del Centro.

Dependíamos del Centro de Cálculo central de Bruselas, y allí estaba previsto que acudieran periódicamente analistas como yo y programadores de Barcelona. Yo era el único que no tenía ni podía tener pasaporte, lo que inicialmente era una dificultad profesional evidente, aunque no un impedimento para mi integración en el departamento. Realicé unos cursillos de informática, análisis y programación en IBM de Barcelona y a lo largo de varios meses me encargué de poner en práctica un sistema de gestión informatizada de los almacenes de la empresa Hules de Gavà, una fábrica del grupo Solvay. Aquel proyecto pareció funcionar y, quizás por no estar hecho sobre la base de programas estándar belgas como era habitual, resultó más rápido que otros programas equivalentes de la multinacional, lo que contribuyó a consolidarme profesionalmente en la empresa sin que hicieran mella las presiones de la policía franquista.

En 1968 viajé con frecuencia a Torrelavega para aplicar la experiencia sobre gestión informatizada de almacenes, particularmente de la gestión de compras, a la principal fábrica española entonces de la multinacional situada en esa ciudad cántabra. Me resultó una experiencia realmente interesante, aunque el proyecto parecía levantar ampollas entre los responsables de compras de Solvay por la evidente intromisión en su gestión que ello suponía.

Me alojaba en el Parador Nacional de Santillana del Mar, tenía los gastos de hotel pagados, disponía de un SEAT 125 y una dieta diaria adicional de 500 pesetas. En el año 1967 estaba cobrando un sueldo de 39 mil pesetas al mes, es decir, aproximadamente el triple de lo que cobraba un obrero especialista de la SEAT. Pongo esta comparación para subrayar que se trataba de un muy buen sueldo.

Hacia abril de 1968, me incorporé al Comité de Barcelona del PSUC, y durante unos meses lo compaginé con la responsabilidad del núcleo de mujeres del Partido y mi actividad sindical en la Comisión Obrera Local de Barcelona. Antes del 1º de mayo, lo recuerdo porque la primera actividad fue preparar una octavilla sobre ese día de acción de la clase obrera, la dirección del Partido me puso en contacto con el pequeño núcleo de camaradas de SEAT para dirigir la célula comunista de la fábrica.

V.- La clandestinidad política y personal

27.- Revolucionario profesional. Complejas y difíciles relaciones de pareja

Durante seis años, entre mediados de 1969 y 1975, como resultado de mi condición de clandestino como consecuencia del Estado de Excepción de 1969, mi actividad fue la de “revolucionario profesional”, dedicado por completo a la actividad del Partido. La dirección me “liberó” para poder llevar a cabo una serie de tareas, pasándome durante varios años 12.000 ptas. al mes, lo que me permitió dedicarme exclusivamente a la actividad del Partido. El Estado de Excepción franquista del 69 resolvió así la discusión teórica que habíamos mantenido años atrás con María Rosa.

Cuando en enero de 1969 se declaró el Estado de Excepción en todo el país, María Rosa y yo teníamos la impresión, la certeza más bien, de estar muy controlados por la policía. Pronto se produjeron decenas de detenciones, una “caída”, es decir una detención masiva de la organización del PSUC en Barcelona. La policía no detenía simplemente por estar “fichado”, sino que a través de las detenciones y las declaraciones de algunos de los detenidos pretendía ir conociendo la estructura del Partido y llegar a poder detener a la dirección.

Poco antes del Estado de Excepción, María Rosa Borràs y yo vivíamos otra vez juntos, en la calle Witardo, en el piso de la La Caixa de Pensions que años atrás habíamos conseguido alquilar. El mismo día que se declaró el Estado de Excepción abandonamos inmediatamente ese piso y con nuestra hija Ester fuimos a dormir a casa de unos amigos. A los pocos días enviamos a Ester, a través del padre de María Rosa, a casa de su hermano Alfredo en París.

Cuando comenzaron las detenciones todavía estuve yendo a trabajar a Solvay durante algunas semanas, aunque María Rosa y yo empezamos a alojarnos en diversos domicilios en busca de alguno que pudiera ser más estable y fuera del alcance directo de la policía.

Durante aquellas primeras semanas la represión hizo una extraordinaria mella en la organización del Partido. Se produjo una desbandada, por lo cual era muy difícil que, en un principio, la organización nos pudiera ayudar a buscar pisos donde ocultarnos para evitar la posible detención policial. Y tampoco era lo más aconsejable porque no sabíamos hasta donde podía llegar la policía. Lo teníamos que resolver directamente nosotros mismos a través de contactos personales.

Nos ocultamos en varios domicilios particulares de amigos, siendo aquellos unos días erráticos que pasamos yendo de un lugar a otro. En alguna ocasión, llegábamos a un piso por la noche y una hora después lo abandonábamos. En otras pudimos permanecer durante algunos días. Pasamos también algunas experiencias desagradables ante el comportamiento hostil por miedo de algunas de las personas conocidas a las que pedimos cobijo. Debo decir de todas formas que también hubo otras sorpresas muy positivas. Finalmente conseguimos instalarnos varias semanas en un piso situado en la parte alta de la calle Balmes que nos dejó un amigo, hasta que a través de una común amiga no “fichada” pudimos alquilar un apartamento que pusimos a su nombre.

María Rosa y yo ya estábamos viviendo un momento de *impass* en nuestra relación. Un día María Rosa me encontró con una compañera con la que había mantenido alguna relación esporádica y decidió romper conmigo definitivamente, optando por buscar otro lugar donde alojarse mientras yo permanecía en el piso que habíamos alquilado a través de nuestra amiga común. Antoni Montserrat, al que los dos conocíamos y con el que teníamos una buena amistad, ayudó a María Rosa a encontrar alojamiento y comenzaron una relación. Luego, con la Ley de Divorcio aprobada, María Rosa y yo nos divorciamos, ella se casó con Antoni y yo, después de varias relaciones de pareja, me casé en 1994 en Madrid con María José.

Así se materializó la primera ruptura de mi relación de pareja. A lo largo de éstos y los años posteriores tuve sucesivas relaciones de pareja. El recuerdo de esta faceta de mi vida personal es muy contradictorio. Por una parte supone el recuerdo satisfactorio de haber compartido mi vida con mujeres de las que, de casi todas, tengo un recuerdo entrañable. Al mismo tiempo, mis rupturas con ellas (que en general han coincidido con cambios, o rupturas, en la actividad política o sindical y también personal, profesional) las recuerdo como una acumulación de fracasos personales. Han sido compañeras que mucho han significado en mi vida y que en muchos casos han ejercido, o a las que he demandado, quizás demasiadas funciones y con demasiada intensidad: de pareja y amante, de confidente y amiga. Todo ello acentuado por las que creo son mis limitaciones en lo que han de ser las mutuas aportaciones en la pareja, por mi dificultad cierta en establecer relaciones más diversas y numerosas con las personas de mi entorno, acentuado además por las circunstancias y dificultades de cada momento como resultado de la actividad política, el exilio, la clandestinidad. Sumando clandestinidades en definitiva. María Rosa Borràs, Rosa Turell, Eugenia Hortelano, Ascensió Solé y María José González. Mucho compartí con ellas, casi todas las aventuras cuyo recuerdo he traído a estas y próximas páginas. Con María Rosa, madre de nuestra hija, mi hija mayor Ester, la actividad universitaria, clandestina y pública, y el exilio en la RDA; con Rosa, madre de nuestro hijo Marc, la clandestinidad de la “orden de busca y captura” y el trabajo político con los trabajadores de SEAT y otros; con Eugenia mi crisis en el PSUC y el trabajo en el despacho laboralista de Albert Fina y Montserrat Avilés; con Ascensió el trabajo en Comisiones Obreras; con María José, madre de nuestra hija, mi hija pequeña Lucía, mi madreileñización. Con todas ellas me hubiera gustado ser capaz de compartir mi vida, toda mi vida. Pero no fui capaz. Con casi todas he mantenido posteriormente una relación de amistad y afecto.

28.- El “Estado de Excepción” de 1969, inicio de una nueva etapa

En las primeras semanas del Estado de Excepción detuvieron a Rafael Casas, Josep Cornet y Miquel Coll Alemany, de planteamientos políticos entonces diversos, y con los que yo mantenía una estrecha relación a través de la Asociación Democrática de Técnicos, que desapareció precisamente como consecuencia de aquella oleada represiva, todos ellos firmantes del documento que habíamos presentado públicamente en 1966. El ingeniero Rafael Casas estaba en una célula de Intelectuales del PSUC.

Consideré esas detenciones como muy próximas y decidí no sólo seguir viviendo fuera del alcance de la policía sino también dejar de momento el trabajo en Solvay hasta ver qué pasaba.

Quedaron muchas hojas manuscritas de mis investigaciones, apuntes y propuestas sobre los almacenes de Torrelavega, creo que algunas mecanografiadas. Anotaciones sobre el proyecto de informatización de la gestión de almacenes que no he sabido después si resultaron inteligibles y útiles para el proyecto que inicié.

La empresa tuvo un comportamiento digno de elogio, puesto que, después de haber rechazado antes las presiones de la policía, en esa coyuntura, desaparecido de mi puesto de trabajo sin más explicación, me estuvo pagando el sueldo por transferencia bancaria durante bastantes meses. Incluso me ingresó la paga de beneficios del año anterior y con ella pude comprar un Citroën “dos caballos” de segunda mano que se convirtió en buena medida en un instrumento fundamental en mi trabajo político, precisamente en un difícil momento de reconstrucción de la organización.

Fueron unos meses duros y al llegar el verano el Partido me ofreció pasar el mes de agosto en la RDA. Se trataba de un sistema de descanso previsto para los miembros del aparato clandestino de la dirección del PSUC que suponía la posibilidad, una vez cada 2 años, de pasar un mes en un país “socialista”. Volví a disfrutar de ello dos veces más con Rosa Turell, primero solos en la URSS, y luego, recién nacido nuestro hijo Marc, en Rumania.

Ese año 1969, con la propuesta de viajar a la RDA, acordamos con María Rosa recoger a nuestra hija Ester en París y pasar las vacaciones juntos. Volvimos a la Alemania Oriental unos años después de nuestra marcha, en esta ocasión de visita. Fue un viaje del que conservo un muy buen recuerdo. Formábamos un grupo de extranjeros a los que nos llevaron de forma organizada a varios lugares. En este viaje coincidimos con el dirigente de CCOO Ángel Rozas, que hacía poco se había tenido que exilar a Francia con su mujer Carmen.

Primero visitamos Leipzig y después proseguimos hacia otras ciudades. Tuvimos muchas discusiones, acentuadas porque hacía solo un año que las tropas del Pacto de Varsovia habían invadido Checoslovaquia y asesinado el intento de un “socialismo con rostro humano”. Muchas discusiones pues, tanto entre los diferentes miembros del grupo de privilegiados veraneantes de los aparatos comunistas como con los propios alemanes que nos acompañaban. Estaba muy reciente 1968, tanto en París, como en Checoslovaquia.

Recuerdo que en aquel viaje se produjo un intenso debate sobre sindicalismo en los “estados obreros”. Hacía poco que a través de un texto de Roger Garaudy en un librito francés editado por PUF descubrí una cita muy interesante del tomo 23 de las obras completas de Lenin en su polémica con Trotski sobre cuestiones sindicales. Se trataba de algo así como que la huelga podía tener sentido en un Estado Obrero, contra ese Estado, precisamente para hacer frente a las tendencias burocratizadoras de los dirigentes del Partido, y Lenin lo afirmaba contra los planteamientos trotskistas de poner los sindicatos a las órdenes del Partido y del Gobierno, “militarizarlos”, un planteamiento que Stalin aplicó luego a la vez que perseguía a los trotskistas. Los dirigentes del Partido de la RDA, el SED, que tutelaban nuestro viaje, no podían creer que Lenin hubiera dicho y menos escrito tales herejías, pero yo me acordaba que era en el Tomo 23

de sus Obras Completas, y, con gran sorpresa por su parte, encontramos esa cita. Creo recordar que así terminaron nuestros debates.

Vimos Leipzig, y luego estuvimos unos días en la playa y otros en la montaña... Los recuerdos que tengo de aquella visita no me cambian la imagen que de la RDA me había formado mientras estuvimos viviendo en ella durante dos años. A lo largo de aquellas semanas, Maria Rosa y yo estuvimos a punto de volver a rehacer nuestra relación pero no cuajó, y después, cuando volvimos a Barcelona, la separación fue definitiva.

De vuelta a Barcelona a finales del verano me reincorporé a la actividad política. Los datos procedentes de la cárcel, recogidos a través de los abogados, confirmaron que la Brigada Social me seguía buscando. Consideré, de acuerdo con el Partido, que no podía ya volver al trabajo en Solvay, y así pasé a convertirme en un clandestino. La orden de "busca y captura" parece que caducaba formalmente con el final del Estado de Excepción, pero luego supe también que a raíz de una multa no pagada que me habían impuesto por haber firmado uno de los documentos públicos que hacíamos pidiendo amnistía, libertad, etc., me volvieron a colocar en tal situación hasta 1976.

29.- Nace el "Camarada Camps"

Antes de 1969 yo había firmado algún documento editado por el PSUC con el nombre de "Ignasi Balcells", pero sería poco más tarde cuando mi nombre "de guerra", y por el que fui conocido desde entonces en la organización del PSUC, fue "Camps", aunque mi nombre oficial como miembro del Comité Ejecutivo del PSUC, de su Secretariado, y del Comité Central del PCE, sería "Ignasi Bruguera", como consta en la documentación oficial del PCE y con el que firmé algunos trabajos. Se buscaban en general nombres de Partido con las mismas iniciales del nombre real. A partir de entonces, formando parte del Comité de Barcelona como responsable de organización junto con Miguel Núñez, "Saltor", como responsable político, desarrollé una intensa actividad en el Partido. De hecho Miguel Núñez y yo, creo que puede afirmarse con absoluta certeza, reconstruimos el PSUC en la ciudad de Barcelona partiendo de todas las incertidumbres que dejaba la detención de más de 100 camaradas en la "caída" de 1969.

Hasta prácticamente el inicio de la transición política simultanéé las tareas de organización en el Comité de Barcelona del PSUC y la responsabilidad concreta del trabajo político en SEAT, particularmente la dirección del trabajo "sindical" de la fábrica desde el Partido. A partir de 1973, tras el III Congreso del Partido, como miembro también del Secretariado del CE del PSUC, llevé durante algunos períodos la responsabilidad del movimiento obrero en Catalunya desde la dirección del Partido. El "Secretariado", constituido por 6 personas (Gregorio, el Guti, Miguel Núñez, Serradell –Román-, JM Clariana y yo) era el órgano de dirección efectiva y regular del Partido.

SEAT era una empresa única por sus dimensiones y características. Constituiría un icono de la industria catalana y española, y se convirtió también en referente de fortaleza obrera para el conjunto del movimiento obrero español en el periodo 1971-1975. Y además constituyó mi personal aprendizaje de sindicalismo. Los más de 100 números de "Asamblea Obrera" de esta etapa

creo que constituyen un material esencial para el estudio del sindicalismo en los últimos años del franquismo. También de la relación entre actividad sindical y actividad política. Y, lo digo sin falsa modestia, mi intervención personal en este proceso fue esencial. Y SEAT fue muy importante desde la perspectiva del movimiento obrero y de la acción democrática en Catalunya. También para mí, hasta el punto de que aún hoy considero esa etapa como probablemente la más completa y satisfactoria de mi vida desde las perspectivas política y sindical, es decir profesionales.

Las COMISIONES OBRERAS
de SEAT informamos:

SEAT: OBREROS - HUELGAS TOTAL
MANIFESTACIONES - ABANDONO

SOLIDARIDAD CON NUESTRA LUCHA EN FÁBRICA Y EN LA UNIVERSIDAD,
EN LAS CIUDADES OBRERAS Y EN LA SALUD DE TODA LA POBLACION

ESTE ES EL OBJETIVO DE LA LUCHA OBRERA !!

ESTE ES EL OBJETIVO DE TODO EL PUEBLO !!

- RESOLUCION DE TODAS LAS OBREROS
- ANULACION DE TODAS LAS SANCIONES IMPUESTAS DE LA FÁBRICA
- LIBERTAD DE TODOS LOS DEPORTADOS - AMPLIACION RESPONSABILIDAD EXTERNA CONTRA LAS RESPONSABILIDADES DE LA OBRERA Y SUS FAMILIARES
- 3,000 Ptas DE JUBILACION INMEDIATA DE SALARIO + 48 HORAS A LA SEMANA - SERVICIO DE JORNADA + ANULACION SERVICIO OBRERA
- DEMOSION DEL DIRECTOR CON LOS AUTENTICOS REPRESENTANTES DE LOS TRABAJADORES ELECCION EN ABANDONO + AFIRMACION DEL GOBIERNO DE LAS CANTONALES, EN CONTRA GENERAL DE TRABAJADORES

ABAJO LA DICTADURA! LIBERTAD!!

A LA HUELGA GENERAL!!!

Durante aquellos meses conocí a Rosa Turell, militante del Partido que trabajaba en el sector sanitario, en la Residencia Sanitaria Francisco Franco, es decir, en lo que hoy es el Hospital de la Vall d'Hebron. Era la responsable de Sanidad en el núcleo sindical del PSUC de Barcelona. Al poco tiempo nos fuimos a vivir juntos. En un primer momento en el barrio de Sarrià y después nos trasladamos en 1971 a Sant Just Desvern.

Mi antiguo compañero del Liceo Francés, Ricardo Bofill, un arquitecto entonces ya muy conocido, nos facilitó, a través de Miguel Núñez, una de las viviendas en las que permanecimos Rosa y yo durante gran parte de los primeros años setenta. Se trataba de una de las casas

donde se construiría, a partir de 1973, el emblemático edificio Walden 7. Nuestra vivienda era uno de los antiguos chalets de los técnicos de la fábrica de cementos en cuyos terrenos se levantaría aquel edificio. Y allí nació Marc, fruto de la relación que mantenía con Rosa. En el chalet vecino vivía la familia de Nati, una valenciana que había sido la nodriza de Ricardo, una mujer extraordinaria que perdió en la guerra a su primer marido y que nos ayudó mucho en aquella etapa sin saber ella exactamente de qué se trataba, pero intuyendo perfectamente las razones de nuestra presencia allí. Me conocía como "Luis", ya que desde que leí las memorias de Richard Sorge, "Orquesta Roja", comprendí que los nombres falsos de la actividad política

y los personales no deben coincidir, y como “Luis Rovira” pedí que me “indentificara” la fábrica de DNIs falsos del Partido. Nati me enseñó además a cocinar la paella, lo que practico desde entonces con éxito apreciable.

En aquella vivienda tuvimos durante bastantes meses dos máquinas de ciclostil, que habían pasado por la casa de varios trabajadores de SEAT, entre ellos la de Silvestre Gilaberte, dirigente comunista y de CCOO de SEAT. Editábamos la propaganda de SEAT, principalmente “ASAMBLEA OBRERA”, órgano de las CCOO de SEAT, de las “comisiones obreras” más bien, y siempre con el subtítulo de “órgano de los trabajadores de SEAT”. Editábamos también el boletín “Luchas Obreras”, que utilizaba como instrumento de información, organización y orientación interno del Partido. Rosa Turell me ayudó mucho en esta etapa en la edición de estos materiales y en la preparación de los pequeños paquetitos de “ASAMBLEA OBRERA” que así entraba en la SEAT dentro de los bocadillos.



La vida clandestina era bastante particular, muy intensa siempre. Mis contactos con la organización del PSUC, y con trabajadores de SEAT, eran muy numerosos y diversos, con la particularidad de que ninguno de ellos debía conocer, ni conocía, la residencia de los contactos “hacia arriba” en ningún ámbito de clandestinidad, sea de CCOO o del Partido. Yo tampoco. De nuevo, como en experiencias anteriores aunque muy distintas, se trataba de saber convivir con el aislamiento.

Durante estos años setenta estuve muy cerca de bastantes de las manifestaciones que tuvieron lugar en las calles de Barcelona. No podía participar en ellas por razones de seguridad. Pero

me acercaba utilizando el coche (otro “Dos Caballos”) y una pequeña radio acoplada al mismo y preparada para sintonizar la emisora de la policía, lo que me permitía un seguimiento de muchas de sus intervenciones en la calle con una relativa seguridad.

A través de una emisora francesa, desde la radio del coche conocí el asesinato en abril de 1973 del trabajador de la Térmica, Manuel Fernández Márquez a manos de la policía, cuando ésta disparó contra la manifestación de los trabajadores en huelga, en las vías del tren de Sant Adrià del Besòs. Ello nos permitió ponernos a trabajar José Luis López Bulla, Paco Frutos y yo sobre el tema, antes de que nos llegara la noticia por las relaciones clandestinas de Partido y antes de que los medios franquistas informaran, mal, de lo sucedido.

En mi casa conservaba como ya señalé un carnet de identidad falso, con el nombre de "Luis Rovira", por si en alguna ocasión pudiera necesitarlo para identificarme. Y como tal me conocían los pocos vecinos de aquella vivienda en San Just sin relación directa con mi trabajo clandestino. Sin embargo, como fue imposible (todavía hoy no sé porqué) falsificar el carné de conducir, el coche que compré a nombre de mi compañera Rosa lo conducía utilizando mis auténticos carnés de conducir y de identidad. Los llevaba separados del carné falso para no cometer errores, aunque nunca se produjo ningún imprevisto por esta cuestión.

Viví la situación de clandestinidad y aislamiento personal sin demasiados problemas, a lo que seguramente contribuiría que por lo general he sido siempre una persona bastante solitaria, sin necesidad de establecer demasiadas relaciones sociales. Tampoco era recomendable en aquella situación mantener demasiados contactos. Sin embargo, si bien distinguía entre la relación de amistad y de trabajo, la propia dinámica de la militancia provocó que debido a las reuniones y a los contactos necesarios en las tareas políticas estuviera en bastantes casas de militantes, con relaciones personales, de afecto y amistad, con algunos.

Tenía además las llaves de las casas de todos los responsables de organización y/o políticos de las células del Partido en Barcelona, y muchas veces las utilizaba para llevarles materiales o consignas por la mañana, antes de que se levantaran. Frecuentaba con mucha asiduidad la casa Silvestre Gilaberte, el dirigente del Partido y de CCOO en SEAT. En aquella época también tuve una relación muy próxima con "Antonio", cuyo nombre real era Pedro Pérez, un militante del Partido que pasó a formar parte del Comité de Barcelona con una actividad muy ligada al movimiento obrero en la ciudad. Era el encargado de llevar, entre otras, la relación con el núcleo de trabajadores de la Hispano-Olivetti donde se desarrolló también una muy interesante experiencia de actividad sindical abierta dirigida desde el Partido, siendo Luis Lana el dirigente obrero público de la misma.

Mi relación fundamental durante gran parte de aquellos años era con Miguel Núñez, "Saltor", el responsable político de Comité de Barcelona del PSUC. Solamente él conocía la vivienda donde yo residía, aunque yo no conocía donde él vivía como establecían las normas de seguridad. Miguel venía a visitarme a menudo y en algunas pocas ocasiones también lo hacía Gregorio López Raimundo. Pero absolutamente nadie más del Partido sabía de ella.

30.- La Agiprop: un instrumento esencial

Tengo un recuerdo muy nítido de mi mesa de trabajo durante aquellos años, llena de papeles en un desorden ordenado que me permitía encontrar con bastante facilidad lo que buscaba. También estaban los sobres con las cotizaciones que recogía de las diferentes organizaciones de Barcelona y que después liquidaba con Miguel Núñez. La verdad es que no perdí nunca ningún documento importante, aunque aquello no dejaba de ser una muestra de la fragilidad “administrativa”, por decirlo de algún modo, en la que nos movíamos. Complementariamente a la red de organización que pasaba a través mío, contábamos con una estructura paralela para Barcelona dedicada a la distribución de la propaganda y que nutría directamente las diferentes estafetas, en general una por organización sectorial o de barrio, más algunas sectoriales o específicas, como la de SEAT y las de la Universidad, “intelectuales”, etc.



Durante aquella etapa, en ocasiones me tenía que levantar muy temprano para encontrarme con algunos de los dirigentes obreros de SEAT y entregarles algunos de los folletos, la “propaganda”, que había confeccionado en mi domicilio y que ellos llevaban a los talleres. Para ello algunas veces acudía a primera hora a Plaza España para contactar con algunos de los que se trasladaban a la factoría de Zona Franca en los autobuses de la empresa y que llegaban en el primer metro de la mañana.

Me encargaba también de sacar, escribir e imprimir, el Boletín “Luchas Obreras” cuyo número 0 apareció en noviembre de 1973. Empezó siendo un instrumento de la Secretaría de organización del Partido en Barcelona que trasladaba prioritariamente a los cuadros obreros, también a los dirigentes de las diversas estructuras del PSUC en la ciudad. Luego a

los camaradas del núcleo sindical de Catalunya cuando asumí la responsabilidad desde el Comité Ejecutivo, y cuya elaboración compartí posteriormente con la dirección de la CONC

hasta que lo “traspasé” plenamente. Era lo que Gregorio denominaba “el órgano de Camps”. En la última etapa se le incorporaron las ilustraciones de “El Zurdo”, después, “L’Esquerrà”, Lluís Juste de Nin, hoy un diseñador famoso. “Luchas Obreras” convivió durante años con el “Lluita Obrera”, que venía editando la Comissió Obrera Nacional de Catalunya a partir de 1972. Ambas publicaciones se distribuyeron hasta noviembre de 1975, cuando “Luchas Obreras” desapareció a raíz de las medidas disciplinarias por las que se me apartó de toda actividad interna de Partido. Inicialmente se distribuía a través del Partido, pero tiempo después su distribución se combinaría entre la del PSUC y la propia estructura organizada de Comisiones.

Para la confección del “Luchas Obreras” se fue formando un grupo de colaboradores. Además de “El Zurdo”, recuerdo también a “Jaime Aznar”. Se trataba de Jorge González Aznar, un antiguo líder estudiantil madrileño y periodista que en aquella época, hacia 1972, había llegado a Barcelona después de su exilio en París. También Antoni Luchetti, que, por lo que yo conozco, no estaba entonces en el Partido, pero colaboraba muy estrechamente tanto con el Partido como con Comisiones. Creo que tanto Jaime Aznar como Tono Luchetti también formaban parte del equipo del boletín de prensa de información alternativa a la oficial, la “Agencia Popular Informativa”, conocida por “API”, con la que yo tenía alguna esporádica relación a través de Andreu Claret y el fotógrafo Jordi Socias.



Por otro lado, también desarrollaba un trabajo ocasional de elaboración de documentos de reflexión, de comentarios sobre los acontecimientos más recientes de la lucha política, notas obreras o algunos trabajos más amplios, la mayoría de ellos destinados para su publicación

en "Trellal", el órgano del Partido en cuyo comité de redacción yo participaba regularmente, particularmente en la etapa que lo dirigía Joaquím Sempere. Alguna vez para "Mundo Obrero". Trabajos que cuando los firmaba, no siempre, era como "Ignasi Bruguera", el nombre que había adoptado como miembro del Comité Central del PSUC y del PCE.

Como experiencia de particular interés me parece necesario destacar "Asamblea Obrera". Era el órgano de Comisiones Obreras de SEAT, pero era sobre todo un instrumento de organización y de dirección de la acción obrera en la fábrica, tanto por sus formas de distribución como por sus contenidos. Podían ser informaciones del día anterior que se conocían al día siguiente en la fábrica a través de la labor de los cuadros de Comisiones y de los 1.000 a 2.000 ejemplares que se distribuían en la fábrica. En general era un folio por las dos caras, pero en ocasiones podía consistir en la clásica "octavilla", también medio folio. Y alguna vez varios folios si se trataba de realizar un cierto balance, como en el número 100 de septiembre de 1974 que constaba de 15 folios. Salieron 134 números entre enero de 1970 y mayo de 1975, momento en que se me apartó desde el Partido de toda responsabilidad. Creo poder afirmar que yo redacté el 90 % o más de estos 134 números, a veces a partir de notas escritas por Silvestre y muy ocasionalmente por otros militantes obreros, pero siempre a partir de las conversaciones con ellos. Lo que formalmente era una total "manipulación" por el Partido, por el "camarada Camps", nunca fue objetado por los dirigentes obreros de la fábrica que, creo, se sentían muy identificados con sus contenidos. La elaboración de "Asamblea Obrera" de SEAT constituye en realidad una parte esencial de mi aprendizaje de sindicalismo.

Editábamos también un "Boletín de Solidaridad" que nació desarrollando lo que empezaron siendo unas notas en "Asamblea Obrera" sobre la recogida de fondos en la fábrica. Hasta 1975 se recogieron casi 10 millones de ptas. En este boletín se daba cuenta detallada de las aportaciones y de los gastos. En torno al 40 % correspondía a aportaciones de trabajadores de la fábrica, y a cada uno, individuo o grupo, se le pedía como quería verlo reflejado en el boletín. Se señalaban también los gastos: papel, tinta, ..., y el salario de 1 a 3 liberados de la fábrica, que percibían 12.000 ptas. al mes, como yo en el Partido. Un 30 % aproximadamente del dinero procedía de Italia, donde Carlos Vallejo y Adriano Maseda permanecieron bastante tiempo explicando la movilización obrera en SEAT y la lucha obrera y democrática en España, también impulsando la solidaridad.

Y como complemento, debo señalar la publicación de "El Comunista", órgano del PSUC de la SEAT, del que publicamos, bajo mi responsabilidad, 9 números, dedicados todos ellos a un balance político de las movilizaciones de la fábrica y de su relación con la acción política antifranquista. También me encargué de manera especial de la confección de algunos materiales del Partido, sobre todo en relación con la lucha obrera en Barcelona y particularmente en SEAT. Algunas veces eran folletos, en otras ocasiones se trataba de documentos de discusión internos. Especial cariño le tengo a mi primera incursión en esta actividad, con un folleto sobre las huelgas y asambleas del Baix Llobregat, creo que en 1970, y que firmé como "Ignasi Balcells", pues aún no era "Ignasi Bruguera".

31.- 1971: De vacaciones a la URSS y visita a Pasionaria

Como ya señalé, a las personas del aparato el Partido se nos enviaba, cada dos veranos, un mes de vacaciones a un país del Este. Ya he dicho que en 1969 había vuelto a la RDA junto con Maria Rosa Borràs y nuestra hija Ester. En 1971, ya con mi compañera Rosa Turell, mi destino fue Moscú y el Mar Negro. Todavía habría un tercer verano “socialista” en Rumania, con Rosa Turell y mi hijo Marc recién nacido.

Al llegar a Moscú se produjo una falta de conexión en el aeropuerto con la persona encargada de venir a buscarnos. No se presentó nadie. Con el pésimo inglés que chapurreaba me dirigí a uno de los funcionarios del aeropuerto para comunicarle que estaba invitado por el Comité Central del PCUS. Primero parecía que no me entendía, lo que era lógico porque su escaso inglés no coincidía con el mío, pero además mostraba su incredulidad sobre la información que pretendía darle, porque lo de “Comité Central” sí se entendía. Me costó bastante rato convencerle de mi invitación, insistiéndole que quien me invitaba no eran las juventudes, el “Konsomol”, palabra común de fácil comprensión también, como él señalaba como posible, sino el Comité Central, pues parece que me consideraba demasiado joven para tamaño honor. Finalmente, ya no recuerdo cómo, logramos contactar con el Comité Central, el del PCUS, y todo marchó sobre ruedas. Antes de llegar a las playas del Mar Negro hicimos una breve estancia en Moscú. Fue la primera vez que estuve en aquella ciudad, una estancia realmente breve. A lo largo de la visita tuve en algún momento una sensación extraña respecto del trato, formalmente cordial, que nos daban. Debe tenerse en cuenta, y esto en parte explicaría aquella sensación, que hacía tres años que el PCE había condenado la intervención soviética en Checoslovaquia (aunque no lo había hecho ante hechos similares sucedidos en Hungría en 1956).

Supongo que como muestra de solidaridad, nuestros anfitriones nos llevaron a visitar los grandes almacenes de Moscú, los Gum, y me compraron un traje gris, una camisa blanca y una corbata de no sé qué color. No recuerdo qué le adjudicaron a Rosa. Me los puse allí un día y creo que nunca más los volví a utilizar. Eran, o me parecían, muy feos, y supongo lo serían porque los camaradas que diseñaban la ropa “socialista” no querían que se pareciera a las modas decadentes de los países capitalistas.

Para explicar la sensación extraña a que me he referido antes, no descartaría que a mis propias percepciones del momento, se sumara el cansancio que arrastraba de nuestro debate en España sobre la primavera de Praga, además de otros aspectos del “socialismo real” que ya comenzaban a cuestionarse.

Hicimos también la obligada visita al mausoleo de Lenin en la Plaza Roja y toda la parafernalia que le rodeaba. Nos acompañaron nuestros escoltas y no tuvimos que ponernos en la larga cola que esperaba. Nos colamos, nos colaron, como si de unos “jerarcas” se tratara (entonces sí sabían que éramos invitados del CC). El paseo por Moscú fue realmente breve.

La intérprete que nos acompañaba nos preguntó si queríamos visitar a Dolores Ibarruri. Naturalmente le dijimos que sí, que nos gustaría mucho, y nos llevó a verla. Yo la había conocido

antes, en las reuniones del Comité Central del PCE, aunque no mantuve con ella ninguna relación más personal. Dolores asistía a casi todas las reuniones de aquel órgano del Partido donde, por cierto, rehuía la adulación; con ella no se formaban en esas reuniones las colas para el besamanos, como sí sucedía con Santiago. Conocerla ya me había impactado antes. Había leído cosas sobre ella, había oído hablar de la figura de la “Pasionaria”, de su buena oratoria que había comprobado en las reuniones y escuchado en algunos videos históricos, comprobando que su capacidad de improvisación desmentía lo que en algunos ambientes se decía, de que le redactaban los discursos. Tenía ya una cierta idea del personaje, pero tratarla ahora a ese nivel más personal me impactó muchísimo. Me confirmó mi impresión de persona sencilla en su comportamiento. También desde un punto de vista intelectual me pareció una persona con mucha lucidez, conocedora de sus propias limitaciones, con razonamientos a veces simples, pero acertados, y valientes. Y además con un muy sorprendente dominio del idioma castellano, no sólo en los discursos sino también en la cordial tertulia en el saloncito de su domicilio. Con una notable inteligencia política. No se debe olvidar que si Dolores, que entonces vivía en Moscú, hubiese adoptado una posición diferente a la de la dirección encabezada por Carrillo respecto a la denuncia de la invasión de Checoslovaquia por los tanques soviéticos, en el PCE se hubiera producido una ruptura brutal.

Dolores vivía en unos pisos vigilados por la policía soviética, para protegerla y, al mismo tiempo, para vigilarla, a ella y a los demás dirigentes comunistas de otros países que allí vivían ocasional o permanentemente. Jorge Semprún en la “Autobiografía de Federico Sánchez” (con el que ganó el Planeta y que me desagradó profundamente no tanto por lo que cuenta, que creo se ajusta bastante a la verdad, sino por el tono) describe en buena medida esta situación de control y vigilancia de las autoridades soviéticas en estas casas protegidas. Nos acompañaba la intérprete de ruso, aunque para hablar con la “Pasionaria” evidentemente no la necesitábamos. En un momento de la conversación fue al lavabo y Dolores, en un tono de voz muy bajo, nos dijo a Rosa y a mí: “Cuidado con ésta que es de la KGB”.

Fue un encuentro personal muy agradable. Dolores nos regaló unas cucharillas que lamento haber perdido después, supongo en uno de los diversos cambios de domicilio.

Después viajamos al Mar Negro. No nos asignaron una “dacha” (aquellas residencias de cierto lujo estaban destinadas a los más altos dirigentes), nos hospedamos en un hotel de la costa, como correspondía a los miembros de un segundo nivel de la “nomenclatura” que éramos. Fue la primera vez que me hacían un electrocardiograma, algo que formaba parte del protocolo establecido en el balneario, donde además se tomaban baños de barro y de otro tipo. Incluso llegó un momento que querían obligarnos a hacer ejercicios gimnásticos con la intención de fortalecernos físicamente o para adelgazar, pero nos negamos. Tanto Rosa como yo estábamos entonces muy delgados para aquello, estábamos convencidos de no necesitarlos como otros de los huéspedes del balneario. Lo cierto es que nos cuidaron muy bien. Con comidas espléndidas, salmón, caviar y una cocina abundante y bien surtida.

Sin embargo, no tuvimos mucho trato con la gente de la zona. Era un balneario de donde era casi imposible salir. De hecho, nada más llegar nos recogieron los pasaportes y no nos lo devolvieron hasta que nos fuimos del país. La puerta del balneario no estaba cerrada, pero nos advirtieron que era peligroso salir sin documentación. La única relación que podíamos establecer fue con el propio personal de las instalaciones. Aquella gente parecía resignada, pero no contraría a la situación. A pesar de todo ello, la impresión entonces fue que el país estaba bien, que la sociedad rusa, en términos generales, vivía bien, aunque sólo era una visión muy superficial de la Unión Soviética. El balneario parecía un oasis, pero éramos conscientes de que aquello no era el país real, al que no llegamos a conocer. Tengo la impresión, de todas formas, que Moscú en 1971 no estaba tan deteriorado como posteriormente, después de la implosión soviética. Rumania, adonde viajé en 1973 en otro viaje de descanso como miembro de la dirección del PSUC junto con mi compañera Rosa y nuestro hijo Marc, mostraba una situación mucho más degradada bajo la dictadura de Nicolas Ceaucescu.

32.- El “Camarada Saltor”, trabajo y lucha en común

Conocer a Dolores Ibarruri me había impresionado profundamente. Una impresión similar provocó en mí, poco antes, conocer a Miguel Núñez, un veterano dirigente comunista que había hecho la guerra e intervenido en las guerrillas, en ambos casos como comisario político, creo que fue el más joven en la guerra. Había sido detenido y torturado en numerosas ocasiones y había pasado varios años en las cárceles y penales franquistas. Desde un primer momento nuestra relación estuvo marcada por el hecho de que Núñez era una persona de prestigio en el Partido, un prestigio histórico y merecido. Casi inmediatamente se convirtió en el “camarada Saltor”, el máximo responsable, el Secretario político del Comité de Barcelona del PSUC. Era el camarada con quien más estrechamente trabajé.

Yo sabía que él había tenido una vida intensa, una larga trayectoria: desde comisario político, creo que a los 18 años, durante la guerra, su posterior vinculación con las guerrillas, la clandestinidad en Francia y el paso de la frontera... Surgían ocasionalmente mil historias sobre su pasado, pero donde llegué a apreciarle profundamente fue en el trabajo diario de estos primeros años setenta en los que, con bastante esfuerzo, y creo que con suficiente energía y acierto, reconstruimos nuestra organización en Barcelona,

Como he dicho antes, mi relación más estrecha en estos años fue con Miguel Núñez. Núñez ha sido una persona muy importante en mi vida, y con él mantuve una muy buen relación en todos aquellos años. Puede afirmarse que se ganó el absoluto respeto por parte de la gran mayoría de la militancia comunista de Barcelona, pues tuvo una relación directa con prácticamente toda la organización. Además de esta confianza, mostró tener una gran capacidad de liderazgo. Yo le conocí en 1968, Miguel acababa de cumplir condena en el Penal de Burgos y al poco tiempo se incorporó a la dirección del PSUC en un momento bastante complicado. En la última etapa se habían producido diferentes detenciones y la organización estaba fuertemente debilitada internamente debido a las polémicas ideológicas que se vivían, la última con la escisión que dio lugar al PCI. Su incorporación como responsable político del Comité de Barcelona se produciría poco antes del Estado de Excepción de 1969.

Viví con él, los dos con órdenes de busca y captura, las muchas detenciones de militantes comunistas de Barcelona, un centenar largo, durante los meses posteriores. Al margen de la cifras, de lo que no hay duda es que la represión desatada dañó muy seriamente a la organización. A partir de entonces, desde el Comité de Barcelona se tuvo que llevar a cabo la reorganización del Partido que, desde mi punto de vista, se hizo con mucho acierto bajo la dirección de Miguel Núñez. Para poder hacerlo fue esencial su capacidad de generar confianza, su voluntad y estímulo para trabajar, su carisma personal, y su experiencia política. Fue una tarea que duró años durante los cuales nuestra relación se hizo más estrecha, más personal. Era un contacto frecuente el que mantuvimos. Podría decirse que casi de normalidad, puesto que solíamos pasar juntos la Navidad y las fiestas, celebrándolas con su mujer Tomasa Cuevas y mi compañera, Rosa. A su muerte escribí unas notas y luego intervine en el homenaje que le organizamos en Barcelona: <http://iboix.blogspot.com.es/2008/11/adios-miguel-miguel-nez-mi-jefe-mi.html> y <http://iboix.blogspot.com.es/2011/11/la-dignidad-de-la-politica-homenaje.html> A ellas me remito para completar estas páginas.

33.- SEAT: Mi aprendizaje y prácticas de sindicalismo

Como ya señalé antes, en 1968 me incorporo al Comité de Barcelona y al poco me asignan la responsabilidad del pequeño núcleo comunista de la SEAT de 3 camaradas: Rufino Vas, Silvestre Gilaberte y Faustino García (“el pequeño”). Durante el año 69 empezamos a establecer algunos contactos con restos de organizaciones del PSUC de años atrás, y sobre todo unas primeras iniciativas, algunas octavillas, y las primeras asambleas en los talleres de esta nueva etapa. La primera la organizó Faustino en el Taller 4 rifando un despertador y explicando que era para recoger fondos solidarios para la acción y la elaboración de la plataforma reivindicativa para el convenio.

El 2 de enero de 1970 salía el nº 1 de “ASAMBLEA OBRERA” que redactamos ellos tres y yo en el dormitorio de Rufino, decidiendo el título para subrayar las formas necesarias para organizar la acción colectiva de los trabajadores. Y pronto se produjeron los primeros despidos, 10, entre ellos Rufino Vas, como respuesta de la empresa al proceso de movilización en marcha. Despidos que no paralizaron la movilización sino que le incorporaron un nuevo objetivo, la readmisión de los despedidos, que tan importante fue ya permanentemente en los años siguientes.

Recogida de firmas, asambleas, paros, huelgas, ..., con reivindicaciones concretas en relación con los salarios, la prima, el turno de noche, ..., y elecciones sindicales con rotundas victorias de las candidaturas presentadas por CCOO, en las que ya en 1971 las encabezaban Silvestre, Varo y Vallejo desde la cárcel. La exigencia de readmisión del grupo dirigente de los jurados de empresa elegidos en la primavera y despedidos al poco tiempo llevó a la ocupación de la fábrica por los trabajadores el 18 de octubre del mismo año, con entrada de los “grises” a caballo y disparando, lo que ocasionó la muerte del trabajador Antonio Ruiz Villalba de un disparo en el vientre. La ocupación se prolongó durante toda la jornada, con los trabajadores encerrados en el Taller 7, dirigiendo la acción Pedro López desde dentro, con Silvestre y yo coordinándola desde fuera con los que no habían podido entrar o iban saliendo, en un intento de darle continuidad los días siguientes como efectivamente conseguimos.

El 18 de octubre de 1971 significó un salto cualitativo en la acción obrera en Catalunya. En SEAT la represión del mismo día 18, seguida de 170 despidos y 74 detenidos, provocó 15 días de huelga en la fábrica, con el apoyo de acciones de huelga, paros y asambleas en numerosas fábricas de toda Catalunya. Logramos la anulación de todos los despidos (creo que transformados en alguna sanción) y la libertad de todos los detenidos, sin que la policía lograra desarticular nuestra organización a pesar de que entre los detenidos había muchos militantes del PSUC, pero que no lo habían sido en tanto que tales sino como dirigentes de la acción.

Desde ese momento se desarrolló una permanente y consciente relación solidaria entre las acciones en SEAT y en el conjunto del movimiento obrero en Catalunya, también en las grandes movilizaciones obreras españolas: La Térmica del Besós, ELSA, SOLVAY, HG del Baix, Granada, Vigo, Pamplona, Todo un proceso que culminó en la larga, dura y compleja huelga de SEAT del invierno 74-75, y que tantas repercusiones tuvo, colectivas e individuales, también para mí.



La continuada movilización en SEAT me facilitó además dos experiencias concretas. Una la relación con Socías Humbert, delegado del sindicalismo vertical en Barcelona. Después de haberme recibido en su despacho mientras estaba en orden de busca y captura para una discusión más teórica sobre el franquismo y su crisis, negocié con él por teléfono (los de monedas desde la calle) el posible final de la huelga 74-75, hasta el punto que afirmó aceptar la condición para terminar la huelga como era la aceptación de los 127 delegados elegidos por los trabajadores en asamblea general de fábrica, aunque luego dio marcha atrás por las diversas presiones que recibió, como años más tarde reconoció. Con él mantuve una relación regular desde 1974, poniéndole en contacto con la dirección de CCOO (Cipriano García, José Luis López Bulla, Paco Frutos y José María Rodríguez Rovira) con los que se reunió en varias ocasiones en el pisito de la Barceloneta del periodista Antonio Figueruelo. O proponiendo, él y yo en 1975 conjuntamente, a nuestros respectivos jefes (el ministro de la CNS Fernández Sordo y Santiago Carrillo) un Congreso Sindical Constituyente con 1 delegado elegido por cada 10.000

trabajadores. Una propuesta que ambos jefes rechazaron, evidentemente por miedos distintos sobre lo que podía suponer. Considero el rechazo desde el PCE como un síntoma de la posición del Partido sobre el “proceso sindical constituyente” del sindicalismo unitario y la “ruptura” que estuvo en el centro del debate que llevó a mi separación de la organización poco después.

Otra fue la entrevista gestionada por Miguel Núñez a través de un antiguo aviador republicano, creo en otoño de 1974, con Antonio Clúa, director general de SEAT y del que se decía era del Opus, en su despacho de la fábrica, que estaba interesado en conocer las razones de la continuada movilización obrera. Por nuestra parte se trataba de un intento de influir en la dirección empresarial a través de una posible negociación de los conflictos en la fábrica. Pude comprobar su idea muy exagerada de nuestra fuerza al atribuir a nuestra organización clandestina una programación previa de todas las iniciativas de los dirigentes obreros. Para acabar de confirmarle en la idea, al poco de iniciar la entrevista en su despacho llamó a la puerta un ordenanza y, sacando la cabeza, dijo: “Sr. Clúa el Taller 5 se ha declarado en huelga”; de poco sirvió que le afirmara que no lo había preparado previamente. Luego me acompañó para salir de la fábrica, por razones de seguridad, de seguridad mía, en su coche.

La gran mayoría de dirigentes obreros de SEAT se consideraban comunistas y vinculados al Partido. Lo eran de alguna forma, y muchos de ellos fueron detenidos en una o varias ocasiones, en general detenciones de corta duración, a veces procesados. Cada año se produjeron detenciones pero la policía no logró en ningún caso identificar ni desarticular la organización, ni del Partido ni de CCOO. La referencia a “Camps” como enlace con el PSUC salió en alguna declaración pero con poca precisión, sobre todo porque no era posible facilitar más datos. Creo que sólo Silvestre conocía mi identidad. Pero en general se debía a que aquellos “militantes comunistas” actuaban y se reunían como dirigentes conocidos de uno u otro taller de la fábrica. Cuando eran detenidos, lo eran por su liderazgo y por su actividad pública en la fábrica. Aquello era lo fundamental también para ellos, no porque formaran parte de la organización comunista. Quizás tuvimos además la suerte de que no les detuvieron nunca, por ejemplo, repartiendo “Mundo Obrero” y “Trellall” en la salida del metro de Plaza España para coger los autobuses de la empresa para Zona Franca, o en otras actividades estrictas de Partido.



Porque sí había actividades específicas “de Partido”, como cuando los dirigentes principales de la fábrica se reunían conmigo, en general un núcleo bastante regular de 8 a 10, más o menos una vez al mes, salvo en las situaciones de mayor tensión, ya que en tal caso podíamos reunirnos, u organizar contactos más reducidos, casi semanalmente. Y una vez al año hacíamos una reunión más amplia que intentábamos estuviera bien preparada desde el punto de

vista de seguridad, con citas escalonadas, para reunirnos con Miguel Núñez, el “camarada Saltor” para ellos, del que sí sabían era un dirigente importante del Partido. Eran reuniones en las que analizábamos la situación política del país, y un poco la del mundo, para relacionarlas con lo que había pasado en SEAT en el año transcurrido, y lo que preveíamos iba a pasar. Eran reuniones en las que “se cargaban las pilas”. Todos entendían que eran reuniones importantes, que ayudaban a comprender las posibilidades y la importancia de lo que hacíamos en la fábrica. En ellas participaban en general de 15 a 30 “camaradas”, aunque hicimos una, de las últimas creo, al menos conmigo, con unos 70. Nos reunimos en una finca fuera de Barcelona con citas escalonadas, y en la que su inicio consistió en la proyección del video del mitin de Ginebra de Dolores y Santiago. Todos salimos de esta reunión con el entusiasmo a 100. De ello podía también inferirse una relación entre sindicalismo y política, estrecha sin duda, pero de polos distintos, diferentes. Una cuestión por otra parte que ha estado presente frecuentemente en mi vida, en mis preocupaciones, con intentos de racionalizarla. Mis problemas en el Partido impidieron poner en práctica una propuesta planteada y no rechazada: organizar el Partido en SEAT sobre una base territorial (barrios de Barcelona y poblaciones del cinturón: Hospitalet, Bellvitge, Santa Coloma, Cornellá, ...).

Era también frecuente que yo me entrevistara, sabiendo ellos mi función como Partido, a la vez que me aceptaban como dirigente de la acción sindical, en sus domicilios de Bellvitge, Santa Coloma, Hospitalet, Horta, Barrio Chino, ..., con algunos de los principales dirigentes de los talleres, aprovechando los diversos horarios de los turnos. En Bellvitge vivían bastantes y reunirme con ellos era muy fácil. Se suponía que había frecuente vigilancia policial, pero en cada bloque todas las escaleras se comunicaban por las terrazas, por lo que lo esencial era evitar la entrada por la escalera de los dirigentes conocidos. Esos encuentros permitían informaciones y discusiones de detalle incluso sobre las asambleas previstas para el mismo día o el día siguiente. Con Silvestre Gilaberte me veía casi a diario, particularmente en la etapa en que, ya despedido de SEAT, era el responsable tanto de Partido como de CCOO de SEAT.

Del 70 al 75 fueron unos años en SEAT de acción sindical permanente, con una gran huelga como mínimo cada año. Y en todos ganamos los juicios en Magistratura del Trabajo porque la empresa (el responsable de personal que acudía como representante empresarial y al que apodamos “el que nunca sabe nada”) nunca podía probar la participación concreta de unos u otros en acciones masivas. Sólo perdimos el último juicio, el de los 500 despedidos en la huelga del invierno 74-75, en relación con el cual consta una presión directa de “El Pardo” al magistrado. Y a esos 500, que luego se reincorporaron todos, y alguno más, con la amnistía laboral, se ha comentado alguna vez que había que añadir otro, mi “despido” del Partido, sobre lo que luego añadiré alguna nota, aunque en mi caso la “amnistía” fue sólo parcial.

En relación con las luchas obreras de la SEAT, particularmente del periodo 70-75 recomendaría prestarle atención a un libro elaborado por Silvestre Gilaberte y el periodista, marino y dirigente entonces del SLMM (Sindicato Libre de la Marina Mercante) Juan Zamora, editado en Italia por Einaudi en 1977, titulado “Le Lotte Operaie alla SEAT, Barcelona 1952-1975”, con introducción del dirigente de la CGIL Emilio Pugno. Libro publicado en italiano, por solidaridad del sindicalismo

italiano, a partir de documentación y redacción original en español, y que ha sido base de elaboración, o de plagio no reconocido, de bastantes otros libros o folletos publicados en España sobre la SEAT, con más difusión que aquél.

De SEAT y de esta época cabe recordar una anécdota que en realidad lo era menos y pudo haber sido una tragedia. Era el año 1972, una reunión de Comisiones Obreras del Metal de Barcelona en el monte, concretamente en Vallvidrera, que la Guardia Civil sorprendió e intentó dispersarla y detener a los que creyeron eran “cabecillas”. Un guardia civil forcejeó con Silvestre y cayeron al suelo, de modo que Silvestre cayó encima y el guardia civil intentó liberarse disparándole a quemarropa. La bala le atravesó la garganta sin otro daño que el agujero en el cuello, delante y detrás, y una ligera rozadura de los nervios del brazo. Lo tuvimos unos días escondido mientras gestionábamos su pasaporte falso, con un médico del Partido, Ramón Espasa, permanentemente a su lado por si se producía una hemorragia y había que elegir entre el hospital y la policía antes que el cementerio. Pero no hubo tal, pudo salir, llegó a Perpignan donde le esperaba Santiago Carrillo y otros dirigentes del PCE y del PSUC, lo trasladaron en avión a París (los médicos sorprendidos que lo sucedido, sin hemorragia, no llegaba ni a 1 por 10.000, y de allí a Rumanía para su rehabilitación del brazo. Regresó a España, para seguir la acción sindical y política clandestina conmigo, al cabo de un año aproximadamente.

34.- Reuniones y más reuniones ...

En mi condición de secretario de organización y del movimiento obrero, las reuniones que mantenía con los dirigentes obreros comunistas de algunas empresas, individuales o en grupos pequeños, así como con los comités de las estructuras territoriales del PSUC de Barcelona, tenían lugar habitualmente por las tardes, algunas por la noche, y en los fines de semana. Durante las primeras horas de la jornada tenía en general otro tipo de contactos, con otras personas del Comité de Barcelona o con responsables de las organizaciones territoriales. Participaba también, aunque de manera ocasional, en reuniones de la organización universitaria o de intelectuales. En muchas ocasiones para comentar temas del movimiento obrero, la lucha en SEAT, ... , aunque a veces también para los planteamientos de la política general del Partido.

Mantenía reuniones regulares, más o menos mensualmente, con un núcleo de abogados laboristas del Partido, formado por Albert Fina, Montserrat Avilés, Ascensió Solé, Solé Barberà, Lluís Salvadores, Pepe Egea, entre otros. Por las consultas y la actividad profesional de los despachos laboristas transitaban muchos problemas laborales y conflictos colectivos. Se trataba de reuniones para intercambio de información y, sobre todo, para ir cohesionando los criterios político-sindicales con los que enfocar las defensas jurídicas y, de alguna forma, las propias acciones sindicales en las fábricas ya que era muy conveniente que tuvieran la misma “estrategia”.

A través de los despachos laboristas y de algún contacto de Partido ya había contactado años antes con el núcleo sindical de la CONC y de la Comisión Obrera Local de Barcelona, con Cipriano García, José Luis López Bulla, Tomás Chicharro, Ángel Abad, Pedro Hernández, Pedro León, Ana Moya, ..., y en alguna etapa había participado en la Comisión Obrera Local como “técnico” (en

representación de la Asociación Democrática de Técnicos). Participé también en la Comisión Obrera de Químicas, coordinada por Pedro León, en mi etapa como trabajador de Solvay.

A partir de 1972, tras la detención de los miembros de la Coordinadora General de CC.OO. en Pozuelo de Alarcón, Cipriano se hizo cargo de la coordinación de Comisiones a nivel de toda España y López Bulla de la Coordinadora de Cataluña. José Luis López Bulla se incorporó al Comité Ejecutivo supongo que en el III Congreso del PSUC, y estando yo en el Secretariado establecimos una forma regular de trabajo que suponía mi enlace político con los dirigentes de la CONC a través de López Bulla y Paco Frutos. Los tres nos reuníamos con relativa frecuencia. Tenía también una relación regular colectiva con el núcleo del PSUC en la Local de CCOO de Barcelona que coordinaron primero Salgado, de la construcción, y luego Joan Antón González, de banca.

En las etapas en las que simultanéé mi responsabilidad de la acción obrera del Partido con la de responsable de organización del Comité de Barcelona, tenía frecuentes encuentros y reuniones de trabajo con los responsables políticos y/o de organización de las agrupaciones de Barcelona, participando también en reuniones regulares de los respectivos comités y en algunas ampliadas, menos frecuentes, con los afiliados de las mismas.

A todas ellas hay que sumar las del Comité de Barcelona, del Comité Ejecutivo y del Secretariado de éste.

35.- Breve incursión en el trabajo unitario

Como consecuencia de la detención a finales, creo, de 1973 de los “113” de la “Asamblea de Catalunya” en Montserrat, entre ellos el núcleo de dirigentes del PSUC en el trabajo unitario, con el Gutí al frente, en el Secretariado del PSUC se decidió que asumiera provisionalmente (pues suponíamos, como sucedió, que no sería una detención demasiado larga) las relaciones unitarias del antifranquismo en Catalunya, principalmente la respuesta que la propia Asamblea de Catalunya debía dar a la detención de su plana mayor.

Desde esta perspectiva contacté con Joan Raventós, uno de los pocos que no había acudido a Montserrat, y con alguien, no recuerdo el nombre, de Esquerra. A través de contactos bilaterales y de algunas vacilaciones, se aceptó nuestra propuesta de convocar otra gran concentración unitaria catalana exigiendo la libertad de los 113, sumada a la reivindicación de las libertades democráticas y nacionales que constituían el eje de la Asamblea. Me tocó preparar el borrador del manifiesto de la convocatoria, lo que hice en castellano (que ha sido siempre mi idioma para la elaboración escrita). Se asumió con pequeñas variantes y se tradujo al catalán para su amplia difusión. La organización del PSUC, y algo las demás, lo distribuyeron por toda la geografía catalana y logramos una muy importante concentración democrática y unitaria en Vic.

36.-El asesinato de Puig Antich y nuestra incapacidad para impulsar una respuesta social que lo impidiera

En diciembre de 1973 fueron procesados diez miembros de la dirección estatal de Comisiones Obreras, los del "1001". El proceso y la campaña de denuncia y solidaridad que impulsó el Partido hizo que tanto los dirigentes procesados como las propias CCOO fueran mucho más conocidos en las fábricas de lo que lo habían sido hasta entonces. Las duras condenas impuestas a finales de 1973, con la suma de más de un centenar de años, provocó además un importante impacto en la opinión internacional.

La siguiente respuesta del Régimen con el procesamiento y ejecución del anarquista Salvador Puig Antich fue una muestra más de cómo el franquismo parecía atrincherarse en la represión. Siendo Puig Antich una persona ajena a nuestros espacios de actuación, su procesamiento de inicio no nos sacudió suficientemente. Sin embargo, cuando se le condenó a muerte, evitar su ejecución se convirtió en un importante objetivo para el Partido. Además creo que inicialmente no terminábamos de creer que acabaran matándole. Desde la organización del Partido en Barcelona se hizo un serio esfuerzo para denunciar primero aquel intento de asesinato, y luego el hecho consumado. Distribuimos bastante propaganda. Luego convocamos algunas manifestaciones, pero con un escaso resultado.

La diferencia con la movilización contra el anterior Consejo de Guerra de Burgos de 1970, con la que se consiguió detener la ejecución de los miembros de ETA, fue evidente. En aquel caso logramos un largo proceso de maduración, de preparación y de organización, con una amplia movilización social. En el caso de Puig Antich no se consiguió. No se pudo ni se supo dar una respuesta social contundente contra la sentencia de muerte y el riesgo evidente de ejecución. Mi recuerdo es una aguda sensación de impotencia, particularmente el día de su ejecución, a la espera aún de que se conmutara la pena en el último momento.

VI.- Transiciones

37.- Nuevas formas de organización del Partido y de su relación con los movimientos sociales. Por un Partido “dirigente”, que no podía ser “dominante”.

A partir de los primeros años de los setenta se desarrolló en el Partido mucha discusión en torno a las formas de organización de que debíamos dotarnos. Era resultado tanto de la actuación de la policía y nuestras correspondientes medidas de seguridad, con la evolución interrelacionada de ambas, como por el necesario impulso y voluntad de dirección por nuestra parte de los movimientos sociales, los cuales iban ya imponiendo su existencia, sus formas de vida y desarrollo, al margen de o desbordando la legalidad franquista.

Nuestra preocupación por las formas de organizarnos era resultado de la evidente ilegalidad, clandestinidad, de la organización comunista, así como de la voluntad de garantizar su continuidad, al tiempo que la crisis evidente del franquismo iba dejando amplios espacios que el movimiento social podía ocupar. La policía intentaba no tanto sumar muchas detenciones sino desarticular los órganos de dirección, sobre todo cuando empezaba a evidenciarse el crecimiento de nuestro ámbito de influencia y no siempre de organización estricta, pero sí de adhesión al Partido como organización o, más aún, como dirección, orientación, de la movilización social. Buscaba el hilo que les condujera hacia la estructura de la dirección política a los diversos niveles de la organización. Un planteamiento que obedecía a su propia y progresiva desconexión con la sociedad, su desprecio de la capacidad de las masas para organizarse y movilizarse, sobrevalorando con ello la propia influencia del Partido. Pensaban que desarticulando el Partido el proceso de movilización social se terminaba. Esta táctica en ocasiones les dio resultado, aunque al parecer, al menos visto desde Catalunya, fue así más en el caso de Madrid que en el de Barcelona, como parecía desprenderse, según las noticias que me llegaban, de detenciones más frecuentes y menos explicables.

Durante los primeros años setenta se producían muchas y frecuentes detenciones, pero más al calor de las acciones públicas de los movimientos sociales que como resultado del descubrimiento de nuestro trabajo clandestino. Ello, unido a la extensión del propio movimiento y a la solidaridad que las propias detenciones provocaban, que además acababan siendo un estímulo para la propia movilización social, daba lugar a detenciones más cortas que en el pasado y a sentencias más suaves del TOP.

Todo ello nos llevó a repensar nuestras formas de trabajo, de organización, así como la propia relación del Partido con los movimientos sociales y las específicas formas de organización de éstos, que, evidentemente, no podían ser las propias del Partido, ni de una organización estrictamente clandestina.

De la mano de todo ello desarrollamos el concepto de los nuevos movimientos sociales, los movimientos “sociopolíticos”, “de masas”, sus específicos contenidos reivindicativos, con las exigencias más inmediatas y su relación con la lucha por las libertades democráticas. Incluso

una cierta teorización de cómo avanzar hacia el socialismo a partir de la lucha por la democracia. Estos planteamientos nos llevaban también a reflexionar, más allá de los temas organizativos, sobre el tipo de “partido” que teníamos que construir para poder dirigir este proceso desde la, aún, clandestinidad. Surgieron las primeras ideas sobre el “partido dirigente”, no “partido dominante”, juegos de palabras que además estimulaban la imaginación y nos llevaban a complicados debates que a veces parecían sólo de palabras, pero que por suerte podíamos relacionar con experiencias de movilización, de confrontación con la dictadura, de conquista de derechos y reivindicaciones inmediatas, así como de conquista de espacios de libertad, de organizaciones de masas que a veces parecían simple expresión de un “espontaneismo” y que provocaban la desconfianza de un sector del Partido, del más clandestino y alejado de la sociedad que parecía coincidir con el más “estalinista”.

La invasión de Checoslovaquia por parte de la Unión Soviética en 1968 y la apuesta “eurocomunista” que indujo, significó además de hecho una aportación a este debate desde el “movimiento comunista internacional”, impulsando una nueva reflexión sobre la propia naturaleza de los partidos comunistas, reflexiones que incorporamos a las nuestras específicas ligadas a nuestra lucha por las libertades democráticas y el papel de los movimientos sociales.

Parecía necesario por todo ello romper con la lógica generada a lo largo de años y que pivotaba sobre la creación de estrictas células comunistas con una especie de organizaciones sectoriales encargadas de dirigir, y controlar, los movimientos sociales. Era necesario establecer formas de trabajo que nos permitieran dirigir el conjunto de la vida clandestina del Partido y a la vez su actividad pública, abierta, de orientación y dirección de los movimientos como el de las Comisiones Obreras, del movimiento estudiantil, de los movimientos de profesionales, del asociacionismo vecinal, etc.

Durante los primeros años de los setenta de forma generalizada, antes ya en bastantes casos, se hacía evidente que la célula comunista, disfrazada a ratos de movimiento social, había comenzado a dejar de ser, no podía ser, la dirección de los movimientos sociales en fuerte expansión, en sus reivindicaciones para satisfacer sus exigencias más concretas y a corto plazo, inmediatas muchas veces, y al mismo tiempo expresando su ruptura política con la dictadura ejerciendo la democracia a través de la conquista de espacios de libertad. Eran los dirigentes de los propios movimientos sociales, expresión de su dinamismo, “descubiertos” por las propias masas en acción, no siempre dispuestos a la clandestinidad, comunistas y no comunistas, quienes iban desarrollando una lógica propia, nuevas formas de trabajo, públicas muchas veces, ilegales o extralegales, pero no estrictamente clandestinas, y concretando también sus contenidos reivindicativos.

Esto se manifestaba con especial claridad en el caso de las Comisiones Obreras, también del movimiento estudiantil, de muchos movimientos de profesionales, etc. Era evidente que el Partido no podía “controlar” este proceso, pero sí podía intentar dirigirlo en la medida que fuera capaz de entenderlo, de impulsarlo, de proyectar a sus militantes como dirigentes de los movimientos sociales y, a la vez, captar como militantes a los dirigentes que de éstos iban surgiendo.

Aunque elementos de esta discusión sobre la forma de estructuración organizativa y la relación con los movimientos sociales se habían producido ya con anterioridad, fue a partir de 1969 cuando, impulsada además por la situación generada por la represión, hizo ver a la dirección del Partido la necesidad de encontrar nuevas formas de organización. Y así comenzamos a plantearnos dos estructuras diferenciadas y en ocasiones interrelacionadas: una territorial y otra sectorial. Se crearon con diversas denominaciones núcleos de Partido en los sectores de intelectuales y profesionales, también un núcleo sindical, y un sector universitario. Por otra parte estos núcleos, más que estructuras de célula cerradas y centradas en la vida interna, pasaron a constituir la forma de trabajo colectivo por parte de las personas del Partido más vinculadas a cada uno de los movimientos sociales. Reuniones para analizar el desarrollo de éstos, deduciendo ideas, criterios y orientaciones a llevar a éstos, que eran los que en definitiva iban a tener que concretar las decisiones. Y a la vez una estructura territorial del Partido en la que se hacía un seguimiento regular de la política general, se discutían los materiales internos, etc., y en la que participaban (estaba previsto, pero no siempre funcionaba) también los integrados en los núcleos sectoriales, y que así resultaban organizaciones de heterogénea composición que por ello podrían analizar mejor lo que estaba pasando, las diversas formas de lucha de los diversos sectores.

Este debate en el PSUC conectaba con una problemática y discusión similares planteada en el seno del PCE.

Seguramente puede considerarse que, al interrelacionar iniciativas desde el Partido para la eficacia de sus propuestas con respuestas impuestas por la propia represión policial, e incluso exigencias derivadas de los movimientos sociales, estábamos practicando aquello que de la necesidad se hace virtud.

Estas pinceladas sobre el tema me permiten añadir que la heterogeneidad de cuestiones planteadas, y lo novedoso de algunas de ellas, explican que fuera también heterogénea la forma como se vivía, entendía y asimilaba por parte de las personas y los órganos del Partido, las y los que no siempre participaban y se implicaban por igual en la propia actividad social. Era también una novedad que se acentuaba cuantos más espacios de libertad íbamos conquistando, lo que también diversificaba la inmersión en ellos de personas y órganos del Partido.

De hecho se estaban produciendo varios procesos y generando conflictos más o menos evidentes. Algunos militantes, y también dirigentes, habituados a las formas de trabajo de la más rigurosa clandestinidad, asimilaban con dificultad la nueva situación y de hecho se resistían a asumir las nuevas exigencias, intentando en ocasiones hacer valer méritos pasados para contraponerlos a posibles actitudes irrespetuosas de las nuevas promociones de militantes y de dirigentes sociales. Por otra parte, también había dirigentes de los movimientos sociales que preferían mantenerse al margen de las estructuras y formas de trabajo más clandestinas, rehuían la relación directa o indirecta con el Partido, incluso cuando estuvieran practicando de hecho nuestras orientaciones.

No era una discusión fácil. Personalmente viví, antes de la crisis formal de mi relación en y con

el PSUC, diversas situaciones que así lo apuntaban. Como referencia indicaría las reuniones del Comité Central del PSUC de los años 74 y 75 y las discusiones en ellas en torno a la enfermedad de Franco y su relación con la situación política. Quizás su expresión más concreta fueron los primeros votos de abstención, creo recordar en la primera en número de 6, entre ellos el mío, que, por primera vez en mi experiencia, se expresaron en una reunión del Comité Central y en relación con el informe político. O mi planteamiento, retirando el informe de organización que yo mismo había presentando después del resumen de la discusión del mismo con la explicación de que el debate producido demostraba que no se había entendido el sentido de los planteamientos que yo presentaba en nombre del Comité Ejecutivo y que por ello no procedía su aprobación. La sorpresa de los asistentes facilitó un rápido cierre de este punto de la reunión aceptándose esa retirada formal del informe, una sorpresa acentuada por el contraste con la impresión que antes del debate había producido el que yo sustituyera en dicha reunión y en esta función a la tradicional de Román, responsable de organización en la dirección del PSUC desde hacia bastantes años, lo que podía además insinuar un prometedor futuro en la jerarquía del Partido.

38.- La comarca del Baix Llobregat y su estilo sindical

Mi relación con el movimiento obrero y sindical de la comarca del Baix Llobregat fue muy estrecha desde finales de los años sesenta. Una comarca que constituía ya una referencia importante para el movimiento obrero desde antes, como enclave industrial que concentraba un elevado número de trabajadores, especialmente en el barrio de la Ciudad Satélite en Cornellà, y en el que habían grandes empresas con una ya larga historia sindical, Siemens en cabeza, particularmente desde las huelgas de 1962. A lo largo de los años sesenta algunas de estas fábricas y sus movilizaciones, entre ellas y como más significativas las generales solidarias, fueron convirtiéndose en referencia para el conjunto del movimiento obrero, como entre 1967 y 1969 Rockwell-Cerdans de Gavà, y ya en los setenta la vidriera Elsa de Cornellà. Todas ellas ponían de manifiesto no sólo la capacidad de movilización obrera, sino que apuntaban características importantes en los contenidos reivindicativos, con la solidaridad como elemento clave, y en las formas de movilización, en el papel de los dirigentes obreros y en cómo iban éstos surgiendo y consolidándose como tales, imponiendo su presencia y su función públicas.

En el Baix Llobregat el PSUC contaba con una organización relativamente fuerte en comparación con otros territorios, con gran influencia en las principales empresas de la comarca. Y a partir de los setenta, Bandera Roja, organizada a partir de una escisión del Partido de los sesenta, contaría también con núcleos importantes de militantes obreros, con algunos de los cuales desarrolló con posterioridad fuertes lazos de amistad además de camaradería política y sindical, entre ellos Carles Navales y Pere Caldes.

La comarca del "Baix", como se la denominaba, se convirtió en una referencia por sus formas de lucha y de organización para el conjunto del movimiento obrero catalán y también del resto del país. Recuerdo que el primer folleto que redacté y firme bajo el nombre de "Ignasi Balcells" (editado por el Comité de Barcelona del PSUC en 1969 con el título "Lucha solidaria, lucha

política: una experiencia del movimiento obrero”), analizaba las formas de organización y de lucha obrera de la comarca, específicamente el fenómeno de las asambleas obreras. Lo hacía además muy influenciado por la reciente lectura de algunos trabajos de Vittorio Foa, miembro entonces del grupo dirigente de la CGIL italiana, publicados en su boletín Rassegna Sindicale.

Las formas de lucha en el Baix Llobregat eran muy abiertas. Se realizaban asambleas en la montaña, en el campo y en las parroquias, pero también en las fábricas, en la calle o en los propios locales de la CNS (Central Nacional Sindicalista), es decir el Sindicato Vertical. En el salón de actos del edificio de sindicato oficial en la comarca, situado en la carretera de Esplugues, se convocaban reuniones masivas de los enlaces y jurados elegidos en las empresas. Se coordinaba el trabajo sindical a través de estas diversas reuniones y asambleas, la mayoría abiertas, públicas. A lo largo de las diferentes elecciones sindicales, los militantes de CCOO habían logrado apartar a los burócratas falangistas y llegado a copar muchos de los puestos de la línea electiva, “de mando”, de las Uniones de Técnicos y Trabajadores, particularmente del metal primero, luego de los demás, vidrio, químicas, ..., así como las presidencias de algunos de los sindicatos comarcales de ramo, como en el caso del metal e incluso de la Unión Comarcal en el caso de Cornellá. Y muchos de los elegidos por los trabajadores para defender sus derechos e intereses, se incorporaron al “movimiento” de Comisiones Obreras los que aún no lo eran. Por la proximidad geográfica de SEAT a la comarca del Baix, resultaba frecuente que las luchas obreras tuvieran una interrelación entre ellas muy fuerte. Además, muchos de los 25.000 trabajadores de SEAT entonces en Zona Franca de Barcelona vivían en la comarca. SEAT y el Baix Llobregat fueron desarrollando experiencias similares de lo que hemos denominado “espacios de libertad” en la acción obrera. Y en ambos casos la solidaridad fue convirtiéndose en un eje fundamental de la acción. Solidaridad en cada fábrica, solidaridad entre fábricas, solidaridad entre Zona Franca y el Baix, solidaridad en el movimiento obrero en Catalunya, en toda España. Ello se acentuó en los últimos años del franquismo. SEAT y el Baix constituyeron referentes para las formas de trabajo sindical, de “aprovechamiento de las posibilidades legales”, de imposición de formas públicas de organización de los trabajadores en torno a reconocidos dirigentes obreros, de imposición de espacios de libertad más allá de la legalidad franquista. También de relación entre las reivindicaciones inmediatas (salarios, jornada, primas, ...) y la necesidad, la exigencia, de libertad, de la libertad de los compañeros detenidos, de readmisión de los despedidos, de reconocimiento de los dirigentes públicos de los trabajadores, y de las libertades democráticas, del final del franquismo. La solidaridad con las fábricas en lucha, con los dirigentes represaliados, fue permanentemente un cemento para consolidar ese nuevo movimiento obrero, “sociopolítico” como lo denominábamos.

39.- El despacho laboralista “Albert Fina- Montserrat Avilés”

A lo largo de las páginas anteriores me he referido en diversas ocasiones al “despacho”, el “despatx”, “Can Fina”, creado e impulsado durante años por Albert y Montserrat. A su papel desde los años 60 en el movimiento obrero de Catalunya y, a través de él, de toda España, me he referido en mi aportación a un trabajo elaborado desde el Baix Llobregat por el colectivo “Memoria Histórica del Baix Llobregat”: <http://iboix.blogspot.com.es/2010/01/los-abogados-laboralistas-en-el.html>.

Quiero ahora no tanto subrayar esta función, ya señalada antes, sino dejar constancia de lo que para mí significó el “despatx”. En el año 1975, antes ya de la muerte del dictador, constituyó mi primer peldaño para la vuelta a la vida pública, superando la clandestinidad, para convertirse luego en una tabla de salvación cuando desde el Partido se me condenó al ostracismo. El despacho como colectivo, y particularmente Albert y Montserrat como personas, contribuyeron a que la condena no fuera demasiado efectiva. Viví su solidaridad, su complicidad, en las ideas, cierto, pero también personal. Y he de subrayar que ahora en mis recuerdos esta solidaridad personal ocupa un espacio preferente. Desde aquellos turbulentos años he considerado a Albert y a Montserrat como amigos a un nivel de intimidad como pocos he tenido en mi vida. Quiero incorporar aquí, como parte de estos recuerdos y dejando de ello expresa constancia, mi intervención en el acto desarrollado recientemente en la sala de actos de CCOO de Catalunya en el marco de los actos de homenaje al despacho laboralista “Albert Fina-Montserrat Avilés” en la persona de Montserrat: <http://iboix.blogspot.com.es/2013/05/homenaje-montserrat-aviles-que-hoy-esta.html>

40.-Transiciones y crisis: en el país, en mi actividad política, en mi vida personal

Puede afirmarse que la transición empezó antes de la muerte del dictador, en todo caso antes de ésta empezó a resquebrajarse el edificio franquista y se apuntaban fenómenos que explotaron con su muerte. Supongo también que debía resultar lógico que la importante crisis del franquismo conllevara una crisis en las formas, contenidos, hábitos, de la propia lucha antifranquista, así como de las personas que habían o habíamos jugado un determinado papel años atrás. La explosión de la voluntad ciudadana de libertad, la viva, diversa y nueva realidad social que se iba configurando, se traducía en la amplia incorporación de nuevos protagonistas de la lucha por las libertades. Y no exigía tanto un palmarés de méritos acumulados en un pasado lejano o reciente sino una capacidad de respuesta a la nueva situación.

Lo cierto es que empezamos a acumular en el Comité Ejecutivo del PSUC aparentemente pequeños desacuerdos, que pueden resumirse con algunos hechos, o anécdotas, puntuales. Quizás el primero fue poner a dirigentes encarcelados como cabezas de lista en las elecciones sindicales de SEAT del 71, o la planificación de cómo reventar, en 1973 ó 74, el acto del 1º de mayo en el Price de Barcelona organizado por la CNS. Más importante fue la discusión de cómo abordar el proceso de degradación de la salud del dictador y su repercusión en la vida política del país resumida en mi propuesta, rechazada, y formulada como la conveniencia de “organizar la exteriorización de la alegría colectiva por la muerte de Franco”.

Más entidad tuvo a lo largo de meses mi referencia a la formulación de “momento histórico de la Huelga General” contenida en la Resolución aprobada en el III Congreso del PSUC. Después, en una de las discusiones sobre mis “desviaciones”, ésta “izquierdista”, Gregorio la rechazó alegando que el referido párrafo de la Resolución lo había redactado yo, lo que era cierto, pero tras su aprobación congresual tal argumento no dejaba de resultar “curioso”.

El eje de la discusión y de los desacuerdos fue la interpretación de la significación y consecuencias de la conquista de espacios de libertad. Ello se tradujo en desacuerdos concretos y finalmente en las medidas administrativas que significaron mi separación de toda actividad orgánica desde otoño de 1975. Un desencuentro formal se produjo en el Comité de Barcelona cuando en el primer trimestre del 75, en plena tensión por las recientes huelgas de SEAT, la de Harry Walker, en Olivetti, ..., propuse preparar una huelga general en Barcelona y la discusión llevó a un serio enfrentamiento entre Miguel Núñez y yo, terminado en una votación, la primera y última que recuerdo en ese órgano, y que gané por unos pocos votos. Aunque de poco sirvió por la oposición de hecho del CE que paralizó la iniciativa.



La crisis formal estalló finalmente en junio o julio del mismo año cuando, al analizar en el Comité Ejecutivo las movilizaciones de SEAT del 74-75, se nos acusó al Comité de SEAT y a mí de aventurerismo; se acordó que hiciéramos una "autocrítica" y la publicáramos en el órgano del Partido en SEAT "El Comunista". Tanto Silvestre, al que se había invitado a la reunión, como yo nos negamos, por lo que se decidió ya suspenderme de toda actividad orgánica. Ahí podríamos considerar, utilizando los términos "clásicos", que el pecado era una desviación "de izquierdas".

Pero al mismo tiempo parecía que por mi parte se cometían otros pecados, estos "de derechas", en relación con una discusión seguramente también importante sobre la construcción del sindicalismo "unitario" y el papel de CCIOO en el proceso, o su conversión en posible "sindicato comunista" en el futuro. Estaba también presente la discusión sobre las características de la negociación con la patronal.



En ello incidió el librito sobre las elecciones sindicales de 1975 "Conversaciones Sindicales con Dirigentes Obreros" (<http://es.scribd.com/doc/37072855/Boix-I-y-Pujadas-M-Conversaciones-sindicales-con-dirigentes-obreros-1975>)¹ que escribí con Manuel Pujadas en verano de ese año y que la editorial Avance retuvo algunas semanas por "precaución". Finalmente se distribuyó a los 10 días de la muerte de Franco. Se dijo que era una nueva comprobación de la política "liquidacionista" de CCOO, lo que acabó formulándose con toda la autoridad de su autor (no especificado pero que todos entendimos era Gregorio López Raimundo) en un artículo publicado en el órgano del PSUC, "TREBALL", del 5 de enero 1976, titulado "COMISIONS OBRERES, SÍ". No nos posibilitaron responder desde las mismas páginas de "Trell", por lo que lo hicimos, dejando constancia de la anomalía, desde la revista "Mundo" del 31 del mismo mes, en un artículo titulado "SINDICATO UNITARIO, SÍ".

Otra expresión del debate y sus características, fue la reunión de cuadros del PCE vinculados al movimiento obrero del año 75, en otoño creo. A ella debía acudir yo, pero no pudiendo por razones que no recuerdo, acudió Pere Caldes, dirigente obrero del Baix, que estuvo trabajando después en el despacho de Alberto y Montserrat, en nuestro "departamento sindical". En el resumen Carrillo arremetía contra las posiciones calificadas de "liquidacionistas" (o adjetivos similares) de CCOO, aludiendo a los planteamientos del "camarada X". Todos pensaron que se refería a mí.

Hace un par de años tuvimos un amable encuentro sobre estas cuestiones, mucho más amable de lo que fueron las discusiones en su momento, José Luis López Bulla, Carles Navales y yo, con Javier Tebar como coordinador del debate. Nos reunimos en Colomers, en casa de Carles Navales, y luego CCOO de Catalunya las editó en un librito titulado "Conversaciones en Colomers" (http://www.ccoo.cat/revistes/arxiu/conversaciones_colomers.pdf), que dedicamos a Carles reciente y sorpresivamente fallecido.

Como resumen esquemático de mis planteamientos puede considerarse el texto publicado en "Asamblea Obrera", en su nº especial 100, de septiembre de 1974, y que nadie objetó en su momento, y que con el título "COMISIONS OBRERAS HOY" dice: "Si tuviéramos que definir en 2 líneas lo que son y han sido COMISIONS OBRERAS, diríamos que SON los cientos y cientos de trabajadores de SEAT, de compañeros, que han hecho lo que hemos explicado en estas

1 http://www.ccoo.cat/revistes/arxiu/conversaciones_colomers.pdf puedo enviarlo por mail a quien pudiera interesar, solicitándolo a iboix@fiteqa.ccoo.es

páginas. Los que en cada taller, en cada sección, en cada rincón de la fábrica, han estado al frente de una u otra acción, de cada paro, de cada asamblea, los que han recogido dinero, los que han repartido 'ASAMBLEA OBRERA', los que han encabezado una protesta por las malas condiciones de trabajo, los que han contribuido a la elaboración de una plataforma reivindicativa ... todos estos miles de trabajadores de SEAT son hoy las COMISIONES OBRERAS DE SEAT" De esta época podrían contarse mil y una anécdotas, hechos que apuntan la riqueza y complejidad de la situación, de los términos de un debate que creo puede calificarse de "abortado" al imponerse antes la autoridad de los órganos de dirección que la discusión de las ideas y experiencias. Asumo sin embargo que el debate no podía paralizar las iniciativas concretas y en tales circunstancias hay que decidir a diario.

No me resisto a contar algunos hechos más o menos anecdóticos, aunque creo que significativos de las carencias en el análisis político en la dirección del PSUC y de cierta incapacidad de iniciativa en aquel momento.

Uno, la reunión del Secretariado del CE del PSUC el 21 de noviembre de 1975. Me acuerdo muy bien de la fecha porque era el día siguiente a la muerte del dictador. La reunión estaba convocada para hablar del movimiento asociativo vecinal, con Jordi Borja invitado como ponente. Y Gregorio comenzó: "La reunión de hoy está convocada para discutir sobre el movimiento ...", a lo que interrumpí: "Gregorio, ayer murió Franco, creo que tendríamos que hablar de esto". Y así lo hicimos.

Otro sería el primer "mitin público" del PSUC y que como tal se recoge en la documentación oficial del Partido. Se realizó en diciembre de 1975, "en la universidad" se dice, aunque se desarrolló en los sótanos del Hospital de San Pablo en Barcelona, pero organizado por el Comité universitario del Partido. Se anunció y preparó abiertamente. Acudieron más de 1.000 estudiantes procedentes de todas las facultades a través de citas previas no demasiado clandestinas, no podían serlo, pero que se convocó sin anunciar previamente el lugar. En realidad no era tanto la seguridad personal de los intervinientes o asistentes lo que nos preocupaba sino evitar que la policía presionase al propio hospital y nos negase el local. Intervinimos Manuel Martínez, dirigente obrero comunista del textil, también de las CCOO, y yo como miembro (aún lo era formalmente) de la dirección del Partido, aunque desde el verano estaba separado de toda actividad por decisión del Secretariado del CE del PSUC. Éste sin embargo aceptó mi protagonismo a propuesta del Comité universitario con el que había preparado el acto al margen de los preceptivos cauces "orgánicos". Hoy en los materiales oficiales del PSUC se le da adecuada relevancia a este primer mitin público del Partido. El segundo, preparado con el Comité de Intelectuales, creo que a inicios de 1976, se realizó en la escuela "Rosa Sensat" y en él intervinimos Pere Ardiaca y yo.

Otra expresión de la situación de aquellos momentos es la reunión de "mandos" de la CNS en el Valle de los Caídos, a la que asistí en 1976 en mi calidad de Presidente de Catalunya y Vicepresidente español de la Agrupación de Despachos de Abogados de España. En un confuso y caótico debate sobre la realidad del país intervine presentándome como miembro del Comité Central del PCE. Tras la sorpresa de los asistentes, muchos jefes franquistas entre ellos,

me dejaron intervenir e incluso me escucharon con atención. Menos significativo pero curioso, es cómo llegué a ocupar tal función. Fue con un solo voto, el mío. Resultó de mi negociación con los mandos de la CNS de Barcelona cuando, en las elecciones sindicales de segundo nivel realizadas en 1976, de la Agrupación indicada solamente acudí a votar yo y me quedé sentado al lado de la urna toda la mañana; cuando los jefes verticalistas acudieron para cerrarla (y evidentemente con intención de levantar acta fraudulenta de una supuesta votación) había ya transcurrido el tiempo reglamentario y sólo acepté incluir a algunos de ellos a cambio de que aceptaran mis funciones antes indicadas. Y así se hizo.



Aunque corresponde a un momento anterior a estas últimas anécdotas, hay otra que creo se inserta en esta referencia a hechos que ilustran la realidad del momento y cuyo análisis no se hizo adecuadamente en la dirección del Partido. Me refiero a la negociación para el ingreso de “Bandera Roja” (y con ella de “los cristianos”, Comín en cabeza) al PSUC y luego al PCE. Fue una larga negociación. La comisión negociadora por parte del PSUC la constituíamos Miguel Núñez y yo, y por BR Jordi Solé Tura y Jordi Borja. Los últimos flecos sobre las medidas organizativas las negociamos Jordi Borja y yo. Cuando Miguel y yo la presentamos al Secretariado como “nuestra última propuesta”, se aceptó por unanimidad, explicando Román que lo aceptaba solamente porque creía que sería rechazada por BR, lo que provocaría su ruptura y podríamos incorporar individualmente a los que nos pareciera. Miguel y yo sabíamos que iba a ser aceptada, como así fue, pero no lo dijimos.

Cada recuerdo, al aflorar, me suscita muchos más, pero quizás lo más significativo por añadir es que el 31 de diciembre de 1975 el Secretariado me convoca y decide mi separación de toda función en el Partido, pendiente de la aprobación formal del Comité Ejecutivo que se produce al

inicio de 1976 con dos abstenciones. Parece ser que la medida fue instada por Santiago Carrillo, quien temía una extensión de la supuesta disidencia si conectaba con otros planteamientos similares sobre CCOO y la unidad sindical, como eran los formulados principalmente por los compañeros andaluces con su denominada "mancha de aceite".

Pero los acontecimientos iban más rápidos que las medidas administrativas, y ya en julio del 76 se me convoca y participo en el CC del PCE celebrado en Roma. Luego, en el CC del PSUC de Perpignan de septiembre del mismo año, a propuesta de Gregorio, se me repone en el Comité Central, ya no en el CE, con la explicación de que aunque no hubiera renunciado a mis "ideas erróneas" (lo que era cierto), no había realizado "actividad fraccional" (lo que también era cierto). Luego a propuesta del "Guti" se me incorpora a la Comisión del Movimiento Obrero del PSUC y empiezo a trabajar en ella. También se me incluye en la Comisión de Trabajo del Comité de Barcelona para preparar las elecciones del 77 y en ella presento un esquema de plan de trabajo a tal efecto que se asume. Me alcanza para una elaboración bastante detallada del mismo, pero una intervención, me dicen, de algunos dirigentes del PSUC de la dirección de la CONC lleva que se me separe de esta Comisión de Trabajo.



Poco antes, en el IV Congreso del PSUC soy el único miembro de la lista oficial propuesta por la dirección que no sale elegido, lo que es explicable por el curioso procedimiento de votación: se podían tachar nombres de la lista oficial y votar en número igual a alguno de los nombres de una segunda lista. A mí se me tacha promovido esencialmente por el sector que luego se escindiría creando el PCC, atribuyéndome la etiqueta de "bandera blanca", mientras el sector

más "eurocomunista" orienta tachar a Román. Pero ambos sectores del Partido proponen votar a Manuel Vázquez Montalbán, conocido y apreciado por todos. Y así quedo yo eliminado del CC por tener más tachaduras que Román y entra Vázquez Montalbán.

Más la separación de la Comisión electoral de Barcelona que la del Comité Central, me llevan a tomar la decisión de dejar el PSUC como consecuencia de la sensación, comprobación en realidad, de que no tenía ninguna posibilidad de desarrollar un trabajo en el Partido, y así lo comunico formalmente a la dirección del PSUC y lo doy a conocer a mis amigos, muchos de ellos "camaradas". Ello lleva a otra anécdota, creo con pocos precedentes.

Los Comités del PSUC de SEAT y de la Universidad deciden realizar una cena para despedirme amistosamente del Partido. Se celebra en el hotel Colón en esta primavera-verano del 77 y asisten unos 60 "camaradas" más algunos amigos y amigas. Resultó un encuentro entrañable que me permitió dirigir unas palabras a los asistentes después de las explicaciones de los organizadores. Gregorio y el Guti, ya Presidente y Secretario General del PSUC, fueron invitados a la cena y se limitaron a decir que tenían ocupada esa noche.

No sé hasta qué punto, pero es probable que estas turbulencias personales en mi actividad política contribuyeran a acentuar la inestabilidad de mi vida de pareja, aunque no fueran evidentemente la causa de la misma. En 1976 me separo de Rosa y empieza mi relación con Eugenia, con quien conviví hasta finales de 1978 en una relación muy intensa, muy enamorado por mi parte.

Epílogo de esta primera parte de mis recuerdos

Mi salida del PSUC, cierra una etapa fundamental en mi vida. La etapa sobre la que, además de su significación en sí misma, creo haber basado y construido los años que la suceden.

Unos años en los que me incorporo al proceso de unidad socialista que dio lugar al PSC-PSOE y de los que viví casi tres de militancia en éste, 1978-1981. Coinciden también éstos con mi trabajo en UGT de 1978 a 1980. Se produce mi reincorporación al PSUC, después del 23-F, por una corta etapa (hasta 1983 o 84), sin posterior actividad política desde esa mi segunda renuncia a la militancia en el "Partido", aunque el PSUC había ya perdido un poco, o un mucho, esta característica. Más significativa fue mi reincorporación a CCOO en 1982, desde el Baix, que ha seguido hasta hoy sin interrupción de continuidad, con una intensa actividad sindical, primero en el Baix y pronto en Catalunya, y luego en Madrid. Aunque probablemente sería mejor decir desde Madrid, primero hacia el conjunto de España y, ya en los últimos años, hacia numerosos rincones del mundo, desde China hasta Latinoamérica pasando por el Norte de África.

Éstas podrían ser las referencias esenciales de una nueva etapa de mi vida. Pero es ya otra historia que reemprenderé a partir de algún material ya acumulado al respecto, después de cerrar la primera en este punto de mis recuerdos.



Arma o Cuerpo. ARTI
Gerona, 27
Coronel